José Martí

Ideario Pedagógico

Ideario pedagógico

José Martí

Selección e introducción de Herminio Almendros



Editorial
Pueblo y Educación

Edición: Ela López Ugarte
Diseño de cubierta: Alberto Cancio Fors
Diseño: Elena Faramiñán Cortina
Corrección: Yailena Avalo Abreu
Emplane: María de los Ángeles Ramis Vázquez

© Tercera edición, 2014
© Ministerio de Educación, 1997
© Editorial Pueblo y Educación,1997

ISBN 978-959-13-2891-5

EDITORIAL PUEBLO Y EDUCACIÓN
Ave. 3ra. A No. 4601 entre 46 y 60,
Playa, La Habana, Cuba. CP 11300.
epe@enet.cu

INTRODUCCIÓN

Martí educador

Páginas de juicios discretos se han escrito como comentario y estudio del pensamiento pedagógico que Martí dejó apuntado en críticas, consideraciones ocasionales, elogios y consejos sembrados aquí y allá en artículos de su amplia obra escrita.

Páginas sin duda estimables y de mérito se han escrito, dignas de elogio; pero, junto a esos sensatos juicios y a esos aciertos, es lamentable que, por otra parte, personas que han pasado por doctas, hayan juzgado con tanta ligereza el carácter y el valor del pensamiento de Martí en cuestiones de educación.

A este respecto ya hemos apuntado en otro lugar lo siguiente: "En un libro pequeño y mediocre del profesor Juan J. Remos, que se anuncia con el petulante título de *Deslindes de Martí*, leemos esto: *Intuitivamente* fue Martí maestro; *como lo son los verdaderos maestros; los que nacen con vocación y luz natural para el magisterio. Una inclinación irrefrenable le impulsó al aula y la redacción de textos literarios para niños.*

"¿Qué se quiere decir con esto? Dicho así, escuetamente, está bien claro que se nos previene –curioso descubrimiento– de una suerte de raro don de Martí; como de una feliz lucidez para penetrar los problemas esenciales y los caminos del arte de educar. Y queda así –con lo de la *inclinación irrefrenable*–, como flotando, la idea del defecto de reflexión y conocimiento especial de esas cuestiones en el acervo cultural de Martí. Mas no sólo queda sugerida la idea, sino expresada y concreta, pues se sigue leyendo: *No abrevó en fuentes pedagógicas; hizo lo que su amor e inspiración le dictaron; y así impartió enseñanzas en Guatemala, en Caracas, en New York...; y así redactó las páginas de* **La Edad de Oro.** Es decir, guiado de una *inclinación irrefrenable* y por una suerte de *inspiración. Nada revela tanto la intuición pedagógica de Martí como su carta testamento a María Mantilla; hay en ella un manojo de cons*ejos sobre la autoeducación, sencillamente admirables.

No es que menospreciemos la virtud de la intuición para penetrar y ver directamente la entraña de las realidades, ni su condición de instrumento o vía del conocer y aun del obrar; por el contrario, a nuestros ojos tiene categoría de supremo elogio esa exaltación de la *intuición pedagógica de Martí.* Pero creemos que sería preciso salirle al paso al limitado juicio con que se escatima el conocimiento discursivo del Maestro, cuando se destaca sólo el intuitivo, probando –y nada sería más fácil– que Martí no sólo conocía los problemas pedagógicos propios de su tiempo, sino que había meditado en ellos y había de ellos formado un elaborado y reflexivo criterio personal. Un cuidadoso estudio, una selección, recopilación y ordenación de las ideas pedagógicas que se hallan diseminadas en la obra de Martí, pondría de manifiesto un ideario pedagógico que contiene en alusiones, en consideraciones, en juicios, la doctrina, por ejemplo, y las ideas, sin quedarse corto, de la obra de Spencer *La educación intelectual, moral y física*, una de las obras que con más amplitud y vigor influyeron en la ideología pedagógica de fines del pasado siglo y comienzos del actual.

"Pero no sólo eso; quizás algún día haya ocasión de comentar aquella soberbia y emocionante carta que escribió Martí a María Mantilla desde Cabo Haitiano, para que se vea que hay en ella algo más que *un manojo de consejos sobre la autoeducación*, y que, con la idea fija en lo de la *intuición pedagógica*, se han escapado aquellos otros consejos para la escuelita que María y Carmita querían formar. Hace falta señalar, para que puedan ver claro aquellos a quienes las ideas de una mezquina pedagogía de apuntes haya tornado miopes, que hay en esos consejos, replegadas y comprimidas en su escueta brevedad, normas no *intuitivas*, sino alusiones y reglas de una didáctica concreta que nuestras escuelas de hoy están aún lejos de alcanzar con su saber ´científico', y que no pueden ser conocidas sino por una elaboración reflexiva y de personal experiencia".

En realidad nos falta el estudio cuidadoso que nos ofrezca en forma orgánica las ideas de Martí sobre educación. No se ha hecho todavía, a pesar de la fundamental importancia que tendría para nosotros el poseer organizadas y estudiadas esas ideas. La doctrina educativa de Martí, por ser suya y porque de seguro la pensó y la dijo soñando el destino de su pueblo, constituiría la más clara fuente de inspiración y la base de un ideario pedagógico de que tan necesitados hemos estado, con raíz en nuestro ser nacional, de su realidad nutrido, y teñido del consejo y de los ideales de nuestros mejores hombres. Hoy, la profunda reforma educacional a que

aspira y que ha abordado la Revolución, puede nutrirse radicalmente en esta fuente.

Volvemos a leer las páginas de Martí, y, al leerlas, topamos con anotaciones y comentarios que se prepararon y sirvieron de base hace unos años para un trabajo de tesis en la Facultad de Educación de la Universidad de Oriente sobre ese tema del ideario pedagógico martiano.

En las anotaciones para aquel trabajo, que en breve parte aprovechamos aquí, aparece como proyecto de estudio de las ideas pedagógicas de Martí un esquema que contiene los siguientes epígrafes:

Conceptos sobre educación. –La escuela y el maestro. –La educación en relación con la época. –Carácter de la educación. –Educación popular y campesina. –Sobre la enseñanza secundaria y la enseñanza universitaria. –Educación de la mujer. –Educación física. –Educación moral. –Educación de raíz autóctona. –Ideas de didáctica particular y concreta. –La literatura infantil.

Esos temas cardinales y otros más están contenidos en textos de Martí jugosos y sugestivos. El comentar y delimitar con sentido cada tema llevaría páginas y páginas, pues habría que ordenar referencias y alusiones que se encuentran en artículos diversos, y comentar cuestiones de criterio y de conceptos fundamentales.

No tenemos la vana pretensión de mostrar aquí como prólogo a una recopilación de artículos de Martí una prueba de ese comentario y esa clase de estudio del criterio pedagógico del Apóstol, empresa de perfiles y carácter más serios, pero ante el interés y el trance de la reforma de la enseñanza en que está empeñada la Revolución, no resistimos el deseo, sin más pretensiones, de traer algunos textos y anotaciones a colación.

El plan de reforma de la enseñanza que el Ministro de Educación ha abordado con tan brava decisión y tan claro sentido, ha partido de donde había de partir; de un principio social que pide que en una democracia la educación no sea privilegio de unos y derecho negado a otros, sino educación para todos los ciudadanos de la república. Y ya se ha visto el vasto plan de creación de escuelas para todos los niños que no las tenían, en un esfuerzo tan generoso que no lo hay igual relativamente, que sepamos, en ningún país del mundo.

Escuelas para todos; solución de un problema de cantidad para responder a un principio social; pero viene luego a preocupar al Ministro –ya lo dijo con elocuencia en el Mensaje Educacional al País– la atención de un principio psicológico o pedagógico. Escuelas para todos; muchas escuelas, pero ¿qué carácter han de

tener o han de adquirir esas escuelas y la educación que se cimiente en ellas?

El concepto que Martí tenía de la escuela, de su función, de su carácter, de cómo es y de cómo cambiarla para que sea lo que debe ser, está expuesto en muchos de sus escritos; unas veces de pasada y ocasionalmente; otras –aunque en el tono y el espacio del artículo periodístico–, con intención de trazar un esquema de rasgos esenciales. Ahora bien, al revisar lo que Martí escribió sobre ese asunto, nuestra atención queda prendida de uno de los artículos que nos parece aquel en que expuso su punto de vista de manera más viva y sugestiva.

Es un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1886. Está escrito en Nueva York y tiene como tema el comentario de la creación y construcción de escuelas en aquella gran ciudad.

No puede uno leer sin sorpresa y aun más sin extrañeza ese artículo. Y la extrañeza proviene de comprobar que sea tan poco conocido y de que no se haya destacado como documento de valor de primer orden. Creemos que no debería haber un maestro cubano que no lo hubiese leído cuidadosamente; las Escuelas Normales deberían haber hecho de él uno de los temas indispensables del estudio.

Porque es cierto que en este artículo informa Martí de la situación escolar de Nueva York; pero, partiendo de realidades que observa, hace una crítica, tanto de valores positivos como de cualidades torcidas, en la que expone normas y principios fundamentales. A ello se debe el que este artículo, escrito hace setenta y cuatro años, pueda ser leído hoy mismo con la impresión de que conserva valor de actualidad; y es que se mantienen en él con notable lucidez principios de valor permanente. Hay en él, como fondo, un claro sentido de la función que la escuela desempeña en la sociedad que la crea y la sostiene y de la dependencia íntima entre ambas: la sociedad y su escuela. Esa relación, según vamos leyendo, podría establecerse así:

El carácter de la escuela, el carácter de la educación que se consigue de ella, está en gran medida influido por el carácter y el espíritu de la sociedad que la mantiene. Cierto que la escuela ejerce una función que en algo influye en la sociedad con su participación en la formación de los jóvenes, pero esa función está condicionada en alto grado por el carácter de la sociedad misma, puesto que la sociedad crea la escuela con características que son como

reflejo de sus mismos caracteres. Una estructura social al estilo de las que se amañan en las llamadas democracias representativas, creará y alimentará para su servicio una escuela en la que quedarán reflejados los principios y los caracteres de esas clases de democracias; una sociedad socialista dispondrá su escuela con una estructura y un espíritu socialistas; como la escuela de los países fascistas fue formada como reflejo de la estructura y los ideales fascistas.

No discurre Martí en este artículo para desarrollar esa tesis general, sino que se aplica a enjuiciar con esa idea el hecho que contempla en la sociedad norteamericana. Y la manera como descubre la influencia de los factores humanos y sociales en el clima educativo es de tal penetración y de tal claridad, que difícilmente se encontrará en parte alguna, en tan breve espacio, visión tan sustanciosa y expresiva. A continuación entresacamos algunos párrafos.

Frente al crecimiento de las escuelas en la ciudad de Nueva York; frente a la relativa abundancia de medios materiales con que se disponen y atienden aquellas escuelas, Martí observa la deficiencia del rendimiento docente, y descubre como una causa la deficiencia del factor esencial: la labor del maestro.

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye; si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado [...] // ¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acumular estadísticas, si las que se ocupan de esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agria, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida? [...] // No sólo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto. // Esta es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos. // A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al

niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Ya se ve que Martí observa y descubre deficiencias graves en el rendimiento de las escuelas. Luego, encuentra la causa del fracaso en la "falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros". Y esto último existe como consecuencia de "la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional".

Parece como si todo ello constituyese un fatal encadenamiento de condiciones que llevaran a una actitud definitivamente pesimista, sin posible esperanza. Sin embargo, Martí tiene fe en la gran virtud del trabajo del hombre y en esa llama inmortal del espíritu, capaz de aspirar a limitadas transformaciones y creaciones.

De ahí que no desconfíe, sino que se disponga a imaginar, frente a los males, aquellas medidas que serían necesarias para enderezar lo que cree torcido. Y en sus razones aparece con gran claridad, en fundamentales rasgos, el concepto que él tenía de la función de la escuela.

Gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusieran delante, en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejen enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto. // [...aquí] son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles deletreos, mapas y cuentas [...] donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que habita [...] // Contar, sí, eso lo enseñan a torrentes. // Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien. // ¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril y una especie de librea de las inteligencias.

Se deduce de las advertencias y razones de Martí el concepto que él tenía de la función de la escuela y de las cualidades que habría de adquirir para que su influencia formativa en el niño fuese lo que se concibe como deseable. En primer lugar, él ya lo dice; estas son sus palabras: "La enseñanza ¿quién no lo sabe? es ante todo una obra de infinito amor".

En segundo lugar, abomina de la enseñanza formal, memorista, verbal, de nociones escolares previstas en programas de mera previsión informativa, desligada de los factores reales de la vida.

En tercer lugar, exalta la formación de los niños en la experiencia de las cosas y los hechos reales y en la virtud del propio trabajo. Y, definitivamente, pone su mira no en una escuela de adoctrinamiento por lecciones teóricas, sino en una escuela del conocimiento por el trabajo, de la experiencia y la expresión personales, del respeto a la originalidad de que cada criatura es capaz.

¿El remedio de la torcida obra de la escuela que contempló Martí en su tiempo, como el de la escuela de hoy? Él lo dice también con meridiana claridad:

De raíz hay que volcar este sistema [...] // El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos. // El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica, en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la Naturaleza [...] // Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes, –eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Aquella crítica de la enseñanza formalista, no sólo advertía en las escuelas de Nueva York, sino corriente y general como característica de la escuela de la época (¿no lo es también de la nuestra?); aquel propugnar por una enseñanza científica, es un criterio permanentemente mantenido por Martí, como nacido de un concepto maduro y definitivo. Lo encontramos en muchos de sus escritos, expuesto siempre con claridad y absoluta firmeza. He aquí algunas muestras:

Se dan clases de Geografía Antigua, de reglas de Retórica y de antañerías semejantes en los colegios: pues en su lugar deberían darse cátedras de salud, consejos de higiene, consejos prácticos, enseñanza clara y sencilla del cuerpo humano, sus elementos, sus funciones, los modos de ajustar aquellos a estas, y ceñir estas a aquellos, y economizar las fuerzas, y dirigirlas bien, para que no haya después que repararlas. Y lo que falta no es ansia de aprender en los discípulos: lo que falta es un cuerpo de maestros capaces de enseñar los elementos siquiera de las ciencias indispensables en este mundo nuevo. No basta ya, no, para enseñar, saber dar con el pun-

tero en las ciudades de los mapas, ni resolver reglas de tres ni de interés, ni recitar de coro las pruebas de la redondez de la tierra, ni ahilar con fortuna un romancillo en Escuela de Sacerdotes Escolapios, ni saber esa desnuda Historia cronológica inútil y falsa, que se obliga a aprender en nuestras universidades y colegios. Naturaleza y composición de la tierra, y sus cultivos; aplicaciones industriales de los productos de la tierra; elementos naturales y ciencias que obran sobre ellos o pueden contribuir a desarrollarlos: he ahí lo que en forma elemental, en llano lenguaje, y con demostraciones prácticas debiera enseñarse, con gran reducción del programa añejo, que hace a los hombres pedantes, inútiles, en las mismas escuelas primarias. // Alzamos esta bandera y no la dejamos caer. –La enseñanza primaria tiene que ser científica. // El mundo nuevo requiere la escuela nueva.

¿De qué vale aprender en las escuelas palabras cuyo sentido no se entiende, números cuyas combinaciones caprichosas huelgan en la mente cual en caja de médico dislocados y fríos huesos, y estos o aquellos límites geográficos, que un ala de la memoria trae al cerebro, y otra ala se lleva? [...] Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para la vida. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.

En este último texto está sobremanera claro el desprecio por lo aprendido cuando el proceso de aprender no se ha basado en la experiencia personal, en el trabajo. Cualquier pedagogo a la violeta, interpretando al pie de la letra, pensaría: ¡Error el decir que lo teórico debe ser por la tarde en las escuelas y lo práctico por la mañana, pues por la mañana está la mente más ágil y dispuesta para la adquisición de los conocimientos; el índice pronóstico...! ¡Y os disparan la ciencia en palabras! Y no es eso, sino que el criterio correcto está bien expresado en Martí: lo primero es la experiencia, y el trabajo teórico o escolar no ha de ser sino reflexión posterior, o si se quiere simultánea, pero nunca al contrario. Sí, por la mañana la azada; es decir, lo primero el trabajo, la actividad real donde se apoya y forja el conocimiento directo y sólido; por la tarde, es decir, como consecuencia, la reflexión y la fijación del sentido de lo que se aprende.

He aquí ahora este otro tema del carácter de la educación en relación con la época:

Es un hecho que ha alarmado a los más calificados educadores de nuestros días: la escuela tal como está generalmente establecida y organizada, hoy más que nunca, es un organismo inadaptado a nuestro tiempo. Clara o vagamente se estima que la escuela no responde en sus resultados a las necesidades de la vida actual; no lleva a cabo, como sería a desear, una función normal de formación de los hombres de hoy para la vida de hoy, ni mucho menos para la adaptación a las condiciones de la vida compleja y cambiante de nuestros días.

La Sociología y la Sociología Pedagógica, han ido rastreando el fenómeno de la transformación de la escuela en función de la transformación de la sociedad; pero no es sino en nuestros días, en la atención de algunos pensadores y pedagogos, cuando se comienza a señalar el hecho, por demás dramático, de que mientras la sociedad de nuestros días está como embalada en una carrera vertiginosa de progresos, sobre todo materiales, mecánicos, que hacen variar velozmente, año a año y día a día las condiciones de vida de los individuos, la escuela, sin que deje de progresar, siguen un avance lento, retrasado en extremo con respecto a la vida que la rodea. Y no digamos, en cuanto a nuestro pueblo, los cambios sociales en que la Revolución lo orienta.

En el Mensaje Educacional del Ministro de Educación al Pueblo de Cuba se nos invita a meditar en las siguientes ideas:

En tiempos aún no muy lejanos, una cierta estabilidad era característica de las sociedades humanas; el cambio progresivo se verificaba de manera casi insensible y a través de períodos de tiempo tan largos, que eran más que suficientes para que el individuo se adaptara a ellos sin gran esfuerzo y casi de manera imperceptible. La educación era entonces legado y prolongación de la vida de una generación a otra, sin que la generación joven tuviese la necesidad sino de adaptarse a las actitudes, a las ideas, a los hábitos, al ritmo y al estilo de la generación anterior, con leves toques de renovación ante los leves y lentos progresos.

La dramática situación de las generaciones actuales radica en que tienen que vivir en un medio social en que las costumbres, las ideas, los valores, la dinámica de la vida en el orden material –¡y en el social!–, no son estables; por el contrario, cambian con un ritmo como jamás se dio en ninguna etapa histórica de cultura alguna. Cambio en las relaciones humanas, cambio en los vínculos sociales, cambio en las costumbres, cambio en el uso de instrumentos, cambio en la estructura social y económica; por lo tanto, cambio en

el trabajo, cambio en el ritmo de la vida, distinto modo de servirse del espacio y del tiempo, distinta manera de estimar los valores sociales, los conocimientos.

"Dígase lo que se quiera", dice el mensaje Educacional, "el drama esencial de la educación de nuestros días es el de tener que prever y afrontar la adaptación y la readaptación constantes a que habrá de estar sometido el individuo ante los continuos cambios del medio social, originados y favorecidos por el progreso acelerado de la técnica".

Quien no tenga conciencia de que la escuela ha de adquirir también un ritmo dinámico de cambio para seguir y adaptarse al ritmo de la vida que la rodea, al estilo de vida de la época, no llega a comprender el sentido de la función educacional que la escuela ha de llevar a cabo.

Esta idea del cambio y de la adaptación de la escuela y de la educación a las necesidades de los individuos para que puedan marchar con el dinamismo de los tiempos, con lo que la sociedad exige de ellos, con lo que de ellos reclama un cambio como el de nuestra etapa revolucionaria, está claramente expresada en Martí, repetidamente, en muchos de sus escritos. La época en que él vivió y escribió comenzaba ya a sentir esa dramática necesidad de adaptación del individuo a nuevas condiciones de vida; la insuficiencia de una escuela estática y tradicionalista en un mundo que comenzaba a embalarse en la pendiente de un progreso material formidable que había de influir en la vida, en el pensamiento y aun en la moral de los individuos. Y Martí percibió el pulso del fenómeno y habló, con idea y voz de futuro, de la educación en relación con la época.

He aquí algunos textos significativos de aquello a que nos referimos:

Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe en una universidad brillante, útil, de acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que enseña: una universidad, que sea para los hombres de ahora aquella alma madre que en tiempos de Dantes y Virgilios preparaba a sus estudiantes a las artes de letras, debates de Teología y argucias legales, que daban entonces a los hombres, por no saber aún de cosa mejor, prosperidad y empleo. // Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado a la Universidad antigua, y alzar la nueva.

La educación tiene un deber ineludible para con el hombre, –no cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana. Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época; para lo cual no le sirven el latín y el griego.

A mundo nuevo corresponde la Universidad nueva. // A nuevas ciencias que todo lo invaden, reforman y minan, nuevas cátedras. // Es criminal el divorcio entre la educación que se recibe en una época, y la época. // Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podría salir a flote; es preparar al hombre para la vida. // En tiempos teológicos, universidad teológica. En tiempos científicos, universidad científica. Pues ¿qué es ver una cosa y no saber qué es? Con agrupar silogismos *Baralipton,* y declarar *Quousque tandem* no quedan los hombres habilitados para marchar mundo arriba, al par de estos caballeros de la nueva usanza, que montan en máquinas de vapor, y llevan como astas de sus lanzas un haz de luz eléctrica.

¿Por qué, sobre todo, no sentarnos al lado de educadores en consejo, que están viendo, con agradecible y laborioso empeño, la manera de educar al niño de modo que, abandonado luego entre los hombres, pueda aplicar sus fuerzas enseñadas a un mundo conocido, en vez de ser ciego presuntuoso, cargado de letras griegas y latinas inútiles, en medio de un universo activo, apasionado, real, necesitado, que le ofusca, asorda y arrolla?

¡Oh, si a estas inteligencias nuestras se las pusiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se las dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país y el país al que ha de aplicarse; si se preparase a los sudamericanos, no para vivir en Francia cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur!... Mata a su hijo en la América del Sur el que le da mera educación universitaria.

Como se ve, siguen señalando ejemplo y norma en nuestra época las previsiones y las críticas de Martí. Todavía planes y programas de educación de nuestros países hispanoamericanos adolecen de esa estrecha visión inadaptada a las necesidades y al pensamiento del hombre que nuestro tiempo reclama. Todavía son educados los niños y los jóvenes, y son instruidos en conocimientos falsos o que ya no tienen valor para la vida de hoy; nociones escolásticas sostenidas por el tradicionalismo y la rutina de maestros que recibirían saludable lección si meditaran los conceptos claros y los consejos tan humanos y lúcidos de Martí.

Mediten los educadores el ideario educativo que salta aquí y allá y se proyecta vigoroso en estas páginas, y aprendan en él principios y normas que son esencia de la renovación pedagógica a que apunta la reforma educacional del Gobierno Revolucionario.

Veamos algunos criterios respecto de la enseñanza secundaria y de la universitaria.

Todavía sigue en pie en nuestra época la cuestión del carácter y el contenido que deben predominar en la enseñanza secundaria. Una tendencia y un carácter están representados por la tradición de escuelas europeas, que han venido siendo escuelas para una clase social capaz por su situación económica de llegar a esos centros docentes, dispuestos con el fin de preparar para los estudios de la etapa superior universitaria.

Considerados así los centros de enseñanza secundarios, para atender a una pretendida selección de capacidades intelectuales, sus planes y programas fueron concebidos –como sus continuadores los universitarios– con una ambición y un tono excesivamente especulativos, de materias de contenido teórico con pretensiones de rigor de especialización. Añádase a ese criterio y a esa aspiración la agravante con que el espíritu social, político y de casta tiñó las instituciones docentes de los países coloniales de España en América, y se tendrá el cuadro que Martí vio tan de cerca y que nos parece soberbiamente evocado a grandes rasgos en los siguientes párrafos en que el gran escritor peruano José Carlos Mariátegui habla de la herencia colonial en el proceso de la instrucción pública:

En el culto de las humanidades se confundían los liberales, la vieja aristocracia terrateniente y la joven burguesía urbana. Unos y otros se complacían en concebir las Universidades y los colegios como fábricas de gente de letras y de leyes. Los liberales no gustaban menos de la retórica que los conservadores. No había quien reclamase una orientación práctica dirigida a estimular el trabajo,

a empujar a los jóvenes al comercio y la industria (menos aún había quien reclamase una orientación democrática, destinada a franquear el acceso a la cultura a todos los individuos).

El privilegio de la enseñanza persistía por la simple razón de que persistía el privilegio de la riqueza y de la casta. El concepto literario de la educación correspondía absolutamente a un régimen y a una economía feudales. La revolución de la independencia no había liquidado en el Perú este régimen y esta economía. No podía, por ende, haber cancelado sus ideas peculiares sobre la enseñanza.

Críticas de esa misma especie vamos a ver en los escritos de Martí, quien con gran viveza atacó ese mismo espíritu tradicionalista de la enseñanza secundaria y universitaria en Hispanoamérica, así como alabó la otra tendencia cuyo fermento pudo ver durante su estancia en los Estados Unidos, y que iba tan bien con su concepto realista, vital y democrático de la educación.

Aquella especialización y aquel acento teórico a que nos hemos referido se destacan principalmente –influencia de la tradición humanista que la historia arraigó– en las materias cuyo prestigio viene de su enlace con la antigüedad clásica, todavía excesivamente reverenciada. Aparte otros estudios con esos caracteres, es natural que aparezca como de interés indiscutible en esos planes docentes influidos de tradicionalismo, el estudio del latín y el griego.

El otro carácter está representado por la tendencia que concibe la enseñanza secundaria no como enseñanza para una clase o selección, sino con el designio de que llegue, como la primaria, hasta hacerse general y obligatoria para todo ciudadano.

Así, aun previendo planes de flexibilidad y margen necesarios para los casos en que sea preciso y se aspire a ciertas especializaciones en una enseñanza posterior universitaria, la educación secundaria mantiene su propósito formativo, general, de cara a las necesidades, a los conocimientos y a las técnicas que deben constituir el equipo básico de todo ciudadano, de todo hombre de nuestra época.

Con este designio, los planes y programas de las escuelas secundarias en algunos países han eliminado materias y han transformado el carácter de gran parte de ellas, para que cumplan objetivos de educación realista, no teórica, y siempre de acuerdo con el tema de la cultura actual y las necesidades de un ciudadano del mundo de hoy. Es natural que el estudio de las lenguas clásicas no sea general y básico en esos planes.

Dijimos, y nos parece cierto, que actualmente la cuestión se discute entre el mismo personal docente, entre los partidarios de man-

tener y acrecentar lo que llaman cultura humanista, por intermedio de las lenguas clásicas, y los que consideran estas como inútiles para esa etapa secundaria en la que debe predominar una formación nada teórica, predominantemente científica y realista, de acuerdo con las aspiraciones de la formación del hombre para la vida de hoy.

Los partidarios de la primera tendencia sienten débiles las bases de sus argumentaciones y quizás se apoyan más en motivos que en razones, y la segunda tendencia se impone y triunfa.

Los argumentos en que se apoyan los partidarios de incluir en los planes de estudios el latín y el griego, se resumen en lo siguiente:

A) Que el estudio de esos idiomas pone al alumno en contacto y relación con las obras de los más claros espíritus de la cultura clásica, lo que significa una base de sin igual valor para la cultura humanista y la formación moral del hombre de hoy.

A eso los oponentes arguyen que, aparte la superioridad de las literaturas de las lenguas vivas y de hoy, las obras de los clásicos griegos y latinos no las leen los alumnos de secundaria ni siquiera traducidas, cuanto menos por medio del mezquino conocimiento de las lenguas clásicas que se obtienen en el estudio posible en los cursos secundarios.

B) Que el estudio del griego y el latín, por la especial estructura de esas lenguas y por las dificultades que hay que vencer, constituyen una suprema disciplina de la mente.

A eso se opone el criterio de los que estiman que el estudio de las Ciencias de la Naturaleza y de las Ciencias Matemáticas tienen más valor como disciplina mental que el de aquellos idiomas.

C) Que el estudio del griego, y sobre todo del latín, es una poderosa ayuda imprescindible para el buen conocimiento de las lenguas que de esos idiomas se han derivado.

Contra ese argumento se presentan aquellos otros de los lingüistas y de los que preconizan una viva didáctica del idioma, que aseguran que el estudio del latín clásico que se estudia en los centros secundarios no ayuda al conocimiento útil del idioma materno, aprendizaje que se realiza por otras vías y otros procedimientos bien distintos.

Escribió Martí sobre este asunto en un artículo publicado en el periódico *La América*, en enero de 1884, con ocasión del planteamiento entre los profesores norteamericanos de una reforma de los planes de estudio, en relación principalmente con la cuestión de la enseñanza del griego y el latín en la etapa escolar secundaria.

Aunque en su artículo dice Martí: "Revista quisiéramos tener para tratar esto con la amplitud y variedad de modos que las revistas permiten y el asunto requiere. Pero tenemos que pasar apuntando". Aunque escribe eso, doliéndose de la falta de espacio y ocasión que ofrece el artículo de periódico, adviértase lo certero y claro de sus ideas, aun así expuestas con la brevedad que imponían las circunstancias.

Del artículo a que nos referimos transcribimos aquí los párrafos que nos parecen más significativos, y en los que se hace más patente el criterio que Martí hubiese querido desarrollar con más amplitud:

Pues ¿enseñar a los hombres que han de vivir en estos tiempos, –lenguas, sentimientos, pasiones, deberes, preocupaciones, cultos de otros y nutrirlos de madrigales y epopeyas idas y de melindres cortesanos, –son torpeza y delito menores que sacar a batallar con escudo de cuero retorcido, y casco ponderoso y parte sana, a soldados que han de combatir con otros precedidos de máquinas rugientes, armados de rifle-cartuchera, –con su depósito de tiros colgando del gatillo, que están sacando ahora a la venta, –o del sable afilado de Solingen? // [...] El hombre tiene que sacar de sí los medios de vida. La educación, pues, no es más que esto: la habilitación de los hombres para obtener con desahogo y honradez los medios de vida indispensables en el tiempo en que existen, sin rebajar por eso las aspiraciones delicadas, superiores y espirituales de la mejor parte del ser humano. // Esta cuestión del griego y el latín está siendo ahora muy tratada. Se gira en torno de ella, y en ella se concretan los diversos sistemas de enseñanza. Más: se concretan dos épocas, –la que muere y la que alborea. La educación ornamental y florida que bastaba en los siglos de definidas aristocracias a hombres a cuya existencia proveía la organización injusta e imperfecta de las naciones: la educación literaria y metafísica, último mampuesto de los que creen en la necesidad de levantar, con una clase impenetrable y ultrailustrada, una valla a las nuevas corrientes impetuosas de la Humanidad, que por todas partes acometen y triunfan; la educación antigua, de poemas griegos y libros latinos e

historias de Livio y Suetonio, –libra ahora sus últimos combates contra la educación que asoma y se impone, hija legítima de la impaciencia de los hombres, libres ya para aprender y obrar, que necesitan saber cómo está hecha, y se mueve y transforma, la tierra que han de mejorar y de la que han de extraer con sus propias manos los medios del bien universal y del mantenimiento propio [...] // Unos mantienen que el griego y el latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el griego ni el latín han saboreado; ni aquellos capítulos de Homero que parecen primera selva de la tierra, de monstruosos troncos; ni las perfumadas y discretas epístolas del amigo de Mecenas; los que dicen esto. Pero este es saber de gala y regocijo de la mente dada a letras, y nacida para ellas; este es cierto saber aristocrático y desocupado, que al que viene predispuesto a adquirirlo, le irá inevitablemente porque deseará tenerlo; y al que no tenga natural afición a él, no le quedará impreso, porque se lo quitarán de la memoria, donde está de mal grado, las tumultuosas aficiones modernas. // El problema es este: ¿Debe emplearse la mayor y más útil parte de la época de colegio en el aprendizaje de dos lenguas que sólo influyen, cuando más influyen, en fijar las raíces de la lengua? // ¿El conocimiento del lenguaje es la principal necesidad del hombre moderno? ¿Debe educarse a los hombres en contra de sus necesidades, o para que puedan satisfacerlas? // Como gimnasia y disciplina de la mente, ¿el orden admirable y nunca contradictorio de la naturaleza no será más benéfico a la mente que el caprichoso hipérbaton latino, o el contraste de los varios dialectos griegos? // Si la gota de esencia, si el jugo, si el remanente científico, si la utilidad definitiva del estudio de las lenguas latina y griega, vienen a ser –descartado lo de la gimnasia mental por serle preferible en esto las más adecuadas ciencias físicas– el conocimiento verdadera e innegablemente útil de las radicales de la lengua, y los cauces por donde esta anda, y los ejes sobre que gira, ¿por qué no dar en breve, en compendio, en espiga, en fruto, estos conocimientos ya claros y adquiridos, y hacer perder a cada alumno preciosísimo tiempo en adquirir directamente fárragos y laberintos de inútiles reglas que no han de llevarle más que a averiguar lo que ya está sabido? ¡Vale tanto semejante sistema como tener a mano una cesta de albaricoques maduros y dejarlos sin comer a un lado, esperando a que el árbol que se acaba de sembrar dé albaricoques!

Bienvenido ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y francés

que del latín y griego, sin cerrar por eso, –que estos jamás debe hacerse, –a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu, nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Ya se ve que durante su estancia en Nueva York se le afirmaron a Martí ideas de progreso pedagógico y escolar con el fermento de progresos y cambios que venían con la vida nueva de la industrialización, la ciencia, la técnica y la riqueza, y con el pa alelo recuerdo doloroso del estancamiento tradicionalista y escolástico en que seguían viviendo los centros docentes secundarios y universitarios en los países de la América de su lengua y de sus desvelos. De esa época datan sus más claras advertencias en escritos para los países de lengua española, comparando el retraso de sus sistemas docentes con el progreso dinámico y en consonancia con el tiempo, de los países de espíritu renovador. Y no sólo los sistemas, sino los métodos, los programas, la relativa importancia concedida a unas y a otras enseñanzas; su progreso, en fin, al paso progresivo de la sociedad, frente a la estática sujeción a los ideales tradicionales ya inadaptados a la época.

Por ese mismo camino del progreso y la adaptación de la escuela a los nuevos tiempos, insiste Martí en la necesidad de cambiar la enseñanza de teórica en práctica, de formal en científica. Con esa misma visión de avanzada, proyectada sobre la lamentable realidad y las necesidades de América Latina, se levanta la previsión y el consejo elocuente de Martí, el cual señala el deber de sacar de su estado la agricultura rudimentaria con enseñanzas y técnicas modernas, de promover en general el carácter de la enseñanza para ponerlo al servicio de lo que requiere el cambio de la vida y de los ideales. En páginas magistrales hallaremos clara la función de los maestros en los medios campesinos y sugestiva la idea de los maestros ambulantes; en las de La Edad de Oro podremos recrearnos con la clara doctrina respecto de las cualidades de las lecturas para la infancia y la juventud y respecto de la formación de la inteligencia y de los motivos morales; y encontraremos en otras, ideas sobre la misión del maestro, sobre la de las Universidades, sobre el valor y la enseñanza de disciplinas particulares, sobre los exámenes, sobre la enseñanza de lenguas, sobre la educación física.

Ya hemos dicho que no sería posible señalar y comentar con justeza en pocas páginas todas las sugestiones y las ideas pedagógicas

que Martí dejó en artículos y cartas, pero se puede afirmar que son sabias y muchas, tanto en conceptos y criterios amplios como en detalles y normas particulares.

En las páginas de este libro se reúnen artículos y trozos en los que Martí se refiere a cuestiones de educación. Los educadores cubanos hallarán en estos textos multitud de sugestiones y multitud de ideas sobre educación que les servirán de básico ideal y básica doctrina incomparables. Cursos podrán y deberán hacerse para examinar y comentar las ideas pedagógicas de Martí en cuidadoso estudio de artículo por artículo. Por ahora, aquí, en estas páginas, van todos los documentos de esa naturaleza que hemos entresacado de la obra completa de nuestro gran educador.

H. ALMENDROS

I
PRECURSORES

José de la Luz

1

Los cubanos veneran y los americanos todos conocen de fama al hombre santo que, domando dolores profundos del alma y el cuerpo, domando la palabra, que pedía por su excelsitud aplausos y auditorio, domando con la fruición del sacrificio todo amor a sí y a las pompas vanas de la vida, nada quiso ser para serlo todo, pues fue maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres. Pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su patria fue su única cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras –para su patria al menos– inmortales, lo que, ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el sentido del mundo, y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para trasmitirlo. Sembró hombres.

El noble anciano que poco antes de morir puso en manos de *El Economista* las cartas que hoy publica, no las dio como cosa común, sino como quien, al irse de la vida, lega a quien sabrá guardarlo su mejor tesoro. "He vivido mucho", decía; "de tanto esperar en vano la justicia en el mundo y la libertad para mi patria, se me ha espantado el entendimiento; pero en ningún país traté jamás a un hombre tan sabio y tan bueno. Se me deshacía a veces en lágrimas el corazón cuando lo oía hablar. Perdonar: ¡yo no sé, después de Jesús, quien haya sabido perdonar mejor! Saber: ¡oh, era un gran saber cristiano, que no se contentaba con repetir el último libro que leía, ni rechazar lo que no se avenía con su criterio, sino estudiaba más lo más hostil, y hallaba de una ojeada la verdad de todo! Cuando lo

afligía la fealdad de la vida, se consolaba embelleciendo las almas, para que fuese patente la beldad universal. Yo era un pobre, yo era muy pobre y muy infeliz ante él, y me trató siempre como a un hermano y como a un monarca. Amo la vida porque me fue permitido conocerlo".

El Economista Americano, Nueva York, marzo de 1888.
O.C., t. 5, pp. 249-250.

2

Él, el padre; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con que se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real a la ostentosa, –y a la gloria de su persona, –culpable para hombre que se ve mayor empleo–, prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad, él, que se resignó, –para que Cuba fuese, –a parecerle, en su tiempo y después, menos de lo que era; él, que decía al manso Juan Peoli, poniéndole en el hombro la mano flaca y trémula, y en el corazón los ojos profundos, que no podía "sentarse a hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta el tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres"; él, que de la piedad que regó en vida, ha creado desde su sepulcro, entre los hijos más puros de Cuba, una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda a la razón nueva del hombre, y en el bálsamo de su espíritu a la llaga soberbia de la sociedad cubana; él, el padre, –es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con que verlo, y negado a veces por sus propios hijos.

¿Qué es ver la luz, y celebrarla de lejos, si se la huya de cerca? ¿Qué es saludar la luz, mientras sus rayos tibios adornan flojamente la desidiosa naturaleza, y ponérsele de cancel, en cuanto sale del caos, quemando y sanando, con el brío del sol? ¿Qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer? ¿Qué es ver caer la torre deshecha sobre el pueblo amado, y tener al pueblo por la espalda, como la celestina a la novicia dolorosa, para que le caiga mejor la torre encima? ¿Qué es aborrecer al tirano, y vivir a su sombra y a su mesa? ¿Qué es predicar, en voz alta o baja, la revolución, y no

componer el país desgobernado para la revolución que se predica? ¿Qué es gloria verdadera y útil, sino abnegarse, y con la obra silente y continua tener la hoguera henchida de leños, para la hora de la combustión, y el cauce abierto, para cuando la llama se desborde, y el cielo vasto y alto, para que quepa bien la claridad?

Lo más del hombre, y lo mejor, suele ser, como en José de la Luz, lo que en él sólo ven a derechas quienes como él padezcan y anhelen; porque hoy, como en Grecia, "se necesita ser fuego para comprender el fuego": –o los que oyen aterrados su paso en la sombra. De él fue lo más la idea profética e íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero –cercado de la novedad humana, y la nación victimaria, lejana e incapaz, que entrará descompuesta y sin rumbo a su ajuste violento e incompleto con el mundo nuevo –y consagró la vida entera, escondiéndose de los mismo en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos. Los pueblos, injustos en la cólera o el apetito, y crédulos en sus horas de deseo, son infalibles a la larga. Ellos leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla. Ellos levantan, como el sabueso, al enemigo, aunque use lengua túrgida y sedosa, y descubren la pasión de virtud que se suele ocultar, para servir mejor, en el sacrificio desconocido o en el silencio prudente. Ellos, en los países de desdén y discordia, quieren, con apego de hijo, a los hombres de justicia y amor, –a los que no emplean en herir a sus hermanos dispuestos a morir por su patria la energía que reservan para perpetuar en ella el poder de sus tiranos. Y así ama, con apego de hijo, la patria cubana a José de la Luz.

Patria, Nueva York, 17 de noviembre de 1894.
O.C., t. 5, p. 271-273.

Rafael María de Mendive

Y ¿cómo quiere que en algunas líneas diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón o sobre penas de la patria? De su vida de hombre yo no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas; cómo dio en España el ejemplo, más necesario hoy que nunca, de adquirir fama en Madrid sin sacrificar la fe patriótica; cómo empleó su riqueza, más de una vez, en hermosear a su alrededor la vida, de modo que cuanto le rodeaba fuese obra de arte, y hallaran a toda hora cubierto en su mesa los cubanos fieles y los españoles generosos; cómo juntó, con el cariño que emanaba de su persona, a cuantos, desagradecidos o sinceros para con él, amaban como él la patria, y como él escribían de ella. De la *Revista de La Habana* nada le diré aquí; ni de su traducción de las *Melodías* de Thomas Moore; ni de su cariño de hijo para José de la Luz, y de hermano para Ramón Zambrana; ni de la tierna amistad que le profesaron, aun cuando las contrariedades le tenían el carácter un tanto deslucido, los hombres, jóvenes o canosos, que llevaban a Cuba en el corazón, y la veían, fiera y elegante, en aquella alma fina de poeta. ¿No recuerdo yo aquellas noches de la calle del Prado, cuando el colegio que llamó San Pablo él porque la Luz había llamado al suyo el Salvador?: José de Armas y Céspedes, huyendo de la policía española, estaba escondido en el cuarto mismo de Rafael Mendive; en el patio, al pie de los plátanos, recitábamos los muchachos el soneto del "Señor Mendive" a Lersundi; en la sala, siempre vestido de dril blanco, oía él, como si conversasen en voz baja, la comedia que le fue a recitar Tomás Mendoza; o le mudaba a Francisco Sellén el verso de la elegía a Miguel Ángel, donde el censor borró "De Bolívar y Washington la gloria", y él puso, sin que el censor cayese en cuenta, "De Harmodio

y Aristógiton la gloria"; o dictaba, a propósito de uno u otro Sedano, unas sextillas sobre "los pancistas" que restallaban como latigazos; o defendía de los hispanófobos, y de los literatos de enaguas, la gloria cubana que le querían quitar a la Avellaneda; o con el ingeniero Roberto Escobar y el abogado Valdés Fauli y el hacendado Cristóbal Madan y el estudiante Eugenio Enteza, seguía, de codos en el piano, la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba; o me daba a empeñar su reloj, para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo di, llorando.

O de un poco antes pudiera yo hablarle, cuando lo acababan de hacer director del colegio, y él estaba de novio en sus segundas nupcias, con una casa que era toda de ángeles. Los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, a oír la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar, Rafael Mendive o nos oían de detrás de las persianas, cuando las expulsaban por traviesas, lo que, –ante el tribunal de Valdés Fauli, y Domingo Arosarena, y Julio Ibarra, y el conde de Pozos Dulces, y Luis Victoriano Betancourt, –teníamos que decir sobre "el funesto Alcibiades" o "el magnánimo Artajerjes" o "los sublimes Gracos". Era maravilloso, –y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla, –aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía Mendive lo real de un carácter; o cómo, sin saber de ciencias mucho, se sentaba a hablarnos de fuerzas en la clase de física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén, –y nos embelesaba. De tarde, antes de que llegasen sus amigos, dictaba a un tierno amanuense las escenas de su drama inédito *La nube negra*, o capítulos de su novela de la sociedad habanera, donde están, como flagelados con rosas, pero de modo que se les ve pestañear y urdir, los héroes de la tocineta y del chisme y del falso dandismo.

¿Se lo pintaré preso, en un calabozo del Castillo del Príncipe, servido por su Micaela fiel, y sus hijos, y sus discípulos; o en Santander, donde los españoles lo recibieron con palmas y banquetes?; ¿o en Nueva York, a donde vino escapado de España, para correr la suerte de los cubanos, y celebrar en su verso alado y caluroso al héroe que caía en el campo de pelea y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dio el pan, y a quien dio hijos?; ¿o en Nassau, vestido de blanco como en Cuba, malhumorado y silencioso, hasta que, a la voz de Víctor Hugo, se alzó, fusta en mano, contra "Los dormidos"?; ¿o en Cuba, después de la tregua, cuando respondía a un discípulo ansioso: "¿Y crees tú que

si, por diez años a lo menos, hubiese alguna esperanza, estaría yo aquí?" ¿A qué volver a decir lo que saben todos, ni pensar en que los diez años han pasado? Prefiero recordarlo, a solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba.

Carta a Enrique Trujillo, publicada en *El Porvenir*, Nueva York, 1ro. de julio de 1891.
O.C., t. 5, pp. 250-252.



II
LA EDUCACIÓN Y LA VIDA

Función de la enseñanza



Mucho se habla aquí (Nueva York) de las escuelas, de la insuficiencia que en ellas se nota, de la ineficacia de importar a la educación de un país nuevos sistemas extraños surgidos en pueblos de elementos distintos; de lo incompleto, retórico y artificioso del sistema actual, y de la necesidad de reformarlo.

¿Deberá ser la educación de meros elementos literarios, o como aconseja el inglés Mathew Arnold, corre peligro de perderse la nación que aun en su educación primaria no infunde el espíritu superior de las asignaturas bellas?

¿Deberá ser la educación indiferente, general o especial en su enseñanza religiosa?

¿No deberá ser toda la educación, desde su primer arranque en las clases primarias, se preguntan otros, –dispuesta de tal modo que desenvuelva libre y ordenadamente la inteligencia, el sentimiento y la mano de los niños?

Tiene muchos abogados, fanáticos tiene ya, esta que llaman industrial o manual, sin ver que esa es también una educación parcial, que sólo es principalmente buena para un país de industriales, en vez de ser general y llevar en sí los elementos todos comunes de la vida del país, que es como debe ser la educación pública.

En Nueva York estamos: veamos cómo se presenta el problema en Nueva York.

Las escuelas son muchas, bellas en su mayor parte y monumentales, otras más descuidadas y oscuras: pero con ser tantas, aún falta espacio para los que quieren entrar en ellas.

En las clases, que ya aquí se llaman altas, aunque en muchas de nuestras tierras sólo serían elementales, los puestos sobran: acá, después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas.

En las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar: los de los alemanes sobre todo.

Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se manifiesta en los espíritus ese progreso en el número? ¿Cómo coinciden, o cómo luchan, el sistema generoso de las escuelas y el espíritu seco e individualista del país?

¿Qué defectos de método ha revelado la práctica en esta obra gigantesca de la educación en los Estados Unidos? ¿Qué vicios radicales de constitución en el sistema se descubren observándolo?

¿Deben los hombres juiciosos contentarse con la grandeza formal, externa y aparente de los sistemas, o estudiarlos sinceramente en su agencia, funciones y resultados?

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso de los edificios en que se distribuye; si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado; gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusiera delante, en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto.

En ese desenvolvimiento regular y originario de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero acá ha venido a resultar, por el desajuste ante los encargados de educar y lo generoso del sistema y de los textos, que con sus hermosos libros, con sus facilidades grandes, con su orden exterior, con sus lápices y pizarrillas, con sus gramáticas y geografías, son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles deletreos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercitan los castigos corporales; donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde no se percibe entre maestras y

alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen; sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen.

La enseñanza ¿quién no lo sabe? Es ante todo una obra de infinito amor.

Las reformas sólo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan por sobre ellos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que sólo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se atiende la instrucción pública, tan vastos los recursos, tan numerosos los maestros, tan hábiles y bellos los libros, den por resultado general niños fríos y torpes que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas?

Viene del concepto falso de la educación pública: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico.

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo.

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

Sólo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo.

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos.

¿Y esto será envidiable? ¡Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho, a eso va la mujer, a eso va el niño que nace de ellos.

¿Qué viene de afuera? ¿Qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿Cómo influye la inmigración en la cultura pública?

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de la familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida.

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el suelo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra, en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto.

Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres.

Aquí se muere el alma por falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él.

En balde procura el antiguo espíritu, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos.

En balde los innovadores generosos y los maestros interesados, discurren planes para perfeccionar la instrucción pública y prolongar sus cursos en clases superiores.

El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla?

¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la trasmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor?

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agria, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida?

De aquel concepto descarnado de la existencia nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella.

No sólo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto.

Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos.

A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas?

Contar sí, eso lo enseñan a torrentes.

Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ¡a las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril y una especia de librea de las inteligencias.

En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquéllos y extraer éstas, la manera de librar

su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y la esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana, –¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras!

Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá afrontarse la existencia, la existencia en este pueblo activo y egoísta, que es toda de actos y de hechos?

No en vano andan canijos y desorientados, por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños, que sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética, salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo; de los espíritus genuinos que traen en sí la fuerza original incontrastable; de eso viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestras coléricas, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso, y buscan el remedio. "¡Pongan al muchacho entero en la escuela!" *"Putt the whole boy to school!"* acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial; pero todavía eso no es bastante.

El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos.

El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la Naturaleza; en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes, –eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas, –y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas.

Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol todo el oro de su naturaleza.

De "Cartas de Martí. Nueva York en otoño", en *La Nación*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886.
O.C., t. 11, pp. 80-86.

La escuela nueva

En agricultura, como en todo, preparar bien ahorra tiempo, desengaños y riesgos. La verdadera medicina no es la que cura, sino la que precave: la Higiene es la verdadera medicina. Más que romper los miembros deshechos del que cae rebotando por un despeñadero, –vale indicar el modo de apartarse de él. Se dan clases de Geografía Antigua, de reglas de Retórica y de antañerías semejantes en los colegios: pues en su lugar deberían darse cátedras de salud, consejos de Higiene, consejos prácticos, enseñanza clara y sencilla del cuerpo humano, sus elementos, sus funciones, los modos de ajustar aquéllos a éstas, y ceñir éstas a aquéllos, y economizar las fuerzas, y dirigirlas bien, para que no haya después que repararlas. Y lo que falta no es ansia de aprender en los discípulos: lo que falta es un cuerpo de maestros capaces de enseñar los elementos siquiera de las ciencias indispensables en este mundo nuevo. No basta ya, no, para enseñar, saber dar con el puntero en las ciudades de los mapas, ni resolver reglas de tres ni de interés, ni recitar de coro las pruebas de la redondez de la tierra, ni ahilar con fortuna un romancillo en Escuela de sacerdotes Escolapios, ni saber esa desnuda Historia cronológica inútil y falsa, que se obliga a aprender en nuestras Universidades y colegios. Naturaleza y composición de la tierra, y sus cultivos; aplicaciones industriales de los productos de la tierra; elementos naturales y ciencias que obran sobre ellos o pueden contribuir a desarrollarlos: he ahí lo que en forma elemental, en llano lenguaje y con demostraciones prácticas debiera enseñarse, con gran reducción del programa añejo, que hace a los hombres pedantes, inútiles, en las mismas escuelas primarias.

Alzamos esta bandera y no la dejamos caer. –La enseñanza primaria tiene que ser científica.

El mundo nuevo requiere la escuela nueva.

Es necesario sustituir al espíritu literario de la educación, el espíritu científico.

Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe en una Universidad brillante, útil, en acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que enseña: una Universidad, que sea para los hombres de ahora aquella alma madre que en tiempos de Dantes y Virgilios preparaba a sus estudiantes a las artes de letras, debates de Teología y argucias legales, que daban entonces a los hombres, por no saber aún de cosa mejor, prosperidad y empleo.

Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva.

De "Abono. –La sangre es buen abono", en *La América*, Nueva York, agosto de 1883.
O.C., t. 8, pp. 298-299.

La escuela del trabajo

Para que aprendan pequeñas artes de oficina, y la ciencia de un dependiente de comercio, que cabe en un grano de anís, –no parece natural que se saque a los jóvenes de nuestras tierras de América de bajo el ala paterna, a correr calles, desamar la patria, y habituarse a vivir sin ella en la ajena, que no lo ama ni prohíja. –De la América española no se debe venir para eso, que es fútil y pernicioso, a la América del Norte; pero a aprender cultivos en las haciendas, como abriendo propaganda nunca iniciada, decíamos en nuestro número anterior; a aprender mecánica en los talleres; a aprender, a la par que hábitos dignos y enaltecedores de trabajo, el manejo de las fuerzas reales y permanentes de la naturaleza, que aseguran al hombre que lo conoce un sustento permanente y real, a eso sí se debe venir a los Estados Unidos.

Por esto llamamos la atención sobre una compañía de San Luis, "The Excelsior Manufacturing Co.", que educa bien a los aprendices mecánicos. Merece ser conocida. En nuestros países ha de hacerse una revolución radical en la educación, si no se les quiere ver siempre, como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes, como el monstruo de Horacio: colosal la cabeza, inmenso el corazón, arrastrando los pies flojos, secos y casi en hueso los brazos. Contra Teología, Física; contra Retórica, Mecánica; contra preceptos de Lógica, –que el rigor, consistencia y trabazón de las artes enseña mejor que los degenerados y confusos textos de pensar de las escuelas, –preceptos agrícolas, –como quien señala, pues, una vía, señalamos la Compañía Excelsior de San Luis. Ni por la resistencia que oponen a los aprendices los obreros crecidos, temerosos de quedarse sin trabajo, es cosa fácil hallar hoy talleres donde sean recibidos de buena voluntad, y enseñados cumplidamente, los jóvenes aprendices.

En la Compañía Excelsior todos los trabajos son hechos por los aprendices. Cuantos jóvenes desean aprender el arte de la fundición,

son recibidos en la fábrica, con tal que posean la necesaria robustez. Como los que viven lejos de sus padres suelen gustar demasiado de los privilegios vulgares y costosos de andar sueltos, la fábrica prefiere a los que viven con sus padres, o tienen quien cuide de ellos. Los que aún no tienen bastante edad, entran en el aprendizaje regular; los que la tienen ya, se obligan por contrato a trabajar en la fábrica durante tres años. A cada aprendiz nuevo lo ponen a trabajar al lado de uno adelantado ya en el ramo que el nuevo va a aprender, lo que auxilia grandemente las explicaciones teóricas y prácticas de los instructores. Los instructores son allí un cuerpo perfecto, regido por un Superintendente, que encabeza y ordena este departamento de maestros, y cuida de la buena enseñanza y trato de los aprendices. Si a las dos semanas ha demostrado el principiante buenas condiciones, ya lo colocan entre los trabajadores regulares, con cuyo contacto entra de lleno en la febril y saludable actividad del trabajo de estas grandes fábricas, cuyo asombroso movimiento, que produce al principio asombro, llena luego a los que viven en él, de confianza y osadía. –El espectáculo de lo grande templa el espíritu para la producción de lo grande.

Si a las ocho semanas se notan en el aprendiz las mismas buenas disposiciones, ya empiezan a encomendarle pequeños trabajos, y a pagarle por ellos. Como la fábrica desea, y necesita, que los aprendices se conviertan pronto en buenos mecánicos, es regla muy cuidada que en todo se facilite, y en nada se estorbe o demore, la educación del aprendiz. El instructor está obligado a satisfacer sin demora y extensamente cuantas consultas le haga el principiante, cuyos progresos van siendo anotados como en nuestras escuelas públicas, por el maestro, y sometidos al Superintendente, capacitado así para premiar con distinciones y aumento de salario a los aprendices aventajados.

En este cuadro de notas de cada instructor, algo semejante a las hojas de servicios de los militares, hay cinco diversas columnas, en cada una de las cuales va una nota. En la columna "Puntualidad" se apunta el número de veces que el alumno ha faltado a su labor. En la columna "Adelantos", cuyas notas se basan en el examen de los trabajos hechos por el aprendiz, se registran los méritos progresivos de su obra. En otra columna va la nota de conducta. En otra, si cuida o no bien de sus instrumentos. Y en otra, si cuida bien de los modelos y del espacio del taller que está a su cargo. El aprendiz que alcanza el número 1 en cada columna, es sobresaliente. El que al cabo de seis u ocho semanas no ha alcanzado el tipo medio, tres a

cuatro, es despedido y reemplazado por otro que pueda ser más apto.

La fábrica exige especialísimamente la puntualidad en los alumnos. Quiere que el trabajo sea para ellos, no una carga, sino una naturaleza: que el día que no trabajen se sientan solos, descontentos y como culpables. Cada semana se examinan y califican los trabajos: y cuentan que es hermoso ver cómo se celan, y noblemente rivalizan, los aprendices por hacer el trabajo mejor.

De 18 a 19 años cuentan casi todos los aprendices de la fábrica, aunque los hay de 16.

En cuanto a salarios, la fábrica no abusa; paga cuatro pesos y medio por semana a los principiantes, y cinco y seis después, hasta que, como generalmente sucede al cabo de dos meses, puedan hacer ya piezas, que les valen una paga mayor. Y los libros de la Compañía muestran que hay muchos de aquellos aprendices que al cabo de siete meses producen tal y tan buena cantidad de trabajo como el más antiguo fundidor. Maestros buenos, vigor de juventud, estímulo y acumulación de enseñanza hacen el milagro.

Y por esta clase de talleres, donde la tarea es ruda, y la mayor dificultad vencida, deben pasar todos los que aspiren a una sólida educación mecánica.

"Escuela de mecánica", en *La América*, Nueva York, septiembre de 1883.
O.C., t. 8, pp. 279-281.

Escuela Normal Superior de Jules Ferry

–Hay cerca de París, una Escuela Normal Superior de Profesoras, creada poco tiempo hace por el brioso ministro de Instrucción Pública, Jules Ferry. Por de contado que el objeto de esta escuela es educar a las profesoras que han de enseñar después en las escuelas normales de maestras de los departamentos. Nación tan vasta requiere ya organización tan complicada. Educar es poner coraza contra los males de la vida. El crimen, y el deseo, que lleva a él, muerden fácilmente en los ignorantes, o en los que por no tener la mente acostumbrada a pensar, ni afición a los goces que provienen de ejercitar el pensamiento, emplean en la mera bestial satisfacción de sus instintos todas las fuerzas activas de su naturaleza. Esa escuela superior que está en Fontenay-aux-Roses, recibe del Estado todos los recursos que la vecindad de París puede ofrecer. La instrucción que en ella reciben las cuarenta educandas, que han alcanzado este beneficio por oposición, es sólida y profunda, y va encaminada, como toda buena educación debe ir, a preparar a las directoras de escuelas normales, para que enseñen en ellas el modo de luchar fructuosa y honestamente en la vida. Se enseñan allí cosas prácticas, y más ciencias que letras, y más medicina que geografía, y más el arte de vivir que el de soñar estérilmente en una vida falsa e imposible. Un profesor notable, entre otros, explica en la escuela de Fontenay: es Marion, autor de un libro, recientemente publicado, en que publica sus *Lecciones de Psicología* que dio en la escuela el año último, iguales en mérito a las de moral que da en el mismo instituto este año. Las leyes vigentes, sobre instrucción pública en Francia exigen que la moral sea enseñada en todas las escuelas del Estado. Esta moral que enseña Marion es aquella innegable y esencial en la naturaleza humana, que analiza cada una de nuestras funciones y aptitudes; ajusta el empleo de cada una de nuestras fuerzas y ese código de lo justo que se renueva en cada ser humano, siempre idéntico a sí mismo, el cual llega a ser turba-

do por venir a tal número sus violaciones, y vestirlas tan bien la inteligencia, necesita de excusas, que acaban por parecer derechos nuestros los que no son más que conquistas del vicio sobre nuestra alma. Los positivistas quieren, de acuerdo con su máxima, que se sepa, para que se prevea y provea. Más importante nos parece esto aún en lo moral que en lo físico. Para precaverse de los riesgos es necesario saber donde están. No nos habilita para vencer los obstáculos y peligros que trae consigo la vida, el que por una caridad culpable, nos mantiene con los ojos vendados, para que no los veamos, ni sepamos de ellos. Gran utilidad resulta de leer ese libro de Marion. El profesor explica minuciosamente la psicología especial del niño, y enseña los misterios de su delicada alma, y da consejos para que no yerren las maestras en la manera de guiarla. El profesor dice sencillamente cosas prácticas. Los problemas morales que con la educación se rozan están valientemente tratados, y tratados de cerca, en esas *Lecciones de Psicología* que no tratan de ahondar en aquella alma confusa e impenetrable para lo que urde leyes y traba analogías el metafísico, sino de observar sincera y metódicamente todo lo que hay de visible, innegable, empleable y activo en el espíritu humano.

"Sección constante", en *La Opinión Nacional*, Caracas, 25 de abril de 1882. *O.C.*, t. 23, pp. 277-278.

Universidad sin metafísica

Ya es la universidad de Clark que se abre, en el corazón puritánico de Massachusetts, para enseñar como lo manda el mundo nuevo sin poner unas metafísicas en vez de otras, ni sustituir la infalibilidad de la secta con la infalibilidad científica, ni enfajar el espíritu del estudiante con las preocupaciones y odios de la secta religiosa: "hombres queremos, que conozcan las fuerzas de la tierra y las sepan mover: no queremos momias vivas: profesores de a cuatro mil pesos queremos, que no anden de canónigos por las aulas, haciendo el trabajo de cuatrocientos pesos, sino que trasmitan con el sudor de su frente lo que saben, y den resultados en vez de métodos, y enseñanza real que merezca los cuatro mil pesos".

"Esto no es una chulpa, decía otro orador, donde se ande de puntillas para que no se despierten las ideas: ésta ha de ser una excursión ordenada por la tierra, transformable y trabajadora; nadie que tenga ojos en la mente nos acusará de inmorales ni de irreligiosos: se ha mudado de templo, y el de ahora es la Naturaleza, donde los árboles cantan y hacen de turíbulo con su vapor y sus aromas, cuando la luz oficia de sacerdote en el cielo: se ha ensanchado el templo, porque la religión nueva, que a todas las comprende y reúne, no cabe en el templo de una religión sola: la religión es ahora más que un credo, porque es un himno; ¿y la moral, qué es más que el orden en la vida, impuesto dulcemente al hombre libre por el gusto que deja el obrar bien, y por el conocimiento del orden del mundo? Un sabio llora, si medita media hora, en una flor; los picaflores del saber, el rebaño, los ecos son de los que andan de descrecidos por el mundo, con togas recortadas de las últimas novedades de la librería, asomando la cabeza liliputiense entre un Müller sin abrir y un Dollinger a medio hojear, como entre dos vísceras: no hay que estar a lo que dice el sabio cuando anda, absorto entre la maravilla, por las oscuridades del detalle, sino cuando con las llaves que saca de él sale al sol claro y religioso a abrir la vida: se ha

echado abajo un mundo escolástico, ¿y vamos a fundar otro?: la primera libertad, base de todas, es la de la mente: el profesor no ha de ser un molde donde los alumnos echan la inteligencia y el carácter, para salir con sus lobanillos y jorobas, sino un guía honrado, que enseña de buena fe lo que hay que ver, y explica su pro lo mismo que el de sus enemigos, para que se le fortalezca el carácter de hombre al alumno, que es la flor que no se ha de secar en el herbario de las universidades". "El mundo en su orden, la vida en su plenitud, y la ciencia en sus aplicaciones." Y estas cosas y otras se decían en el corazón de Massachusetts, donde van cayendo los colegios de secta; y los jóvenes se resisten a creer que el cielo baje de noche, como en tiempos de Troya, a azuzar a la pelea a episcopales y presbiterianos. "¡Tanto como sabemos, decía un graduado, y no podemos decir a nuestros hijos por qué anda una máquina de vapor! ¡Nos han estado enseñando para vivir de la tierra, el gas y la espuma!" Gente canosa, y de las universidades viejas, estaba en la fiesta de la de Clark, la universidad física, en la que ninguna metafísica se ha de enseñar, ni la de la ideología, ni la de la ciencia.

De "En los Estados Unidos", en *La Nación*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1889.
O.C., t. 12, pp. 347-348.

La educación conforme a la vida

A la batalla de los presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones por que Harvard, repitiendo, y no con menor riesgo, la hazaña de Tomás Moro en los tiempos escolásticos, va reemplazando la mera educación literaria, útil sólo, cuando es exclusiva, a los maestros de bellas artes, por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tendencias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara, con el estudio de las fuerzas corrientes y el modo de aprovecharlas, a vivir de propio derecho, y no por merced de la tradición y a su sombra, en países en que la tradición no importa, o importa menos que en cualquier otro, y todos corren, y el que no corre queda bajo los pies de los demás o se levanta detrás de ellos, oscurecido y empolvado. Ya los sacerdotes no tienen tan seguro empleo; ya los abogados defienden sus pleitos ante los jurados, que no conocen de latines, sino de hechos; ya el periodista ha de abarcar, si quiere poner bien su nombre, no solamente aquellos truismos escolásticos, amartillados en el yunque latino, y dispuestos con provincial prosopopeya, que bastaban antes, con algún tintillo de cosas extranjeras, para dar a un escritor fama de lucero de la prensa; sino la moderna vida múltiple, en todas sus formas, como ruge en las fraguas, como se transforma en el comercio y viaja, como se identifica en la literatura y en la política, como se sublima y colorea en las artes. El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio. A Omar Khayyam y a Pasteur. La literatura del espíritu y la de la materia. Ambas ha de enseñar, si quiere dar buenos hombres de ideas, o preparar bien a los hombres de actos, el colegio moderno.

De disciplinarse tiene la mente, y de ejercitarse; mas no en la repetición de reglas muertas para idiomas que no se hablan; sino en el estudio minucioso de los organismos naturales, que no son menos lógicos que los de las lenguas, y se les parecen, –y en el de

estos idiomas de ahora, que a la par que sirven de gimnasia a la inteligencia, y la enseñan a refrenarse, agrupar, depender, e ir por cauces, cosas todas que ha su gran menester la inteligencia humana, la dejan en aptitud de asimilarse los resultados eminentes y actuales de la labor de los hombres en los pueblos en que se hablan las lenguas modernas, –ventajas que no tiene el que sin más estímulo que el del goce de la belleza literaria, que a muy pocos es dado, adquiere imperfectamente a disgusto una lengua en que siglos atrás han dejado ya de vivir y trabajar los hombres.

Bienvenido ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y francés que del latín y griego, sin cerrar por eso, –que esto jamás debe hacerse, –a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Suena a hoz nueva sobre espiga primeriza, esa brillante lengua antigua. Es como núcleo y jugo. Da olor de yerba fresca. Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un aire esencial y penetrante. Parece que se caen capas del cuerpo. Es como una radiosa Primavera. Tales gozos son muy dulces al alma, y a las privilegiadas sobre todo; mas, fuera de aquellas escasas personas de irrevocable fuerza literaria a quienes esa enseñanza provee de la grande y sólida forma que han de revestir, para que duren e influyan, los pensamientos, tal espíritu en el colegio, por lo mismo que saca la mente de las esferas usuales a otras más elevadas y deleitosas, no sólo lo aleja de la posibilidad de batallar con éxito en aquellas que por su educación desconoce, aunque de su educación ha de entrar, de súbito y de lleno, a batallar en ellas; sino que dispone el espíritu a los agudos sufrimientos que produce el choque incesante de una mente purificada y engrandecida por el trato y amor de los grandes ideólogos, con los intereses apasionados y fuerzas egoístas e incontrastables cuya lidia permanente, y en apariencia odiosa, constituye la vida verdadera.

De hoy, pues, en adelante, el Colegio de Harvard, que va siempre en su disposición a aceptar lo nuevo un poco adelante del de Yale, abre sus costados con mayor largueza a la vida moderna; deja a la opción de sus colegiales el estudio profundo de las lenguas y litera-

tura antiguas, que sólo exige para la carrera exclusivamente literaria; y su sistema general establece el principio de libertad de los alumnos para escoger, dentro del plan y orden del establecimiento, aquellas asignaturas que por sus tendencias más les atraigan, o por sus proyectos para su futura ocupación más necesitan. De esta manera, al saltar a la lid por la existencia, lid impregnable de espíritu animal, avariento e implacable, no se verán los alumnos de Harvard, codo a codo en la labor diaria con los hijos de la naturaleza y del trabajo, como aquellos pecheros obligados en los juicios de Dios del tiempo añejo a pelear con un palo y a pie contra el señor montado a caballo, y armados, caballo y él, de todas armas.

De "Cartas de Martí", en *La Nación*, Buenos Aires, 14 de junio de 1885.
O.C., t. 10, pp. 235-237.

III
LA EDUCACIÓN DE NUESTRA AMÉRICA

Educación y nacionalidad



Rodeado de montes, por sobre cuyas mansas curvas o súbita eminencia corre el cielo, está, a las puertas de Nueva York, un valle feliz, cultivado a mano por cuáqueros prósperos e hijos de alemanes, donde un cubano edificador levanta a puño, lo mismo que a hijos, a los discípulos que le vienen de los pueblos de América, a prepararse para el estudio de las profesiones útiles. Aquel hombre a quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra, y fortalece para la verdad de la vida, el espíritu de sus educandos; aquel vigía que a todas horas sabe donde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave o enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de soberbia y desorden que suelen afear la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo, y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone a aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras, y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema toda su lección humana; aquel republicano caballeroso y austero que pone en los niños de América las virtudes fundamentales del Norte, las virtudes del trabajo personal y del método, sin sofocar en el educando el amor reverente por el país de su nacimiento, el único país donde podrá vivir feliz, y a donde no podría aplicar con éxito las virtudes si le hubiese perdido a la tierra nativa el conocimiento y el amor; aquel guía, a la vez amoroso y enérgico que con esfuerzo paternal, en el ejemplo y beneficio del valle sano y majestuoso, convierte prontamente al niño mimado de la ciudad o al niño desatendido de la aldea, al cubano regalón o al afrancesa-

do bonaerense, al mexicano rebelde o al tranquilo hondureño, en un mozo que habla el inglés puro, diverso de la jerga vil que se aprende en muchos colegios pomposos de uniforme, que piensa por sí, y ama la lectura, y descansa de ella en juegos viriles, que compone sus ideas correctamente en castellano, en inglés y en francés, y estudia álgebra, y sabe medir los campos y sembrarlos; aquel cubano de años ágiles y orden ejemplar, puntilloso y constante, que gobernó ayer una república y hoy gobierna su colegio afamado con todas las enseñanzas y las prácticas necesarias para el bienestar independiente del hombre trabajador en la dignidad republicana, –es el patriota que a la voz de su pueblo dejó el señorío de su hacienda y el calor de una madre adorada, por la batalla y el peligro de la revolución; es el presidente prisionero que rehúsa entrar en sus bienes porque los amos de su país le exigen que compre lo suyo con el dolor de pasar bajo la bandera de la capitulación, es el criollo fundador que hace pocos años salió de un castillo de España, al garete del destierro, sin más riqueza que la salud de su mente y el poder de su corazón, y hoy compra, para su familia feliz y la familia de sus educandos, un noble edificio, con lago y con bosque, que en el corazón del monte yanqui ostenta un nombre cubano: es Tomás Estrada Palma.

El peligro de educar a los niños fuera de su patria es casi tan grande como la necesidad, en los pueblos incompletos o infelices, de educarlos donde adquieran los conocimientos necesarios para ensanchar su país naciente, o donde no se les envenene el carácter con la rutina de la enseñanza y la moral turbia en que caen, por la desgana y ocio de la servidumbre, los pueblos que padecen en esclavitud. Es grande el peligro de educar a los niños afuera, porque sólo es de padres la continua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil, y aquella constante mezcla de la autoridad y el cariño, que no son eficaces, por la misma justicia y arrogancia de nuestra naturaleza, sino cuando ambas vienen de la misma persona. Es grande el peligro, porque no se ha de criar naranjos para plantarlos en Noruega, ni manzanos para que den frutos en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces. La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del Mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Hábitos podrán faltarle, porque el español

no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle; y nuestra fatiga por ir cambiando de sangre, con el heroísmo indómito y progreso visible del más infeliz de nuestros pueblos, sólo podrá echársenos en cara por el extranjero desconsiderado e ignorante, o por el hermano apóstata. Y no es en todos los casos que nos falten hábitos, porque en los personales vamos ya mucho más adelante que en los políticos, y no hemos menester lección alguna en cuanto a honradez, actividad e inteligencia en el empleo de nuestras personas; sino que los hábitos prolongados crían en los hombres, y en los pueblos, tal modificación en la expresión y funciones de la naturaleza que, sin mudarla en lo esencial, llegan a hacer imposibles al hombre de una región, con cierto concepto de la vida y ciertas prácticas, la dicha del contento y el éxito del trabajo en otra región de prácticas y concepto de vida diferentes. El mismo lenguaje extraño, que equivocadamente se mira sólo como una nueva riqueza, es un obstáculo al desarrollo natural del niño, porque el lenguaje es el producto, y forma en voces, del pueblo que lentamente lo agrega y acuña; y con él van entrando en el espíritu flexible del alumno las ideas y costumbres del pueblo que lo creó. Un país muy poblado y frío, donde la agria necesidad aguza y encona la competencia entre los hombres, crea en estos costumbres de egoísmo necesario que no se avienen con la franqueza y desinterés propios e indispensables en las tierras abundantes, donde la población escasa permite aún el acercamiento y grata obligación de la vida de familia. El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén o el acomodo imposible al país en que ha de vivir; sino prepararlo para vivir bueno y útil en él. El fin de la educación no es hacer al hombre desdichado, por el empleo difícil y confuso de su alma extranjera en el país en que vive, y de que vive, sino hacerlo feliz, sin quitarle, como su desemejanza del país le quitaría, las condiciones de igualdad en la lucha diaria con los que conservan el alma del país. Es espectáculo lamentable el del hombre errante e inútil que no llega jamás a asimilarse el espíritu y métodos del país extranjero en grado suficiente para competir en él con los naturales que lo miran siempre como extraño, pero que se ha asimilado ya bastante de ellos para hacerle imposible o ingrata la vida en un país del que se reconoce diferente, o en el que todo le ofende la naturaleza inflada y superior. Son hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país en que han de vivir y que no saben beneficiarse de él. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Y este peligro de la educación de afuera, sobre todo en la edad tierna, es mayor para el niño de nuestros pueblos en los Estados Unidos, por haber estos creado, sin esencia alguna preferible a la de nuestros países, un carácter nacional inquieto y afanoso, consagrado con exceso inevitable al adelanto y seguridad de la persona, y necesitado del estímulo violento de los sentidos y de la fortuna para equilibrar la tensión y vehemencia constantes de la vida. Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia, y de sus hábitos religiosos y políticos. La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén. La superioridad del número y del tamaño, en consecuencia de los antecedentes y de las oportunidades, cría en los pueblos prósperos el desprecio de las naciones que batallan en pelea desigual con elementos menores y diversos. La educación del hijo de estos pueblos menores en un pueblo de carácter opuesto y de riqueza superior, pudiera llevar al educando a una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación, –o a la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo, –si al nutrirlo con las prácticas y conocimientos ignorados o mal desenvueltos en el país de su cuna, no se le enseñaran con atención continua, en lo que se relacionan con él y mantienen al educando en el amor y respeto del país a donde ha de vivir. El agua que se beba, que no sea envenenada. ¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón? ¿Aprender inglés, para volver como un pedante a su pueblo, y como un extraño a su casa, o como enemigo de su pueblo y su casa? Y eso es el colegio de Estrada Palma: una casa de familia donde bajo el cuidado de un padre se adquieren los conocimientos y prácticas útiles del Norte sin perder nuestras virtudes, carácter y naturaleza. Eso es el Colegio de Estrada Palma: la continuación de la patria y el hogar en la educación extranjera. Allí no cambian el corazón por el inglés, y entran en la vida nueva del Norte por las virtudes que lo mantienen, y no, como en tantos otros colegios, por los vicios que lo corroen; allí completan su cultura nativa con nuestra lengua y nuestra historia, a la vez que aprenden lo bueno y aplicable de la cultura del Norte; allí se preparan, con el beneficio de una educación paternal, y de una enseñanza de pensamiento, a estudiar las carreras especiales en los colegios adonde el educando, hecho ya a la libertad trabajadora y decorosa, no cae en la tentación de la libertad descuidada y excesiva; allí es tal vez el noble rincón de monte adonde únicamente pueden nuestros padres mandar en salvo a sus hijos. Y ésta es la verdad, y ha de decirse.

El veintiocho de junio cerró su curso el Colegio de Estrada Palma, y en sus exámenes, de rara verdad y sencillez, mostraban aquellos cubanos, aquellos hondureños, aquellos mexicanos, aquellos bonaerenses, aquellos yanquis, la firmeza, libertad y cordura de los educandos a quienes un maestro desinteresado cría para hombres. El examen público no es prueba derecha del saber del alumno, a quien se adiestra con arte para estas respuestas o aquéllas, y a quienes se ha de adiestrar, porque es ardua la improvisación, en exámenes como en todo, y puede pecar por el rubor el alumno de más genio y poder. Pero el sistema no puede disimularse, y por el examen se ve si el maestro es de ronzal y porrillo, que lleva del narigón a las pobres criaturas, o si es padre de hombres, que goza en sacar vuelo a las alas del alma.

Desde por la mañanita, que salió nublada, como nace la libertad, era un encanto la sala del colegio, donde no hay prefecto pedante ni portero pícaro, sino un aire de gozo, como tierna familia. El maestro de álgebra, que ordeña su Ayrshire y posee honrosísimos diplomas, oreaba su traje de lujo. La maestra de dibujar, que tiene la casa del colegio llena de sus obras, y es lingüista eximia, ponía en orden los dibujos de puentes y caminos, de frutas y de flores. La maestra de las criaturas ensayaba, con el coro que tenía de *zeta* un alemán y de *a* a un hondureño, el himno infantil. Los hijos del colegio volvían de la montaña, con brazadas de flores. Los graduados leales de otros años, venidos para la fiesta de la agricultura de Cornell, del comercio de Peekskill, de la medicina y la ingeniería y la minería de la Universidad de Columbia, ponían la flor en vasos, colgaban de banderas las paredes. Y la madre de todos, la que con mansedumbre de paloma vela, adorada, por la salud y la dicha de aquel vasto hogar, la hondureña que ha ligado su vida purísima a la del maestro, ponía al pecho de sus hijos los tres colores de la libertad.

A la hora del examen, el señorío todo del pueblo aplaudía aquellos ejercicios desusados, aquella lectura sentida, por donde se ve el libre criterio del alumno; aquella escritura sin flores, como conviene en tiempos ocupados a un carácter leal; aquella geografía emparentada con todos los conocimientos en que los nombres de lugares sirven de ocasión para explicar, con su geología y su biografía y su historia, la vida del mundo; aquella historia de causas y resultados, más que de hechos mudos; aquella gramática movible, en que las palabras se quitan y ponen, como tablero de ajedrez, y quedan armadas, como un esqueleto; aquella aritmética viva y efectiva, como los coroneles de antaño, y el álgebra y geometría y agri-

mensura, que divierten en el análisis de la pizarra, como una novela; aquel inglés y el francés aquel, no de meras palabras, sino de construcción y entendimiento, de modo que el alumno habla lo ajeno como si le fuese nativo; y aquel espíritu de orden, reposo y libertad que hacía de los sencillos ejercicios una verdadera fiesta humana. ¿Y la firmeza y rapidez de aquellos resultados? ¿Los Quirós, salidos de Honduras hace unos tres años, no se saben todo lo preparatorio en inglés, y en francés y en castellano, y han conservado en la tierra ajena su amor patrio y su alma pura? ¿Campillo, de Buenos Aires, que llegó hace ocho meses, no habla inglés, y se educa ya en él? Irabien, recién llegado de Mérida, lució en la lengua extraña. Los hijos de José Pujol, el industrial habanero, corrían mapas y problemas, como casa suya, en el idioma que ignoraban ayer. Un hijo del generoso Manuel Barranco, gentil como un paje de la corte de amor, arrancó con sus nueve años aplausos nutridos, en su animada geografía. Otro Barranco, tímido ayer de puro bueno, manejaba sus números como bien criados títeres. Los dos hijos de Estrada, ya con el alma de milicia, en el análisis de la lengua, en la pintura de un país, en la recitación de una oda, mostraron, pequeñuelos como son, aquel brío por donde el hombre entusiasta y disciplinado rige el mundo. Y cuando el coro cantó la despedida, la despedida en inglés, como los ejercicios todos de la escuela, era para visto por los pensadores generosos, bajo aquel dosel de banderas libres, el grupo donde cantaban la virtud y la gloria, americanos del Norte y de México, yucatecos y centroamericanos, hondureños libres y cubanos que lo aprenden a ser. Se levantó, en nombre del pueblo, el reverendo del lugar, y en nombre del pueblo saludó al colegio que lo honra, y al hombre virtuoso que educa a sus discípulos como a hijos, que "emprende la educación de sus hijos para que sean hombres buenos, útiles y libres", a Tomás Estrada Palma.

"El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley", en *Patria*, Nueva York, 2 de julio de 1892.
O.C., t. 5, pp. 259-264.

El falso mito de la inferioridad latina

Entre los muchos libros que han venido a favorecer en lo que va de mes *La América*, uno hay que regocija, y no es más que el catálogo de un colegio.

No nos place el catálogo porque nos dé asunto para huecas y fáciles celebraciones a las conquistas nuevas, que con trabajos arduos se celebran mejor que con palabras sin meollo, que de puro repetidas van quitando ya prestigio y energía a las ideas que envuelven; sino porque en las páginas del pequeño libro resalta gloriosa, en una prueba humilde y elocuente, la inteligencia latina.

No nos dio la Naturaleza en vano las palmas para nuestros bosques y Amazonas y Orinocos para regar nuestras comarcas; de estos ríos la abundancia, y de aquellos palmares la eminencia, tiene la mente hispanoamericana, por lo que conserva el indio, cuerda; por lo que le viene de la tierra, fastuosa y volcánica; por lo que de árabe le trajo el español, perezosa y artística. ¡Oh! El día en que empiece a brillar, brillará cerca del Sol; el día en que demos por finada nuestra actual existencia de aldea. Academias de indios; expediciones de cultivadores a los países agrícolas; viajes periódicos y constantes con propósitos serios a las tierras más adelantadas; ímpetu y ciencia en las siembras; oportuna presentación de nuestros frutos a los pueblos extranjeros; copiosa red de vías de conducción dentro de cada país, y de cada país a otros; absoluta e indispensable consagración del respeto al pensamiento ajeno; he ahí lo que ya viene, aunque en algunas tierras sólo se ve de lejos; he ahí puesto ya en forma el espíritu nuevo.

Bríos no nos faltan. Véase el catálogo del colegio. Es un colegio norteamericano, donde apenas una sexta parte de los educandos es de raza española. Pero en premios no: allí la parte crece, y si por cada alumno hispanoparlante hay seis que hablan inglés, por cada seis americanos del Norte premiados hay otros seis americanos del Sud.

En esa mera lista de clases y nombres, por la que el ojo vulgar pasa con descuido, *La América* dilata sus miradas. En esta inmensa suma de analogías que componen el sistema universal, en cada hecho pequeño está un resumen, ya futuro o pasado; un hecho grande.

¿No ha de ponernos alegres ver que donde entra a lidiar un niño de nuestras tierras, pobre de carnes y de sangre acuosa, contra carnudos y sanguíneos rivales, vence?

En este colegio de que hablamos, apenas van los alumnos de raza española a más clases que a las de las elementales y a las de comercio. Pues en el elenco de las clases de comercio, de cada tres alumnos favorecidos dos son de nuestras tierras. El mejor tenedor de libros es un Vicente de la Hoz. El que más supo de leyes comerciales es un Esteban Viña. El que acaparó todos los premios de su clase, sin dejar migaja para los formidables yanquizuelos, es un Luciano Malabet; ¡y los tres premios de composición en inglés no son para un Smith, un O'Brien y un Sullivan, sino para un Guzmán, un Arellano y un Villa!

¡Oh! ¡si a estas inteligencias nuestras se las pusiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país y el país a que ha de aplicarse; si se preparase a los sudamericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur!... Mata a su hijo en la América del Sur el que le da mera educación universitaria.

Se abren campañas por la libertad política; debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir.

"Mente Latina", en *La América*, Nueva York, noviembre de 1884.
O.C., t. 6, pp. 24-26.

Educación y libertad

Nicaragua acaba de festejar bien el aniversario de su independencia: en él abrió una Escuela de Artes y Oficios. Ya Guatemala tiene la suya. El Salvador, va a tenerla. Chile anda buscando modelos para una. La de Montevideo, da celos a las mismas de Europa.

Las Escuelas de Artes y Oficios ayudan a resolver el problema humano, que se establece ahora con datos nuevos, desde que van faltando aquellos árboles antiguos, Monarquía e Iglesia, bajo cuyas ramas tenían cómoda vida tantos hombres. Ya, ni cortesanos, ni frailes. Los tiempos están revueltos; los hombres están despiertos, y cada cual ha de labrarse con sus manos propias la silla en que se sienta al festín de la fortuna. Ya no hay aquellas clases estables y hechas por donde se entraban las vidas como por cauces abiertos; ya no hay legiones de descalzos mendicantes; ni colmenares de pretendientes, –¡aunque de estos aún hay!; ni regimientos de caballeros de matar, hurtar damas y servir; ni manadas de lacayos.

Ya cada hombre, al nacer, puede ver cómo flota sobre su cabeza una corona: a él, el ceñírsela. A los pueblos previsores, el poner los medios del coronamiento al alcance de estos nuevos ejércitos de reyes.

Un oficio o un arte, sobre traer al país donde se profesa el honor de la habilidad de los que en ellos sobresalen; sobre dar a los que los estudian conocimientos prácticos de utilidad especialísima en pueblos semidescubiertos, casi vírgenes; sobre asegurar a los que lo poseen, por ser constante el consumo de lo que producen, una existencia holgada; –es sostén firmísimo, por cuanto afirma la independencia personal, de la dignidad pública.

La felicidad general de un pueblo descansa en la independencia individual de sus habitantes.

Una nación libre es el resultado de sus pobladores libres.

De hombres que no pueden vivir por sí, sino apegados a un caudillo que los favorece, usa y mal usa, no se hacen pueblos respetables y duraderos.

Quien quiera nación viva, ayude a establecer las cosas de su patria de manera que cada hombre pueda labrarse en un trabajo activo y aplicable una situación personal independiente.

Que cada hombre aprenda a hacer algo de lo que necesiten los demás.

"Escuela de Artes y Oficios", en *La América*, Nueva York, noviembre de 1883. *O.C.*, t. 8, pp. 284-285.

Enseñanza obligatoria

Ayer debió abrirse en la Cámara de Diputados (México) una hermosa campaña. El diputado Juan Palacio se preparaba a exponer los fundamentos del Proyecto de Instrucción Pública que viene desde hace dos años preparando y estudiando. La inteligencia y la imaginación tienen cualidades de esencia distinta; el estudio reflexivo, que dañaría a la imaginación, a la inteligencia es necesario y aprovecha.

La comisión ha leído mucho, ha discutido, ha madurado su proyecto. Podrá ser, y es de seguro, falible este proyecto, pero será siempre respetable.

Viene a trastornar el orden actual de enseñanza, pero trastornar este orden quiere decir: establecer el orden. Conmueve rudamente al sistema actual, pero lo conmueve en bien del país y bajo el amparo de la lógica y de la práctica en otras naciones.

No quiero fijarme en los defectos del proyecto. Creo que los tiene, pero son mayores y más importantes sus bondades.

Establece dos grandes principios: aunque todo el proyecto fuera inaceptable, se salvaría por estos dos principios que lo sostienen y que lo han engendrado: libertad de enseñanza, y enseñanza obligatoria. O mejor, enseñanza obligatoria y libertad de enseñanza; porque aquella tiranía saludable vale aún más que esta libertad.

¿Cabe aducir una razón en pro de la enseñanza obligatoria? No: no cabe aducir más que un pueblo: Alemania. Y un propagador: Tiberghien.

Toda idea se sanciona por sus buenos resultados. Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar, y, como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos, la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantizan el buen ejercicio de la libertad. Un indio que sabe leer puede ser Benito Juárez; un indio que no ha ido a la escuela, llevará perpetuamente en cuerpo raquítico un espíritu inútil y dormido. Hasta estas palabras me parecen inú-

tiles: tan invulnerable y tan útil es para mí la enseñanza obligatoria. Los artículos de la fe no han desaparecido: han cambiado de forma. A los del dogma católico han sustituido las enseñanzas de la razón. La enseñanza obligatoria es un artículo de fe del nuevo dogma.

Aquí es necesario interrumpir estas reflexiones, y consignar con regocijo un hecho que es una verdadera garantía. En sí es ligero, y en sus resultados será fructífero. He querido hacer reminiscencias de los artículos de fe católicos: mi memoria, con la contemplación de todas las religiones, se ha olvidado de las formas de una. He preguntado a corredactores, a empleados, a sirvientes, a cajistas. *La Voz* va a sufrir con esto; pero los que aman bien a México, habrán con ello contento: no hay un solo individuo en la Revista que sepa los artículos de la fe. Saben un artículo, el generador y el salvador; el que nos reconstruye y nos vigoriza; el Mesías de nuestro siglo libre: el trabajo.

Este hecho llevaría a consideraciones distintas de las que han comenzado este boletín.

Se hablaba de la enseñanza obligatoria. La brutalidad de Prusia ha vencido, porque es una brutalidad inteligente. El Ministro lo ha informado al Parlamento: todo prusiano sabe leer y escribir.

Y ¿qué fuerzas no se descubrirían en nosotros, arrojando los montones de luz de Víctor Hugo sobre nuestros ocho millones de habitantes? Y como en nosotros en toda la América del Sur. No somos aún bastante americanos: todo continente debe tener su expresión propia; tenemos una vida legada, y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en la literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes de nuestra sierra, de nuestros altivos Rocallosos; un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo. ¿Qué no hará entre nosotros el nuevo sistema de enseñanza? Los indígenas nos traen un sistema nuevo de vida. Nosotros estudiamos lo que nos traen de Francia; pero ellos nos revelarán lo que tomen de la naturaleza. De esas caras cobrizas brotará nueva luz. La enseñanza va a revelarlos a sí mismos. No nos dará vergüenza que un indio venga a besarnos la mano: nos dará orgullo que se acerque a dárnosla.

Esto no es un sueño; este es el resultado positivo de la ley. ¿Con qué medios, se pregunta, se hará cumplir la obligación? Con la prisión o la multa.

El hábito crea una apariencia de justicia: no tienen los adelantos enemigo mayor que el hábito: una compasión es a veces un gran obstáculo.

–Y ¿cómo han de pagar la multa esos hombres del campo, que ganan tan poco?

–La pagarán, porque preferirán esto a dejar de trabajar algunos días; y como no querrán pagarla más, enviarán sus hijos a la escuela. Se explota lo único sensible: el interés diario, el alimento diario. El indio los verá amenazados y hará lo que le manda la ley.

Un proyecto de instrucción pública es una sementera de ideas: cada mirada al proyecto suscita pensamientos nuevos. Pero los tiempos dan enseñanza, y yo, boletinista novel, he aprendido que los boletines deben ser sencillos y ligeros. Obedezco a la práctica, y dejo para boletines próximos las reflexiones que me irán despertando las discusiones del proyecto en el Congreso.

"El proyecto de instrucción pública", en *Revista Universal*, México, octubre 26 de 1875.
O.C., t. 6, pp. 351-353.

Educación popular

Y ¡cómo vivía antes, oligárquicamente gobernada, esta vasta República, (Guatemala) de extensiones tan fértiles, de espíritus tan ricos! En míseras escuelas, enseñábanse apenas principios de doctrina, y Fleury, y moral cristiana, y santos cristianos, y un tanto, así como superfluo, de leer y de escribir. Ni lastimar, ni poetizar, son aquí mi misión; mi misión es contar. Hoy cada aldea tiene escuela; con sus manos fabrican los padres la casa del maestro; del haber del hijuelo se priva el campesino porque aprenda de letras; aumentan en la ciudad los institutos de carácter grave; extiéndese en la Universidad el ya lleno programa; apréndense en la Escuela Politécnica, con hábitos militares, matemáticas; enseña la Escuela Normal, por práctico sistema de razón y propio juicio, a ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; bien se enseña en San Francisco; del extranjero fueron traídos maestros y maestras; unos y otras enseñan tolerancia religiosa, dan instrucción realmente útil, vulgarizan los más recientes sistemas americanos y europeos.

Madura estaba la espiga en aquellas inteligencias. En las tierras de América no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos, bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes, y de pronto, por íntima revelación y obra maravillosa del contacto con la distinción y con el libro, el melenudo cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mohíno se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre.

Poco después asaltan la tribuna los libros históricos, los libros de agricultura, la flauta, el piano. Se dan a pensar en cosas graves, a dudar, a inquirir, a examinar. Hablan de Bolívar, de los hombres patrios, del buen gobierno que los educa, ¡del porvenir vasto que espera a su –como ellos dicen– querida Guatemala! Yo los veo, yo

los impulso, yo los aliento. –De esos hombres saldrán, más tarde, algunos grandes hombres.

La Universidad, que es por cierto espaciosa y bella, acaba de reformar sus facultades, de mejorar su medicina, de liberalizar su derecho, de establecer su Facultad de Letras y Filosofía, el gran estudio de los gérmenes, de las esperanzas, de los desenvolvimientos y de las analogías.

De la agrícola Costa Rica, de la inteligentísima Honduras, del cercano San Salvador, de la moderada Nicaragua, vienen numerosos estudiantes a hacerse de ciencia en la Universidad Central.

Tienen los de medicina, para práctica, un hospital excelente, por viajeros europeos tenido como rival de los mejores, por humanitario, por metódico, por aseado, por rico.

Tienen los de jurisprudencia estudios filosóficos a la margen de espaciosos corredores, que ayudan a la eterna extensión del pensamiento, en vastas aulas, distinguidos profesores.

Y los jóvenes se animan. Discuten al maestro, al texto, al libro de consulta. Tienen cierto espíritu volteriano, que hace bien. Rechazan la magistral imposición, lo que también es bueno. Anhelan saber para creer. Anhelan la verdad por la experiencia; manera de hacer sólidos los talentos, firmes las virtudes, enérgicos los caracteres.

Pero en los pueblos está la gran revolución. La educación popular acaba de salvar a Francia; yo la vi hace tres años, y auguré en forma segura, de muy pocos creída, su triunfo sobre cualquier nueva reacción. La reacción vino, y Francia ha triunfado.

La educación popular mantiene respetada en lo exterior, y en lo interior honrada, a la risueña Suiza.

La educación popular, maciza allí cuanto rencorosa, ha dado a Alemania su actual grande poder.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado, va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena a la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!

De cinco años viene este renacimiento salvador. Es exclusiva obra del gobierno liberal. No se acerca a Barrios una madre doliente, que

no tenga enseguida para sus hijos una cama, un vestido, un libro. En la ciudad, en las afueras, en la Escuela Politécnica, en la Normal, en todas partes, Barrios, más que piensa lo bueno, lo presiente. Conoce que esta es la redención y naturalmente, sin esfuerzo alguno, se irrita con los que oprimieron y redime.

Mucho se gasta en escuelas; remunérase bien a los maestros; no llega vapor que no venga cargado de útiles, ya de efectos calisténicos, ya de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se entra en el Instituto Nacional, y se oye una banda excelente. Se va a la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano se ve un notable instituto neoyorkino. Formación de hombres, hecha en lo mental por la contemplación de los objetos; en lo moral, por el ejemplo diario.

Triunfante la revolución, estaba como pletórica de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará porque sus frutos son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven a la aldea lejana, donde para recibirlo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio o ladino, su más blanca camisa de cotón! Se fue con sus harapos y vuelve con sus sueños, con sus bancas, con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fue burdo y viene afinado. Se fue tartamudo y vuelve elocuente.

Antes soñaba en vacas; hoy en el porvenir, en gran trabajo, en gloria, en cielos. Es el redactor de todas las cartas, el director de todos los amores, el sabio respetado, el juez probable, el alcalde seguro, el constante maestro. A su calor, sin alejarse ya del hogar sabroso, crecerán almas nuevas...

Él fue hecho a semejanza de otras y él hará estas otras a su semejanza. La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembre escuelas.

De *Guatemala*, México, Edición de El Siglo XIX, 1878.
O.C., t. 7, pp. 154-157.

Universidad hispanoamericana

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los polí-

ticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

De "Nuestra América", en *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891. *O.C.*, t. 6, pp. 17-18.

IV
MAESTROS AMBULANTES

Maestros ambulantes



"¿Pero cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de *La América*, del año pasado que tengo a la vista?" –Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partirlos con los demás, y sólo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera, –insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en esas se encuentra sabor. –Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: "¡Hasta verte, Cristo mío!" ¡Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la Naturaleza. La Naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la Naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar su trabajo para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los

ríos de las penínsulas del África, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras días tras días de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob: ¡qué hermosas poesías tiene la *Biblia!* Si acurrucado en una cumbre se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturdidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesen llegar, de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de

ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre, de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarle lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, ¡les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y ésta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés; –que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruida que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen éstas y demostraran aquéllos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres,

regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

La América, Nueva York, mayo de 1884.
O.C., t. 8, pp. 288-292.

V
EDUCACIÓN AGRARIA

El hombre y la tierra

Honduras tiene ya su Escuela de Artes y Oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay substancias volcánicas. Ha habido en Honduras revoluciones nacidas de conflictos más o menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce el estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que, a pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus. Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos de la Naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar su bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse a un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de Artes y Oficios es invención muy buena; pero sólo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias, que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear.

Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando a los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

"La Escuela de Artes y Oficios de Honduras", en *La América*, Nueva York, junio de 1884.
O.C., t. 8, pp. 15-16.

A aprender en las haciendas

Nuestras tierras feracísimas, ricas en todo género de cultivos, dan poco fruto y menos de lo que debían por los sistemas rutinarios y añejos de arar, sembrar y recoger que aún privan en nuestros países y por el uso de instrumentos ruines.

Surge de esto una necesidad inmediata: hay que introducir en nuestras tierras los instrumentos nuevos; hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos.

¿Qué valla quedará en pie, qué competencia no será vencida, qué rivales mantendrán sus fueros cuando los instrumentos modernos, y las mejores prácticas ya en curso, fecunden las comarcas americanas? Buenos Aires sabe de esto, Buenos Aires que está sacando cada mes de estos puertos cuatro o seis buques cargados de instrumentos de agricultura.

Mas ni todos nuestros pueblos gozan de la misma próspera condición que el de la Plata, ni en todos es posible la introducción cuantiosa de los nuevos y, por el tiempo y labor que ahorran, generosos aperos de labrar; ni la mera introducción de ellos en tierras no preparadas para recibirlos y hacerlos útiles, basta a cambiar como por magia, el estado rudimentario de nuestros cultivos.

Ni se tienen en todas partes los capitales importantes que la compra de nuevos aprestos de cultivo necesitan; ni es suficiente que se entren por las tierras los instrumentos si no entra con ellos quien los maneje y acondicione el suelo para aprovecharlos; ni aun con los especiales halagos que las exposiciones brindan, se atreven siempre los fabricantes de ellos a enviar sus productos a pueblos donde temen que la venta no compense los costos del envío.

Si los instrumentos no van, pues, es preciso venir a buscarlos.

Pero ya lo dijimos: aun cuando los instrumentos vayan, no van con ellos las nuevas prácticas agrícolas que los hacen fecundos.

Esto no se aprende o se aprende mal, en libros. Esto no puede exhibirse en las Exposiciones. Esto, sólo en parte, y con grandísimo dispendio, podría enseñarse en las Escuelas de Agricultura. Hay que venir a aprender esto donde está en pleno ejercicio y curso práctico. Se manda -locamente acaso- a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra, a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que, -en el conflicto de la civilización infantil, pero delicada que viene con ellos-, y la civilización viril, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera-, salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíticos, descoloridos, deformes y enfermos.

Pues así como se manda a los niños de Hispanoamérica a aprender lo que en sus tierras, por elementales que sean, aprenderían mejor, con riesgo de perder aquel aroma de la tierra propia que da perpetuo encanto y natural y saludable atmósfera a la vida; así como se sirve en oficinas de comercio, a adquirir tras largos años un puñado de prácticas vulgares que caben en una cáscara de nuez, y que se aprenden de igual modo en la casa propia, sin perder lo que se pierde, siempre en la ajena, así sin tanto riesgo y con mayor provecho, deben enviar los gobiernos a agricultores ya entendidos; y los padres, a los hijos, a quienes quieran hacer beneficio verdadero con enseñarles en el cultivo de la tierra la única fuente absolutamente honrada de riqueza; y los hacendados, a hombres capaces de llevar luego a sus haciendas las mejoras que en las de acá vean, a estudiar la agricultura nueva en los cultivos prósperos, a vivir durante la época de una a varias cosechas en las haciendas donde se siguen los sistemas recientes, a adquirir en todos sus detalles, sin lo que no es fructífero, el conocimiento personal y directo de las ventajas de los métodos e instrumentos modernos.

Urge cultivar nuestras tierras del modo que cultivan las suyas nuestros rivales.

Estos modos de cultivo no viajan.

Hay que venir a aprenderlos, puesto el ancho sombrero y la blusa holgada del labrador, al pie de las labranzas.

Es acaso el único medio fácil, fecundo y perfecto de importar en nuestros países las nuevas prácticas agrícolas.

Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria, en lo que se hace bien: mándense, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas.

La América, Nueva York, agosto de 1883.
O.C., t. 8, pp. 275-277.

Trabajo manual en las escuelas

Acaban de presentar informe de sus trabajos en el año anterior los colegios de agricultura de los Estados Unidos, y se ve de todos ellos que no son tanto las leyes teóricas del cultivo las que en estas escuelas se enseñan, como el conocimiento y manejo directo de la tierra, que da de primera mano y claramente, y con amenidad inimitable, las lecciones que siempre salen confusas de libros y maestros.

Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual. –Y ese hábito del método, contrapeso saludable en nuestras tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas, y la mano segura. Se ve que son ésos los que hacen el mundo: y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto. Más, más cien veces que entrar en un templo, mueve el alma el entrar, en una madrugadita de este frío de febrero, en uno de los carros que llevan, de los barrios pobres a las fábricas, artesanos de vestidos tiznados, rostro sano y curtido y manos montuosas, –donde, ya a aquella hora brilla un periódico. –He aquí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.

El Director de la Escuela de Agricultura de Michigan defiende calurosamente las ventajas del trabajo manual en las Escuelas. Para el Director Abbott, no hay virtud agrícola a que no ayude el trabajo manual en la Escuela. El cultivador necesita conocer la naturaleza, las enfermedades, los caprichos, las travesuras mismas de las plantas para dirigir el cultivo de modo de aprovechar las fuerzas vegeta-

les, y evitar sus extravíos. Necesita enamorarse de su labor, y encontrarla, como es, más noble que otra alguna, aunque no sea más que porque permite el ejercicio más directo de la mente, y proporciona con sus resultados pingües y constantes una renta fija y libre que permite al hombre vivir con decoro e independencia. ¡Oh! a oír nuestro voto, junto a cada cuna de hispanoamericano se pondría un cantero de tierra y una azada. –Necesita el agricultor además conocer de una manera íntima, en sus efectos y modo de obrar, las ciencias que hoy ayudan y aceleran los cultivos. Y como la naturaleza es ruda, como todo lo verdaderamente amante, el cultivador ha menester de salud recia que el sol no acalore y no refleje la lluvia, lo cual sólo con habituarse a esta y a aquel puede conseguirse.

Con el trabajo manual en la escuela, el agricultor va aprendiendo a hacer lo que ha de hacer más tarde en campo propio; se encariña con sus descubrimientos de las terquedades o curiosidades de la tierra como un padre con sus hijos; se aficiona a sus terruños que cuida, conoce, deja en reposo, alimenta y cura, tal y de muy semejante manera, como a su enfermo se aficiona un médico. Y como ve que para trabajar inteligentemente el campo, se necesita ciencia varia y no sencilla, y a veces profunda, pierde todo desdén por una labor que le permite ser al mismo tiempo que creador, lo cual alegra el alma y la levanta, un hombre culto, diestro en libros y digno de su tiempo. Está el secreto del bienestar en evitar todo conflicto entre las aspiraciones y las ocupaciones.

Páginas se llenarían con la enumeración de las ventajas de este trabajo manual en las Escuelas de Agricultura, que demuestra el informe.

Y para que el trabajo de los estudiantes de agricultura sea doblemente útil, no lo aplican sólo en las escuelas al laboreo de la tierra por los métodos ya conocidos, sino a la prueba de todas las reformas que la experiencia o la invención van sugiriendo; con lo que las Escuelas de Agricultura vienen a ser grandes benefactores de las gentes de campo, a quien dan la reforma ya probada, y evitan arriesgar las sumas y perder el tiempo que el experimentarla por cuenta propia les hubiera costado. Y con esto, además, la mente del alumno se mantiene viva y contrae el hábito saludable de desear, examinar y poner en práctica lo nuevo. Hoy, con la colosal afluencia de hombres inteligentes y ansiosos en todos los caminos de la vida, quien quiera vivir no puede sentarse a descansar y dejar en reposo una hora sola el bordón del viaje: que cuando lo quiere levantar y tomar la ruta de nuevo, ya el bordón es roca. Nunca,

nunca fue más grande ni más pintoresco el universo. Sólo que cuesta trabajo entenderlo y ponerse a su nivel, por lo que muchos prefieren decir de él mal, y desvanecerse en quejas. Trabajar es mejor, y procurar comprender la maravilla, –y ayudar a acabarla.

En una escuela, la de North Carolina, han analizado los abonos, los minerales, las aguas minerales, las aguas potables, el poder germinador de las semillas, la acción de diferentes sustancias químicas en ellas, y la de los insectos sobre las plantas.

En general, los trabajos prácticos de las Escuelas se dirigen al estudio y mejora de los granos y tubérculos alimenticios; a la aplicación de los varios y mejores métodos de preparar el terreno, sembrar y cosechar; a la comparación de los abonos diversos y creación de otros, al modo de alimentar bien los animales, y las plantas, y de regar y de preservar los bosques.

Tienen además cursos en que los alumnos aprenden las artes mecánicas, no del modo imperfecto y aislado, en que de soslayo y por casualidad llega a saber un poco de ellos el agricultor atento y habilidoso, sino con plan y sistema, de modo que unos conocimientos vayan completando a otros, y como saliendo éstos de aquéllos. La mente es como las ruedas de los carros, y como la palabra: se enciende con el ejercicio, y corre más ligera. Cuando se estudia por un buen plan, da gozo ver cómo los datos más diversos se asemejan y agrupan, y de los más varios asuntos surgen, tendiendo a una idea común alta y central, las mismas ideas. –Si tuviera tiempo el hombre para estudiar cuanto ven sus ojos y él anhela, llegaría al conocimiento de una idea sola y suma, sonreiría, y reposaría.

Esta educación directa y sana; esta aplicación de la inteligencia que inquiere a la naturaleza que responde; este empleo despreocupado y sereno de la mente en la investigación de todo lo que salta a ella, la estimula y le da modos de vida; este pleno y equilibrado ejercicio del hombre, de manera que sea como de sí mismo puede ser, y no como los demás ya fueron; esta educación natural, quisiéramos para todos los países nuevos de la América.

Y detrás de cada escuela un taller agrícola, a la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase su árbol.

De textos secos, y meramente lineales, no nacen, no, las frutas de la vida.

La América, Nueva York, febrero de 1884.
O.C., t. 8, pp. 285-288.

VI
EDUCACIÓN CIENTÍFICA

"En vez de artes metafísicas, artes físicas"

¿Cómo no hemos de ver con placer que aquello por que *La América* desde hace meses aboga, está siendo hoy confirmado por la calurosa discusión y especial atención de los más notables periódicos de Industria, Mecánica y Comercio de los Estados Unidos? Se han hecho dos campos: en el uno, maltrechos y poco numerosos, se atrincheran los hombres acomodados y tranquilos, seguros de goces nobles y plácidos, que les dan derecho de amar fervientemente el griego y el latín; en el otro, tumultuosos y ardientes limpian las armas los hombres nuevos, que están ahora en medio de la brega por la vida, y tropiezan por todas partes con los obstáculos que la educación vieja en un mundo nuevo acumula en su camino, y tiene hijos, y ven a lo que viene, y quieren libertar a los suyos de los azares de venir a trabajar en los talleres del siglo XIX con los útiles rudimentarios e imperfectos del siglo XVI.

De todas partes se eleva un clamor, no bien definido acaso, ni reducido a proposiciones concretas, pero ya alto, imponente y unánime: de todas partes se pide urgentemente la educación científica. No saben cómo ha de darse; pero todos convienen en que es imprescindible, e improrrogable, que se dé. No hallan remedio al mal todavía, pero ya todos saben donde reside el mal, y están buscando con vehemente diligencia el remedio.

Bradstreets, el más acreditado y sesudo periódico de Hacienda y Comercio que New York publica; *Mechanics*, el más leído por los que se dedican a las artes del hierro; *The Iron Age*, "La Edad de Hierro", excelente revista de los intereses mecánicos y metalúrgicos de los Estados Unidos, abogan en este mes de agosto con vivísimo empeño porque se haga de manera que llegue a ser general, común, vulgar, la educación técnica. El orador en una fiesta de universidad, de esas muy animadas con que los colegios celebran en junio su clausura de cursos, dijo, con palabras que han recogido entre aplausos toda la nación, algo semejante a esto: en vez de

Homero, Haeckel; en vez de griego, alemán; en vez de artes metafísicas, artes físicas.

Y esta demanda es hoy como palabra de pase, y contraseña de la época, en todo diario bueno y notable revista. Se sabe un hecho, que basta a decidir la contienda: de cada cien criminales encerrados en las cárceles, noventa no han recibido educación práctica. Y es natural: la tierra, llena de goces, enciende el apetito. Y el que no ha aprendido en una época que sólo paga bien los conocimientos prácticos, artes prácticas que le produzcan lo necesario para satisfacer sus apetitos, en tiempos suntuosos fácilmente excitados, –o lucha heroica e infructuosamente, y muere triste, si es honrado; o se descorazona, y mata, si es débil, o busca modo de satisfacer sus deseos, si éstos son más fuertes que su concepto de virtud, en el fraude y en el crimen.

Mal pelean los reclutas novicios en las batallas contra los veteranos aguerridos: quien ha de batallar, ha de aprender muy de antemano, y con suma perfección, el ejercicio de las armas.

Se siente la necesidad, pero no se da aún con el remedio. Ya Inglaterra ha nombrado sus Comisionados Reales para el estudio de la educación técnica y ha establecido muy fructuosas escuelas científicas; pero que haya escuelas buenas donde se pueda ir a aprender ciencia, no es lo que ha de ser. Que se trueque de escolástico en científico el espíritu de la educación; que los cursos de enseñanza pública sean preparados y graduados de manera que desde la enseñanza primaria hasta la final y titular, la educación pública vaya desenvolviendo, sin merma de los elementos espirituales, todos aquellos que se requieren para la aplicación inmediata de las fuerzas del hombre a las de la naturaleza. –Divorciar el hombre de la tierra, es un atentado monstruoso. Y eso es meramente escolástico: ese divorcio. –A las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres que viven en la Naturaleza, el conocimiento de la Naturaleza: esas son sus alas.

Y el medio único de ponérselas es hacer de modo que el elemento científico sea como el hueso del sistema de educación pública.

Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública. –Que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la tierra.

Esto piden los hombres a voces: –¡armas para la batalla!

"Educación científica" en *La América*, Nueva York, septiembre de 1883.
O.C., t. 8, pp. 277-278.

Escuela de electricidad

Al mundo nuevo corresponde la Universidad nueva.

A nuevas ciencias que todo lo invaden, reforman y minan nuevas cátedras.

Es criminal el divorcio entre la educación que se recibe en una época, y la época.

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida.

En tiempos teológicos, universidad teológica. En tiempos científicos, universidad científica. Pues ¿qué es ver una cosa, y no saber qué es? Con agrupar silogismos *Baralipton*, y declamar *Quosque tandem* no quedan los hombres habilitados para marchar, mundo arriba, a par de estos caballeros de la nueva usanza, que montan en máquinas de vapor, y llevan como astas de sus lanzas un haz de luz eléctrica.

Para tales campañas, escuelas de luz eléctrica se necesitan.

Cuando los pensadores se dan a pensar en la capacidad del adelanto permanente y real, –que es cosa distinta del brillante, postizo y pasajero, –de cada pueblo, y en la relativa solidez y fuerza medular de las naciones de la tierra, Inglaterra les asombra. Ella domina los mares. Ella vierte por el mundo, desde sus rocas carboníferas semiexhaustas, barcadas colosales de baratos y útiles productos. Ella va del mundo viejo al nuevo con paso más seguro que pueblo alguno vivo. Ella fabrica cuchillos y recita clásicos. Con hacer el arte industrial, y la industria artística, esparce el amor por la belleza, que es mejorar hombres. Así como una habitación espaciosa invita a la majestad, un objeto bello invita a la cultura. El alma tiene su aire: y lo echan de sí los objetos bellos.

Inglaterra, prudente y activa, que no vocea, anda.

Y al pie de cada descubrimiento, funda una escuela.

Londres, Cambridge, Liverpool, Bristol, Nottingham, Glasgow tienen de tiempo ha en sus universidades cursos especiales para la enseñanza minuciosa y práctica de los nuevos agentes físicos, y los aparatos que los utilizan. Viena, Munich, Berlín, San Petersburgo, todas han establecido ya cursos semejantes. ¡No todos hacen oficio de cerrar sus puertas a la luz que viene!

Pueblos hay de murciélagos, y buena copia de murciélagos en todo pueblo, que viven de la sombra, y son reyes de ella; mas a esta luz hermosa, que traspasa muros, ¡es en vano cerrarle las puertas!

Y no está la reforma completa en añadir cursos aislados de enseñanza científica a las universidades literarias; sino en crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias; en llevar el amor a lo útil, y la abominación de lo inútil, a las escuelas de letras; en enseñar todos los aspectos del pensamiento humano en cada problema, y no, –con lo que se comete alevosa traición, –un solo aspecto; –en llevar solidez científica, solemnidad artística, majestad y precisión arquitecturales a la Literatura. ¡Sólo tales letras fueran dignas de tales hombres!

La literatura de nuestros tiempos es ineficaz, porque no es la expresión de nuestros tiempos. ¡Ya no es Velleda, que guía a las batallas; sino especie de Aspasia!

Hay que llevar sangre nueva a la Literatura.

Estas que hemos venido llamando universidades científicas empiezan a ser llamadas en Europa "escuelas técnicas".

Darmstadt tiene una perfecta, de la que se sale graduado en toda ciencia nueva, –no a llevar, como de tantas universidades nuestras, existencia de abogado picapleitos o de trovadores esquinados, ¡mísero destino de grandísimas almas!, sino a ocupar con natural derecho de productores útiles un asiento en nuestra edad creadora.

Para ser recompensado, se necesita ser útil.

Y a esta buena escuela técnica de Darmstadt se ha agregado ahora una subescuela electrotécnica. ¿Qué se enseña en ella? Lo que va diciendo el nombre: ciencias eléctricas. En cuatro años se saldrá de ella maestro. Emplearán los alumnos los dos años primeros en estudiar en la escuela matriz ciencias naturales y matemáticas. Y en los dos años restantes, que pasarán entre cuanto aparato y máquina eléctrica existe y vaya existiendo, aprenderán, en doctrina y en aplicación, tanto cuanto importa saber sobre el agente nuevo.

¿Quiere leerse el programa de la nueva escuela? Los nombres mismos serán desconocidos para hombres que gozan esparcida

fama de ilustrados: ¡ni los nombres sabemos de las fuerzas que actúan en nuestro mundo!

He aquí el programa:

"Magnetismo y electrodinámica.
Máquinas magneto y dinamoeléctricas: transporte de la fuerza.
Alumbrado eléctrico.
Principios de telegrafía y de telefonía.
Teoría del potencial con aplicación especial a la ciencia de la electricidad.
Señales eléctricas para caminos de hierro.
Caminos de hierro eléctricos aéreos.
Práctica electrotécnica; trabajos galvánicos, determinaciones de diferencias de potencial; de fuerzas de corrientes y de resistencias.
Lámparas de arco e incandescentes.
Investigaciones sobre los cables.
Determinaciones del trabajo trasmitido por los motores a las máquinas eléctricas.
Investigaciones fotométricas."

Y esas no son más que las materias del primer ejercicio del programa.

–¡Tal parecemos viajeros perdidos en un bosque inmenso –por tantos otros hombres habitado!

La América, Nueva York, noviembre de 1883.
O.C., t. 8, pp. 281-284.

Enseñanza clásica y enseñanza científica

Lindos están ahora los patios de los colegios. Todos inauguran, –antes de devolver sus educandos a sus casas, a que remen, en lo que hacen bien; a que cacen, en lo que hacen mal, a no ser que cacen zorras o lobos; a que naden, hablen de amores, dancen y corran; –todos inauguran sus clases estos días y reparten sus premios, distribuyen sus grados, convocan a sus amigos, celebran sus fiestas.

¡En esta tierra, los colegios son tan antiguos como las iglesias! Quien dice Harvard, que es el colegio magno de Massachusetts y como el Oxford de la América del Norte, dice palabra mágica, que abre todas las puertas, lleva de mano a todos los honores, y trae perfume de años. Quien dice Yale, sabiduría dice, que da tinte de cana a los cabellos rubios de sus jóvenes doctores.

¿Quién enumera aquí colegios? De uno se dijo que había contado los sueños de las mujeres de un harén; y de otro los del espíritu de un héroe encadenado, y se les tuvo por grandes contadores: mas estos que tanto contaron, no podrían contar los colegios de los Estados Unidos. Abrid ahora un periódico de letra menuda que cuenta los regocijos de las escuelas en este buen mes del año: para admirar sobrará el corazón; pero de leer nombres diversos se cansan los ojos.

Y no se diga que no pueden estos colegios ser mejores, que pueden serlo; mas no ha de negarse que ya tienen alzada la podadera, y están podando del enteco árbol clásico, –bueno para que crezca, como planta curiosa y benemérita, en los invernaderos, todas las ramas torcidas y hojas secas que impiden que por las anchas venas corra sin traba el jugo humano.

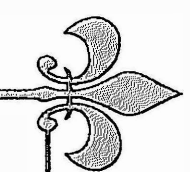
Puesto que se vive, justo es que donde se enseñe, se enseñe a conocer la vida. En las escuelas se ha de aprender a cocer el pan de que se ha de vivir luego. Bueno es saber de coro a Homero; y quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la *Biblia* leyó ni leyó a Shakespeare,

–que es hombre no piense, que ni ha visto todo el sol, ni ha sentido desplegarse en su espalda toda el ala. Pero esto han de aprenderlo los hombres por sí, porque se enseña de suyo, y enamora, y no se ha menester maestro para las artes de gracia y hermosura. Y es bueno, –por cuanto quien ahonda en el lenguaje, ahonda en la vida, –poseer luces de griego y latín, en lo que tienen de lenguas raizales y primitivas, y sirven para mostrar de dónde arrancan las palabras que hablamos: ver entrañas, ilustra.

Pero puesto que la tierra brota fuerzas, –más que rimas, e historietas que suelen ser patrañas, y voces sin sentido, y montones de hechos sin encadenamiento visible y sin causa, –urge estudiar las fuerzas de la tierra. Que se lea, cuando el sol es muy recio, la *Biblia;* y cuando el sol ablanda, que se aprenda a sembrar racimos de uva como aquellos de Canaán, que con su peso anonadaban a los hombres.

Como quien vuelve del revés una vaina de espada, se ha de cambiar de lleno todo el sistema transitorio y vacilante de educación moderna. Mas, no habrá para pueblo alguno crecimiento verdadero, ni felicidad para los hombres, hasta que la enseñanza elemental no sea científica: hasta que se enseñe al niño el manejo de los elementos de la tierra de que ha de nutrirse cuando hombre; hasta que, cuando abra los ojos para ver un arado, sepa que puede uncirlo, como un buey en otro tiempo, ¡un rayo! Que de aquí a poco, la electricidad moverá arados. Asombra que con tanto hombre que junta polos y saca fuerza de ríos y cascadas, no se haya pensado aún en uncir al yugo, en vez de una criatura viva que padece, un acumulador de Faure.

De "Cartas de Martí. La vida neoyorquina", en *La Nación,* Buenos Aires, 15 de agosto de 1883.
O.C., t. 9, pp. 445-446.



VII
EDUCACIÓN PRIMARIA

Fragmentos de La Edad de Oro

A los niños que lean *La Edad de Oro*

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora.

Para eso se publica *La Edad de Oro:* para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra, y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo,

y de lo hondo del mar y de la tierra: y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón.

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en *La Edad de Oro*, escríbanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita, la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso *La Edad de Oro* va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de *La Edad de Oro* en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.

Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que de diversiones y de modas. Pero hay cosas muy delicadas y tiernas que las niñas entienden mejor, y para ellas las escribiremos de modo que les gusten; porque *La Edad de Oro* tiene su mago en la casa, que le cuenta que en las almas de las niñas sucede algo parecido a lo que ven los colibríes cuando andan curioseando por entre las flores. Les diremos cosas así, como para que las leyesen los colibríes, si supiesen leer. Y les diremos cómo se hace una hebra de hilo, cómo nace una violeta, cómo se fabrica una aguja, cómo tejen las viejecitas de Italia los encajes. Las niñas también pueden escribirnos sus cartas, y preguntarnos cuanto quieran saber, y mandarnos sus composiciones para la competencia de cada seis meses. ¡De seguro que van a ganar las niñas!

Lo que queremos es que los niños sean felices, como los hermanitos de nuestro grabado; y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos apriete mucho la mano, como a

un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: "¡Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo!"

O.C., t. 8, pp. 301-303.

Tres héroes

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón.

O.C., t. 18, pp. 304-305.

Músicos, poetas y pintores

El mundo tiene más jóvenes que viejos. La mayoría de la humanidad es de jóvenes y niños. La juventud es la edad del crecimiento y del desarrollo, de la actividad y la viveza, de la imaginación y el ímpetu. Cuando no se ha cuidado del corazón y la mente en los años jóvenes, bien se puede temer que la ancianidad sea desolada y triste. Bien dijo el poeta Southey, que los primeros veinte años de la vida son los que tienen más poder en el carácter del hombre. Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo. La educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte. El cuerpo es siempre el mismo, y decae con la edad; la mente cambia sin cesar, y se enriquece y perfecciona con los años. Pero las cualidades esenciales del carácter, lo original y enérgico de cada hombre, se deja ver desde la infancia en un acto, en una idea, en una mirada.

En el mismo hombre suelen ir unidos un corazón pequeño y un talento grande. Pero todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por respeto a sí propio y al mundo. Lo general es que el hombre no logre en la vida un bienestar permanente sino después de muchos años de esperar con paciencia y de ser bueno, sin cansarse nunca. El ser bueno da gusto, y lo hace a uno fuerte y feliz. "La verdad es, –dice el norteamericano Emerson– que la verdadera

novela del mundo está en la vida del hombre, y no hay fábula ni romance que recree más la imaginación que la historia de un hombre bravo que ha cumplido con su deber."

Es notable la diferencia de edades en que llegan los hombres a la fuerza del talento. "Hay algunos, –dice el inglés Bacon– que maduran mucho antes de la edad y se van como vienen", que es lo mismo que dice en su latín elegante el retórico Quintiliano. Eso se ve en muchos niños precoces, que parecen prodigios de sabiduría en sus primeros años, y quedan oscurecidos en cuanto entran en los años mayores.

O.C., t. 18, pp. 390-391.

La galería de las máquinas

A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa que es como se lo está diciendo, porque luego los niños viven creyendo lo que les dijo el libro o el profesor, y trabajan y piensan como si eso fuera verdad, de modo que si sucede que era falso lo que les decían, ya les sale la vida equivocada, y no pueden ser felices con ese modo de pensar, ni saben como son las cosas de veras, ni pueden volver a ser niños, y empezar a aprenderlo todo de nuevo.

O.C., t. 18, pp. 500-501.

La última página

Porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se

está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres [...] // Porque es necesario que los niños no vean, no toquen, no piensen en nada que no sepan explicar.

O.C., t. 18, pp. 349-350.

Los niños debían juntarse una vez por lo menos a la semana, para ver a quien podían hacerle algún bien, todos juntos.

O.C., t. 18, p. 401.

Las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo para que lo vea a uno pasar. Se es bueno porque sí; y porque allá adentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien, o se ha dicho algo útil a los demás. Eso es mejor que ser príncipe: ser útil. Los niños debían echarse a llorar, cuando ha pasado el día sin que aprendan algo nuevo, sin que sirvan de algo.

O.C., t. 18, p. 454.

Carta a María Mantilla

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer, –en saber, para poder querer, –querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, –a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas, –esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse, –llaman en el mundo "amor". Es grande, amor; pero no es eso. Yo *amo* a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto. –¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debí estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas, su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti –en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando en una hoja verde el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. *El Harper's Young People* no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten ni se ven, y más palabras de las precisas. Este *Petit français* es claro y útil. Léelo, y luego enseñarás. Enseñar, es crecer. –Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que

harás, si me quieres; y no harás, si no me quieres. –Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como un cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas; –y será que estás trabajando en la tarea, pensando en mí.

Un libro es *"L'Histoire Générale"*, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas, en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender entero y corto el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como estas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído; y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo. –La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, –que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice, –tú sabes –*il est*, cuando no hay él ninguno; sino para acompañar a *es*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de esas palabras de persona, –del *yo y él y nosotros y ellos*, –delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas, –aunque no por supuesto a la misma hora, –leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro;* para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, *La Edad de Oro*. –El francés de *"L'Histoire Générale"* es conciso y directo, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el *modo de decir francés*, cuando la *frase francesa*, sea diferente en castellano. –Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo no. 6, esta frase delante de mí: "Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde". –Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra: –"Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del

mundo", –porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: "Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo." Si digo: "Los griegos han tratado los primeros", diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo: "de darse cuenta", digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante, –y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba. –Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien, –o la romanza de Hildegonda, por ejemplo, –si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo. –Tu música no es así, mi María; sino la música que entiende y siente. –Estudia, mi María; –trabaja, –y espérame.

Y cuando tengas bien traducida *"L'Histoire Générale"*, en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias, ¿cómo no habrá quien imprima; –y venda para ti, venda para tu casa, –este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y un pueblo a las espaldas: –y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor –y todo lo cierto– de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita leyó antes que tú, las *Cartillas* de Appleton. Pues este libro es mucho mejor, –más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo, *La Physiologie Végétale*, –la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, –y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo

uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, –la grande y verdadera, –está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. –Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. –Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o –donde vivió el hombre de que habla la historia. –Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

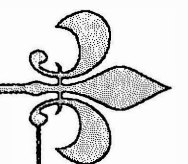
Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podrías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más; –y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores, –y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando cómo está hecha la Tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y ésas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yankees, –y una clase

de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama *The Fairy-Land of Science*, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, *Fruits, Flowers and Leaves*, y *Ants, Bees, and Wasps.* Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar. –Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas, –de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo. –Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada –explicando el sentido de las palabras –el español: no más gramática que ésa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y esa es la única que le sirve. –¿Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables? –Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma, –sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente. –Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, –el libro que te pido– sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. –Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu
Martí

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895.

O.C., t. 20, pp. 216-220. Cotejada con el manuscrito original.



VIII
LA EDUCACIÓN DE LOS TRABAJADORES

La universidad de los pobres

El patriota, si quiere bien a su patria, no empezará a leer el periódico por el editorial, que dice lo que se opina, sino por los anuncios, que dicen lo que se hace. Ver trabajar a todos es más bello que ver pensar a uno. Sólo hay un espectáculo más imponente que el de las cabezas de los hombres barridas por la palabra del orador justo y bueno: y es la tarde en la ciudad cuando vuelven a su casa los trabajadores. "¿Qué es lo más bello que has visto en la montaña?" –le preguntaron a un pobre montañés de pega, que fue a poner la mente donde volviera a echar flor, y a tender los brazos donde tocan con el cielo. "Pues ni la tempestad, ni las cataratas, ni el pico de los pinos se me han quedado en el alma como el carro en que a la cola del tren volvía el trabajador, de cara al teatro de montes, sentado a la última luz entre sus herramientas y las provisiones que llevaba a la casa; hasta que ya a la claridad de las estrellas, llegó a su valle, con la casita blanca en lo hondo, y de un ¡adiós! desató el carro." Por los anuncios se ve la vida pública, y el bien y la persona de todos, que es base y sostén de cada uno, porque no hay gusto sino donde todos lo tienen, y cada cual es creador y condueño de sí, y ve crecer sus frutos en abundancia y orden. Del trabajo continuo y numeroso nace la única dicha, porque es la sal de las demás venturas, sin la que todas las demás cansan o no lo parecen: ni tiene la libertad de todos más que una raíz, y es el trabajo de todos. Acá las revistas de mes son en verano una verdadera fiesta porque a los anuncios de uso, de aguadas para las casas, en vez de óleos, –de lana mineral, para amparar del fuego y del frío los agujeros y hendijas, –de las cámaras repentinas, que toman al vuelo, sin ningún preparativo, paisajes y retratos, –de botes, calentadores, perfumes y velocípedos, se juntan los anuncios de las escuelas, que en estos meses van de monte o de orilla de mar, aprendiendo la verdad natural, al aire libre. Una página es para libros, y para escuelas la del frente. "La que vaya al campo lleve la novela nueva de Howells,

La sombra de un sueño, donde se enseña mansamente que no es bueno que con los casados viva un amigo de fuera a toda hora, que es lo que dice un bonaerense que anda por Alemania, en un ramillete de Pensamientos". "Lleve los libros de Thoreau el que vaya al campo, si va donde hay ardillas; los de Thomson, si va donde hay ríos; los de Burroughs, si va donde hay flores; los de Lubbock, si quiere saber de *micropsiquia*, y estudiar en los escarabajos y las arañas lo universal de lo pequeño." "El que tenga hijos, y los saque a orearse al monte, cómpreles la novela mejor, que es el libro de Arabella Buckley donde la ciencia nueva centellea y entretiene, y se aprende cuanto de veras se sabe, en la *Historia corta de la ciencia natural*, o en los 'cuentos de magia de la ciencia'." Y en la página del frente se convida a los estudiosos a ir a la escuela de Curtis, "porque la formación del carácter es lo primero"; a la "casa y escuela", que es "hogar seguro y genuino"; al "instituto de amigos", donde "cada cual puede adorar a Dios como le plazca", a la "escuela de niños escasos", que "fortalece la inteligencia a los que la tienen floja de su natural"; al "colegio de Cayuga", que viste a sus alumnos de "uniforme gris y botones dorados"; a la "academia de Greenwich", con "calorífero de vapor y luz eléctrica".

Pero hay una escuela que no se anuncia en los diarios, ni gasta botones, ni tiene cerca y muros, ni enseña a los yanquis contemporáneos –y a las mujeres de los yanquis– a vivir como cuando los médicos de cucurucho y los abogados de pelucón; sino que, a la orilla del lago y en la falda del cerro, desde que florea el laurel en junio hasta que se secan las bellotas en octubre, explica en pleno sol como el rayo de luz vuela y ondea, y pinta o retrata, y estudia el cielo en las estrellas mismas, y en la piedra que cayó hace un mes de una estrella apagada; y cuenta de las nubes al pie de ellas.

Cocinando, enseña a cocinar. Andando, enseña a andar. Retratando, enseña a retratar. Enseña a asar papas, y a medir las ondas de la luz. Es la escuela libre de Chantanqua, que en verano abre sus alamedas, su templo de filosofía, sus cátedras ambulantes, su lago y su anfiteatro silvestre a cuantos, por los centavos que caben en un puño de mujer, quieren ir a vivir en aquellas casas pintorescas, y a estudiar, recordar y enseñar, o gimnasia, o comercio, o habilidades caseras, o pintura y música. Allí no hay más matrícula que la voluntad, ni más lista que el afán de saber, ni más obligación que las de la buena crianza. Es la universidad del pueblo, abierta en el seno de la naturaleza. Mucho hombre, y mucha mujer, cuando quieren decir "madre", dicen "Chantanqua".

Chantanqua es un pueblo de campo, con sus diez mil vecinos en estos meses de calor, y el colegio está por todo el pueblo, porque los que no asisten a los cursos los leen en sus casas, y los mil transeúntes diarios van adonde sus aficiones, a ver los edificios, al vapor del lago, donde se pasea la clase de meteorología a la avenida de Palestina, donde juntan y describen hojas los cien alumnos de botánica: la maestra va al retiro de profesoras, a aprender cómo se doma a los alumnos fieros, el aficionado va a la clase de declamación que tiene un maestro para los cómicos, y otro para los oradores políticos: todos, al caer la tarde, van al anfiteatro, clavado en el abra natural, donde habla del origen de las lenguas un filólogo que no cree en Müller, o explica un evolucionista a lo Mivart las especies como obra preconcebida del plan divino del universo, o un entomólogo demuestra con su persona que es cierto aquello de Emerson de que el que vive embotellando animales acaba por embotellarse él mismo: porque de lo que habla no se saca luz, ni dato propio sobre la formación de las especies nuevas, aunque lleva el entomólogo conocidos como sus ciento cincuenta mil insectos. Pero lo que cuenta de la astucia de ellos interesa, por la misma sequedad, como la historia más entretenida, y los oyentes paran el lápiz y las oyentes paran la calceta, porque el profesor "¿está hablando de insectos, o de mujeres y de hombres?"

"Gracias, señor", –dice un hombrote, pelón y huesudo, de lo alto de la galería: "yo siempre he dicho en mi pueblo que los poetas ven la verdad antes que nadie, y esta conversación lo prueba, porque los hombres no somos más que gusanos crecidos, que es lo que dijo Emerson antes que Darwin, cuando dice que en su brega por ser hombre, el gusano sube, de figura en figura, hasta que es huesudo y pelón como yo, o se pasa la vida como usted, embotellando a otros gusanos." Y aquí se pone en pie otro, y recita, entre el alboroto de los pájaros a la puerta, la poesía entera de Emerson. Luego el coro voluntario de la plataforma, rompe en un himno, que cantan descubiertos, los cinco mil oyentes. El anfiteatro, con sus bancos de cedro, puestos a lo redondo en la garganta de tierra dura, va fila a fila quedándose vacío. Y al que los ve salir escondido en el portal, ¡cómo se le nublan los ojos! Novios y novias son, de los honrados, que trabajan antes de poner casa juntos, y juntos aprenden lo que no saben, para que no se les acabe el amor por la ignorancia o la miseria. Son los hijos de los campesinos, de espejuelos y espaldas redondas, que vienen a aprender de Horacio y Virgilio y de cuando los tenían por magos en Italia, antes de que salga la luna doble, la

luna que se junta con el sol en la semana de la cosecha. Son hombrones de poca ropa, y ojos metidos dentro de la cabeza, que vienen con unas cuantas monedas de a medio peso, a estudiar mecánica, teneduría de libros, política, declamación, estilo, fotografía. Son criados de hotel, que van leyendo a Goethe, o con el tomo amarillo de Ibsen, o con la gramática hebrea. Es el gentío de mujeres de toda edad, madres de asueto, tías continuas, profesoras en descanso, elegantes de pueblo, coquetas naturales, feas de anteojos. Llevan cuadernos de notas, bolsas de bordar, novelas de verano, cajas de acuarela. Se oye un proverbio alemán, una palabra francesa, un verso de Homero, una cita latina.

Un marido, de pleno contento, besa, en la mejilla, a la mujer que lleva los ojos felices: "¡mujer, valemos más de lo que valíamos!" Los trajes son de percal o de la lana pobre. Las manos, curtidas.

Al lago van después de comer, porque con setenta y cinco centavos que pagan al venir al pueblo, ya pueden pasear en el lindo vapor por los recodos, ceñidos de verde, del Chantanqua sereno. O está abierto, para unos cuadros plásticos de la vida griega, el templo de la filosofía, por donde anda el pasante de arquitectura enseñando a unos discípulos canosos las columnas dóricas. O van, aprovechando la luna llena, a ver el colegio de artes liberales, que es cosa mayor, con más cúpulas bizantinas de las que cuadran al techo flamenco, y un colgadizo de claustro sobre otro de kiosko. Pasa acaso, de la mano de su mujer, el hijo del obispo Vincent, que preside, como jugando, toda aquella labor, desde que su padre anda de obispado; y da gusto verle ir de acá para allá, con su esposa al pie, entrando en lo de este vecino, saludando al profesor que acaba de llegar, levantando una margarita del suelo, metiendo hondo, de un pujo del brazo, el palo de una cerca. La calle es como familia, y se cuchichea y cambia de grupos. Ni cantinas, ni billares. Los hombres, lo son: y las mujeres, lo son más. Unas hablan de chismes; otras de Tolstoi, negándolo una de ellas, que "no quiere, ni necesita intimidades con el varón grosero y despótico"; otra habla bajo con su compañero, habla de física; otra da en un corrillo una receta para hacer pasteles. Vocean los muchachos, a carrera tendida, el alcance al diario del pueblo: "Compren, compren la llegada de los profesores de filosofía natural, compren la fiesta del templo de los niños, en el alcance del *Assembly Herald.*"

Y el periódico lo paga de su bolsa cada cual, como todo lo que consume para su uso y placer, aunque para gastar hay allí pocas tentaciones, porque la comunidad que posee y administra el pueblo

no quiere "competencias saludables", que crean rencillas entre los tenderos y bandos entre los compradores, ni admite más tiendas que las de lo preciso y una de cada especie. Dinero se ve que lo tiene la comunidad, porque el vapor anda, y los caminos no tienen hoja muerta, y las calles son como las de la ciudad, ni corren de balde el agua y el gas, ni es gratuita toda la música, ni cuestan poco los maestros de curso, y los famosos que vienen de lejos a conferenciar. Pero lo que puede el corazón, sólo lo sabe quien lo pone a la obra. Una corazonada, vale una millonada. Para el bien de todos está hecha Chantanqua, y la ayudan todos. El que tiene allí casa por el verano, paga el alquiler. El que toma clases, paga una pequeñez por cada una. Lo que falte, hasta cubrir los gastos todos, viene de los alumnos que no se ven, –de la universidad ubicua, que tiene cátedra en la cabecera del enfermo y en la mesa nocturna del trabajador, –de los "cincuenta mil" afiliados al círculo literario y científico de Chantanqua, el círculo doméstico. Se escribe a John Vincent, a Buffalo, en Nueva York a la casilla 194 del correo. Se toma puesto, como uno más, entre los matriculados del círculo. El círculo, desde Buffalo, dirige los estudios, que cada cual hace en su casa, y duran cuatro años: ciencias, historia, matemáticas, literatura. Los libros que el círculo indica, cada uno los compra donde quiere. Al fin del curso, el círculo manda su boleta de examen, con preguntas que el matriculado responde a que se las aprueben o no. Por la mano lleva al estudiante el círculo, que le aconseja lo que ha de leer, le manda opinión sobre los libros nuevos, le contesta sin demora sus consultas y dudas, le envía el repertorio de la universidad, el "Chantanqua", donde lo que se publica al mes va en acuerdo con las lecturas generales que para el mes tiene el círculo recomendadas. Y la matrícula de la universidad del pueblo, de la universidad doméstica, cuesta al año 50 centavos.

Un interés hay detrás de esta obra buena, que quita a los cursos, con el poder incisivo y sutil del dogma, el mayor beneficio que vendría a los educandos de estudiar de la mano de aquellos que no tuvieran "hacha que afilar", ni escalera que subir en el palacio del mundo, sino que enseñasen desinteresadamente, ni poniendo, ni quitando, cuanto se sabe de la sustancia de él, sin caer en la necedad de la hormiga, que se declarase curadora del monte, que es lo que hacen los hombres empeñados en cuidar de Dios sobre la tierra. La Iglesia Metodista, que por otras partes cae, en Chantanqua florece, porque allí tomó fila con los humildes, y abrió sus flancos a los tiempos, que no quieren férula dominical ni puerta cerrada, ni

están por guerras de topo, por credo más o credo menos, sino que piden a la Naturaleza el secreto de ella; y hallan en la comunión inteligente y libre un placer más digno y penetrante, más humano y religioso que el que, por que la iglesia tenga un pico o tenga tres, echa a aborrecerse y destruirse a los hombres. Las Iglesias acá, para no perecer en el mundo, andan con él. Antes prosperaba la más intolerante, y ahora sólo la tolerante prospera. Cada una, a la sordina, echa sus vanguardias y procura ganar a los rivales el pueblo nuevo, la cátedra vacante, o el millonario moribundo; pero en su corazón saben que morirán si no se unen, y son como los abogados, que se disputan en el tribunal, y luego, en el comedor del hotel, se sientan a los mismos manteles, y salen de champaña juntos. Así que en Chantanqua no se pide a los que van que sean metodistas, como el obispo Vincent, sino que cada Iglesia tiene su templo, unidos todos en la creencia común de la revelación; y el domingo, que es en el pueblo día cerrado, sin más tienda que la divina, ni más teatro que los religiosos, con sus cantos y cónclaves, con oratorios públicos y domésticos, no predica en el anfiteatro repleto, de techo rústico y abierto al aire, un clérigo estricto, apegado a la letra de su parecer, sino un orador notorio, de espíritu desentumido y sagaz, que mueva al concurso por la simpatía de su palabra, y no lo ofenda, en estos tiempos en que alborea la religión natural, con lo que sea menos libre y bello que la naturaleza, y la deforme, rebaje o contradiga. Pero el día de Chantanqua, que de lo más apartado viene gente a ver, el día de la religión suprema, en que los hombres parecen hijos naturales de las montañas del contorno, es el del "reconocimiento" de los diplomas, cuando de todos los ámbitos de la República vienen los alumnos domésticos a poner sus manos en la de aquellos que, desde la santa laguna, les llevaron la luz del libro, en grados que no les lastimasen los ojos, a su silla de inválidos, a su mesa de aldea, a su púlpito de clérigo pobre, a su costurero de trabajadora, a su banco de herrador, a su choza de negro del Sur, a su celda de presidiario. Y el día del reconocimiento, en el anfiteatro abierto al aire, todos, llorando, reciben sus diplomas.

"Cartas de verano", en *La Nación*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1890.
O.C., t. 12, pp. 433-438.

Los lunes de La Liga

1

"La Liga" de New York es una casa de educación y de cariño, aunque quien dice educar, ya dice querer. En La Liga se reúnen, después de la fatiga del trabajo, los que saben que sólo hay dicha verdadera en la amistad y la cultura; los que en sí sienten o ven por sí que el ser de un color o de otro no merma en el hombre la aspiración sublime; los que no creen que ganar el pan en un oficio, da al hombre menos derechos y obligaciones que los de quienes lo ganan en cualquiera otro; los que han oído la voz interior que manda tener encendida la luz natural, y el pecho, como un nido, caliente para el hombre; los hijos de las dos islas que, en el sigilo de la creación, maduran el carácter nuevo por cuya justicia y práctica firme se ha de asegurar la patria. Conquistarla será menos que mantenerla; y junto con el arma que la ha de rescatar hay que llevar a ella el espíritu de república, y el habitual manejo de las prácticas libres, que por sobre todos sus gérmenes de discordia ha de salvarla. Y si alguna nota especial en las cosas de nuestro país tuviese "La Liga", sería la de verse allí sin suspicacia, y sin disputarse la fama o el pan de la mesa, los que vienen del país oprimido y los que fuera de él les abren los brazos; sería la de reunirse allí, borradas con el anhelo del saber las huellas todas del cansancio del día, los que de los libros no quieren conocer la mera letra pedantesca, sino sacarles el espíritu con los fuegos y choques de la conversación, o enseñar a los que saben menos, o aprender más de lo que se sabe; sería la de juntarse allí, sin lisonja de unos ni humillación de otros, sino con las miradas a nivel, los hijos de los que fueron injustos y los de los que padecieron de la injusticia.

De codos en aquella mesa, se hila el amor y se acrisola el libro. Se pone a un lado la verba, y se cría un modo sobrio de decir, en que la misma música, útil a la verdad, no viene como en la literatura

emprestada, del uso fanfarrón de palabras sin raíz, ni de la escala sonora de voces retumbantes; sino de la buena composición del pensamiento, y el hábito inflexible de poner en su punto la voz única y propia. A leer y escribir aprenden unos en una mesa, y otros, estudiándose y corrigiéndose los ensayos, bracean en lo más hondo del corazón humano, y buscan, para la luz del juicio y el bien del país, lo oculto y verdadero que apenas se entrevé en las páginas de la historia. No es una casa de creyentes de profesión, ni de rebeldes por oficio, sino donde se va con la modestia, y de donde se sale con la verdad; donde los hombres, en vez de darse de dentelladas por los puestos, se los quitan de encima, para poder aprender más libremente, o toman de propósito el puesto más difícil, donde los ahorros del día, ni al juego van, que es gusto propio de la gente incapaz y egoísta, ni al prurito excesivo de andar de petimetre, hecho todo una rosa y un charol, ni a esos muchos quehaceres de la frivolidad que son más cansados y más costosos que los de los afectos y el entendimiento; sino a mantener encendido el hogar de la aspiración, a tener un rincón grato y honrado donde las mentes se pongan a calentar en torno al fuego, y no las manos inútiles, a comprar los días de la recepción vinos y dulces para las amantes compañeras.

De los lunes del mes, "La Liga" emplea uno en recibir a las familias de sus miembros, y aquellos hombres buenos, de más alegría y salud que los que viven con virtud menor, atienden con finura ejemplar a sus deberes de caballeros servidores.

Allí Rafael Serra, que en todas partes preside, y Juan Bonilla, alto en todo, y su hermano Gerónimo, que tiene señor el juicio; allí Manuel González, que nació con privilegio de corazón y de mente; allí Miguel González, con su verso floreado, su brava juventud y sus cariños de oro; allí Arturo Beneche, el entusiasta baracoeño que ve con sus ojos y desama a la gente incierta y vanidosa. Allí, dignos de toda fiesta, Pedro Calderín, que guía y vive de veras, porque la vida no se lo parece sin la elegancia y el mejoramiento continuo por donde el hombre elabora su dicha y contribuye a la de los demás; y Justo Castillo, que era hace poco persona de más años que letras, y ahora, por la obra de "La Liga", conmueve con lo que escribe; y Enrique Sandoval, que del buen padre Germán saca la virtud del trabajo, y la de emplear en el cultivo de los hombres el ahorro y los ocios de él. Allí, siempre entusiasta, Francisco Padrón y Ruperto Bravo, Magín Courduneau y Martín Cárdenas y Joaquín Gorozabe.

En otros días, que ya se describirán en *Patria*, "La Liga" es escuela de letras necesarias, ínfimas y sumas, y no sólo de amena sociedad como los lunes. Uno enseña aritmética viva, y descompone los números para que se les vean los goznes, que es mejor modo que el de meras reglas. Otro, con la mano que estuvo en la gran gloria, guía al hombre hecho que viene a pedir letra. Otro, en conversación ambulante, y manteniendo lo uno con lo demás, trata de los primeros conocimientos, y pica al principiante la curiosidad mayor. Otro se sienta a la mesa de preguntas, llena de escritos sin firma, y va hablando sobre cada cual de ellos, responde al tema, nota los méritos del escritor, endereza las faltas, predica la sinceridad de la forma, que enaltece el carácter tanto como lo vicia, sin sentir, la forma insincera. Otro es gramático de obras, que pone y descompone ante los ojos el artificio del lenguaje, de modo que como quiera que caiga la frase quede en pie, y a las palabras les busca la historia y el parentesco, que es la escuela mejor para quien anhela pensar bien. Detrás del maestro, abierta a todos, está la librería, en su estante de color de luz.

Los lunes, la escuela es de artes sociales, y se reúne "La Liga" para oír buena música, leer poesías del alma, y mover la conversación. Los corazones no deben estar así, enconados en la pequeñez del mundo, sin más sombra a que acogerse que la de la propia nariz. La vida rebaja, y hay que alzarla. Para todas las penas, la amistad es remedio seguro. Con un amigo, el mundo lo es. En el comadreo, vive bien la comadreja: el hombre entero vive fuera de él. Y "La Liga", en su segundo lunes, fue eso: la noche de las familias, con la novia que recita, y el novio que luce el discurso nuevo, y la hija que canta.

El programa no entumece la fiesta agradable, sino que se pone en pie la voluntad, y una niña quita el miedo, otra dice un romance, otra brilla al defenderse, otra parodia a un orador conocido. Este último lunes, con la sencillez de quien conversa, se fue urdiendo una velada feliz. Como un pájaro a quien le apuntan las alas, dijo su cuento en rimas una hija a quien el padre enseña a leer en el nombre de los héroes: la hija de Federico Sánchez.

Una criatura tocó, como música natural en el destierro, la melodía quejosa e inmortal del mujik, que mira, de codos en su servidumbre, la larga estepa negra. *la Bayamesa* de labios de Mariana Calderín, mostró cómo son hermanos, del frío ruso al sol tropical, todos los pueblos tristes.

Fornaris fue el poeta de la noche, porque Benech se lo trajo todo en la memoria, con la pasión de quien ve en él, por sobre fas y sobre nefas, el pintor criollo y filial de la naturaleza de Cuba. Con voz erguida a veces, y muy sentida otras, dijo "Las bellezas de Cuba" la compañera de Benech: América Fernández dio cantos y versos: Serra leyó, con la enseñanza en el modo de leer: González, tímido como todos los fuertes recitó de aquella manera que da al intérprete derecho de autor en la obra: Bonilla leyó unos párrafos de esos suyos, donde la admiración de los buenos modelos llega ya, por el vigor del que los ama, al poder de igualarlos: Manuel Barranco, cuya alma de maestro no conoce tibieza, dio de su corazón en prosa ardiente, y calzó la plática útil con robustas décimas: José Martí habló del bien más enérgico de la vida, de los buenos amigos. Y entre helados, y dulces criollos, hablando de patria y hogar y poesía, pasaron ligeras las horas.

Patria, Nueva York, 26 de marzo de 1892.
O.C., t. 5, pp. 252-255.

2

"La Liga" de Nueva York, la casa de cariño y enseñanza donde se junta, al calor de la estufa pagada por los pobres, un grupo tenaz de hombres verdaderos, tuvo reunión hermosa el jueves. Vuelve a sus clases, y se le llenó el salón. Las mujeres fueron: ancianas recién llegadas de Cuba, y patriarcas de los pueblos de Oriente, y mozos en cuya frente altiva chispea la libertad. El trabajo de los talleres se acaba a las seis, y acá en Nueva York se vive muy lejos del lugar de trabajar; pero a las ocho ya estaban en la casa de cariño aquellas almas disciplinadas. "La Liga", –¿no se sabe por cuántos tienen corazón? –es el hogar de ideas que desde hace años pagan, del sacrificio de sus difíciles salarios, unos cuantos obreros cubanos, obreros de color: de esos obreros nuestros, que, aunque parezca burla a algún inútil, tienen abierto en su mesa de trabajar, de ganarse el pan fiero e independiente, la *Educación* de Spencer o el *Bonaparte*, de Jung, o la *Vida* de Plutarco: y el que no tenga miedo a las escaleras oscuras, que se ponga la camisa al codo, y vaya a verlo. Salón más cortés no hay que el de "La Liga", ni de gente más sincera y elegante.

La casa, de veras, se entra por el corazón. Hasta la placa de la puerta, en la calle pobre que da al arco de Washington (72 Third Street), hasta la placa, que dice *Reason*, hace como un templo de aquel amigable rincón. Se entra, y parece que se deja el mundo

atrás: el mundo malo. La amistad, la cultura, la sinceridad ¿no son los únicos gustos de la vida, y fuerzas de ella? Lo demás es pesadilla, pompa de jabón y náusea. Un rincón de corazones es la gloria del mundo, el santuario y taller de la libertad, la sonrisa de la vida. La gente ínfima, o vendada, se compara y se mide, y se reparte por corrales, conforme a los grados de riqueza, que es cosa que de una quiebra para en humo, o a los de abolengo, sin ver que las honras mundanas vienen más comúnmente de la villanía que de la virtud, o a los del color, que dio a Confucio en China, a Falucho en Buenos Aires, y a Juárez en México. Se acorrala la gente ínfima, y saca la cabeza por sobre la tranquera, como los caballos infelices que no saben luego qué hacerse a la hora de la tempestad, y vuelan solos y desalados, o se despedazan unos contra otros. Dan pena, los soberbios. El mundo no se detuvo jamás. En buena hora que se vaya en orden, como se debe ir –en el orden sano y bullicioso, y siempre juvenil, de la libertad: pero en la marcha del mundo, atrás se queda el que se mete por corrales: o el mundo lo arrastra, en su destino de marchar: hay que salir al camino, y beber agua de bejuco, y calzarse con sandalias: ¡es buena, la naturaleza! –Y ese es el encanto de "La Liga", que es buena y natural. El piano a la izquierda: sillas nuevas, y de color de luz, al fondo: de cabecera, un estante de libros: por las paredes, retratos de agradecimiento, de amigos de "La Liga": ¡muy encendida en la tierra extranjera, la estufa pagada por los pobres! Ni polvo ni maldad hay nunca en la casa, toda llena de cuadros y de abnegación: de su semana penosa, de la semana en que suele escasear lo de la casa misma, esos hombres buenos apartan fielmente el alquiler del hogar de almas.

Y en las clases mismas, como en lo hablado y escrito por los hijos de la casa, se ve la fuerza y realidad de aquella gente generosa. Están a lo útil y no a lo ornamental: a los resultados, y no a las pedagogías: a preguntar con el alma, y a responderse de ella. En cuanto hay quien aprenda, hay maestros sobrados. Júntense alumnos, y ya tienen maestros. Allí, año sobre año, ha ido un comerciante enfermizo a enseñar gramática viva, y una como anatomía de la lengua, en las noches más crudas del invierno. Allí ha enseñado inglés, ya a altas horas de la noche, un médico de mucha bondad y ocupación. Allí iba un amigo de la casa, a decir lo que quisieran saber de él, y le ponían en la airosa mesa, las preguntas anónimas sobre la composición de los pueblos, o la física, o la historia, o los odios humanos, o las tinieblas del alma: y el amigo leía en alta voz los escritos, cuya forma iba al paso enderezando y

podando, para que se viera la idea lúcida en la expresión sencilla y fuerte; y luego, al vuelo del pensamiento, con la idea céntrica de la bondad e identidad del mundo, contestaba las preguntas, muy hondas y sutiles a veces, concordando aparentes diferencias, y basando la opinión en la prueba ordenada y visible de los detalles. Uno desea saber del Senado, y su necesidad en las repúblicas; otro, que está leyendo a Marco Aurelio, no lo tiene por bastante, e inquiere sobre el ansia de religión del alma humana: otro pide la razón de los arbustos pelados y rojos en el desierto de Atacama: otro padece, de amor o de amistad, y propone, so capa de duda común, la pena de su alma: otros llevan, para mera corrección, los ensayos que, por consejos del amigo, escriben sobre las lecturas que los interesan o conmueven. Y de aquel ejercicio va creando la casa un modo de decir, confuso aún por la masa súbita de las ideas noveles, y la busca tenaz de su sustancia y razón, pero conciso y pujante, y bañado en un tierno amor a los hombres y a la naturaleza.

El jueves fue así la noche hermosa, con las preguntas sobre la mesa, y el himno en el piano, y las mujeres que del quehacer cruento de la casa, a menudo estrecha y oscura, van a oír ideas, palabras cordiales, versos: o a decirlos, con graciosa modestia y pasión antillana. Pero hubo visitas, antes de empezar la clase, y fue lo primero agradecerlas: era un venezolano, manco ilustre, que no perdió la mano arrancando a los hombres la libertad, como tanto soldado vil, sino peleando por asegurársela: era el general Julio Sarría, héroe afamado y romántico, que momentos después, al dar las gracias al saludo de "La Liga", alzó trémula, y con conmovedora elocuencia, la voz que no ha temblado muchas veces en el campo de pelear, ni en los consejos de su patria: y la otra visita de Venezuela también, era Andrés Alfonso, valiente como su isla de la Margarita, pie de Bolívar en una de sus pruebas infelices, y tierra de mujeres que daban a la guerra de la patria todas sus perlas. Andrés Alfonso mostró de nuevo el alma generosa que le vitoreó incansable el pueblo del diez de Octubre: también dio él gracias, como hijo de Cuba, como hermano de "La Liga". Porque hay hombres que no están hechos para hermanos: y otros que lo están. –Luego fue un clase como las de antes: en fila, ante el amigo, estaban las preguntas y composiciones: él las fue viendo, con la luz que da el cariño, y dio las respuestas de la verdad de la vida y la de su corazón: de estas composiciones publica *Patria* tres, tomadas de sobre la mesa del jueves, de estas composiciones de obreros cubanos, alguno de ellos de extrema juventud, por las que se ha ido mostrando el rápido curso,

con muy altas miras y capacidad, de la mente fácil y armónica de aquellos hombres ejemplares. El entusiasmo y dignidad de la noche encendieron en un bravo corazón baracoano la palabra que habla pocas veces, la que viene perfecta y altiva de la nobleza iluminada del alma, y con el arte y fuerza de ella habló en arranque viril Severiano Urguellez, hombre del tiempo nuevo: "Hace poco oí decir a un esforzado joven blanco de Cuba que la juventud de hoy emularía a la del 68: ¡la juventud negra del 93 no dejará sola en la pelea de la patria a la juventud blanca!" Y Francisco Marín, por obediencia al mandato del cariño, "César a quien no se puede desobedecer", habló, con unción verdadera, de "la casa donde sólo está el asiento negado a la enemistad, la intriga y el odio": y luego dijo versos suyos, de pena misteriosa, con los chispazos de su poesía marcial: luego fue el piano de América Fernández, maestra en él, y de Juan Bonilla, que ante los corazones, mudos de amistad y esperanza, tocó el himno de Bayamo.

"Noche hermosa de La Liga", en *Patria*, Nueva York, 4 de noviembre de 1893. *O.C.*, t. 5, pp. 267-270.



IX
LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

Igualdad de la mujer

–Afirma el Director de un colegio mixto de niños y niñas en los Estados Unidos del Norte, que por lo menos en lo que él ha observado en doce años en el colegio Swarthmore, no hay diferencia alguna en la capacidad intelectual de los niños de uno y otro sexo, sometidos a la misma educación y sistema, y a las mismas influencias exteriores. Por igual y con estricta justicia, se han tenido que repartir los premios del colegio entre niños y niñas, y cuando ha habido exceso de alguna parte, ha sido en favor de las niñas. Para ese observador, no hay más diferencia por razón del sexo entre sus alumnos, que por razón del color de sus cabellos, en cuanto se les considere por sus capacidades como alumnos. Cree que si los niños aprovechan grandemente del trato de las niñas, de las cuales adquieren perspicacia, generosidad y dulzura, –a las niñas es aún más útil el trato de los niños, que las libra de ese encogimiento, falta de trato y desconocimiento del espíritu de los hombres que suele causar luego tan grandes e irremediables infortunios en su vida.

De "Sección constante", en *La Opinión Nacional*, Caracas, 20 de abril de 1882. *O.C.*, t. 23, pp. 270-271.

Escuela manual de niñas

En la Universidad de Cornell, modelo de escuela en estos tiempos de hombres: en el instituto de Cooper, de donde sale el alumno con la gratitud en el alma, y el escoplo bajo el brazo; en la escuela completa de Félix Adler, donde se ensaya el niño, sin perder la imaginación y el sentimiento, en las cualidades de hábito y agilidad necesarias para la vida; en la escuela práctica de enseñanza industrial, donde los alumnos se pelean por ir, y se les ve crecer la inteligencia y el carácter; en un rincón del condado de Orange, donde en el colegio sano y humilde de un hombre de nuestros países explica aritmética maravillosa el propietario barbado que al salir el sol le saca lustre a su caballo y ordeña sus vacas; en esas escuelas vivas, donde enseñan los maestros que han batallado en el mundo lo que se necesita para brillar con decoro en él, para ganarse el pan sin esclavizar el talento y el honor a intereses injustos de casta o a culpables connivencias políticas; en esos talleres de honradez es donde va naciendo el americano que pueda en lo futuro oponerse al influjo creciente del yanqui de Secretaría, del yanqui empleómano, del yanqui alquilón, del yanqui pródigo y canijo que gasta en convites prematuros en su cuarto de las universidades retóricas, las espaldas que cría en el juego excesivo del polo o la pelota.

Para todos esos colegios es fiesta ahora: este es el mes de los grados y de las vacaciones: los cadetes salen de tenientes: los abogados y los médicos reciben sus diplomas en fiestas públicas: al decir el maestro "¡Peter Cooper!" se ponen en pie, y cantan "¡Gloria al jefe!", al jefe muerto, los quinientos alumnos, los hombres, que le van a deber su felicidad, las mujeres, a quienes hablaba él siempre de pie, sombrero en mano; para que vieran bien que puede serse hombre rico y de industria, y persona versada en la noble galantería. Porque él entendía el modo verdadero de educar a las mujeres, que es habilitarlas para vivir con honradez, de labores naturales a su sexo hermoso, sin quitarles la gracia de reinas y el encanto, y la fuerza

pública, de sus cualidades femeninas: y quien quiera matar a un pueblo, eduque a las mujeres como a hombres: la animalidad y el egoísmo son los enemigos del mundo: se necesita crear en los pueblos el ala y el desinterés: ¡ay de Zoraida, que echó la perla al mar, y luego se pasó la vida en la orilla llorando por la perla!

Pero la novedad ha sido este año la escuela práctica de niñas, o escuela manual, como la llaman aquí, y se la pudiera llamar en español, porque lo que en ella se educa más es la mano, ya en la buena cocina, que aquieta al marido pobre y entretiene a la mujer del rico, ya en los dibujos y ornamentos de que le enseñan a la niña las líneas esenciales, para que ella componga ingenuamente sus patrones, según lo que ve en la naturaleza y en los buenos modelos. La sorpresa es grande, porque se nota que a esta niñez ya adelantada no le cansa el trabajo físico, sino que lo busca como recreo, ni le turba la mente para la instrucción de letras, sino se la fortifica y aclara. Deducen mejor; combinan más pronto; relacionan; crean. Producir satisface, aunque sea un pobre buñuelo: "¡Mira el buñuelo que he hecho!" le dice la hija a la madre, enseñándole con los ojos brillantes de alegría un producto venerable: "¡Mira el encaje que planché!" dice la Cenicienta sudorosa, muy oronda con haberle chamuscado al encaje lo mejor de los hilos. Pero el trabajo de las manos ha de hacerse con pulcritud y precisión, para que el arte disimule la fatiga, y no sea demasiado costoso el placer de hacer más llevadera con los dulces servicios domésticos la vida de los trabajadores de la casa: ¡ayuda tanto a mantener el amor el agradecimiento! ¡Es tan grato, cuando la vida abofetea, poder besar en la casa propia una mano servicial, una manecita blanca! Quien le da esos encantos a la mujer, le da ventura. El mundo no es una jaula dorada de amos que holgazanean y criados que odian. A solas, cuando nadie lo vea, cuando el hombre se limpie cansado la sangre del corazón, la mujer ha de ponerle la mano en la frente, ha de llevarle una taza de azúcar, bien hervida, a los labios. Y a estas niñas les empiezan a enseñar aquí esto: a hervir bien el azúcar, a mezclar la harina para el pan; a hacer salsas sabrosas con legumbres sencillas; a asar la carne de manera que no tenga que salir a la calle, en busca de los digestivos de la cervecería, el marido maltratado. La que ha de ser dueña aprende a ver; y la que se ha de servir a sí propia, a ser menos infeliz.

En los dibujos y ornamentos es donde se palpa más el beneficio de la libertad, en la educación, del trabajo espontáneo. Hay rincones y caprichos en aquellas líneas inseguras, que revelan la impre-

sión vivaz de los paseos de verano por los ríos, con las colinas dormidas sobre el cielo, o de las pláticas a la luna, cuando siguen los ojos curiosos el bordado exquisito con que dibuja la luz en la acera el follaje de los árboles. Y el arte nace de eso: de la impresión directa. El estudio es el carril; pero el carácter, la individualidad del niño, ésa es la máquina. Y se ve que la libertad de la invención y el placer de crear por sí, estimulan, aun en las niñas que son de menos acontecimiento, el ingenio propio y la fuerza del carácter.

De "De Nueva York", en *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1889.
O.C., t. 12, pp. 241-243.

La educación de la mujer

La vida humana está harta, como la tierra, de montes y de llanos. ¡Y a las veces de criptas siniestras y de abismos! Y es fuerza a cada paso sacar los ojos de los montes, que son los hombres altos, y ponerlos en llanuras. Está en el Congreso de debates y de fiesta la dama de Massachusetts. Ve el Congreso si debe sacar provecho de tanto hombre de Europa como viene a estas tierras; y ya se dijo en la asamblea de Massachusetts que pueden abogar damas en los tribunales del Estado. Nótase en esta tierra nueva, gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de su existencia, que le vengan de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enalteciendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera y no a sus pies como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdeñará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. Pues en ese mismo Estado que acepta ahora las damas como abogados en sus tribunales, hay una señorita Robinson que dirige, con éxito notable, su bufete de letrado, lo cual es honra en Boston, capital de Massachusetts, donde trabaja la señorita, porque es Boston tierra de sabihondos y censores y no luce allí quien quiere sino quien puede. Y uno de los periódicos de leyes que más crédito goza en toda esta tierra, está también dirigido por una culta dama. En nueve de los Estados de la Unión, puede ya la mujer abogar como letrado, en casos criminales y civiles. Y en otro Estado, que es Vermont, las damas que pagan contribución votan por aquel que más les place de los candidatos a los empleos de las escuelas, cuyos candidatos pueden ser también mujeres, –aunque cuentan los murmuradores que gozan poco de este beneficio las damas vermontesas, porque en este año, hubo pueblo en que sólo votaron cinco damas.

Mas no es sólo en los tribunales y en las urnas, en donde quieren los pensadores de esta tierra ver a las mujeres. Es en la admi-

nistración pública, en la dirección de cada casa de caridad, en el consejo de cada taller correccional. Pues ¿dos gobernadores de Nueva York no nombraron para altos puestos a dos damas? Nombráronlas, y no hay en el Estado más inteligentes oficiales, ni mejor servidos puestos. ¿Quién no ve en las casas, y más en nuestras casas que en estas, a la esposa siempre tímida y ahorradora, y al esposo, siempre pródigo y fantaseador, como si fuera la tierra Sésamo, y él, Montecristo, y a cada clamor suyo, de esos terribles que no hallan respuestas, hubiese de abrir a sus ojos la tierra obediente, el seno de oro? Somos un tanto hebreos en punto a fortuna, y esperamos siempre un Mesías que nunca llega. Y no hay más que un modo de ver llegar al Mesías, y es esculpirlo con sus propias manos. No hay en la tierra más riqueza que la que viene precipitadamente por medios de indecoro o lentamente por medios de trabajo. ¿Quién ha de ser mejor guía para las mujeres extraviadas que una dama buena? Ni ¿quién que ve una madre y la ve cómo ama, y prevé, y endulza, y perdona, duda de ese caudal de maravillas que yace ignorado en cada alma de mujer? Es una mano de mujer, vara de mago, que espanta búhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro. Pues ¿cómo no ha de ser justo que en las juntas en que se ha de aconsejar sobre el modo de dirigir maestras, o alumnas, o pobres presos, aconsejen mujeres, que saben de achaques de mujer, o del modo de reformarlos o curarlos? El hombre es rudo e impaciente, y se ama más a sí que a los demás. Y la mujer es tierna, y goza en darse, y es madre desde que nace, y vive de amar a otros. ¡Llámenla, pues, a que sea consejera en todas esas juntas de consejo, y donde haya niños o mujeres a quienes dirigir, o cuidar, o curar, sea mujer la que dirija, con lo que será más suave y rápida la cura!

¿Y en colegios? ¿Se han de cerrar acaso los altos colegios a estas mujeres que han de ser luego compañeras de hombres? Pues si no tienen los pies hechos al mismo camino, ni el gusto hecho a las mismas aficiones, ni los ojos a la misma claridad ¿cómo los acompañarán? Vive todo ser humano de verterse, y es el más suave goce el comercio de las almas. ¿Qué ha de hacer el marido sabedor, sino apartar los ojos espantados y doloridos de aquella que no entiende su lenguaje, ni estima sus ansias, ni puede premiar sus noblezas, ni adivinar sus dolores, ni alcanzar con los ojos donde él mira? Y viene ese divorcio intelectual, que es el mal terrible.

Ni es verdad, a lo que dicen maestros y observadores, que sea cosa probada la flaqueza de la mente femenil para llevar en sí hondas cosas de artes, leyes y ciencias. Inglaterra les ha abierto sus

colegios, y están orgullosos de ellas los colegios de Inglaterra. Altas cosas estudian las mujeres en el colegio de la Universidad en Londres, donde una tercera parte de los discípulos son doncellas atentas y estudiosas, y no hay año en que no saquen ventaja relativa a los donceles estudiantes. Cuatro universidades viejas y famosas tienen los ingleses, y en esa de Londres y en la de Dowham, invístese ya de la toga doctoral a las educandas; en Cambridge, se las recibe en cátedras y exámenes, los que les sirven como de títulos de honor, aunque no les dan derechos; y en Oxford, que es universidad reacia y severa, ya las admiten a cátedras, a que ellas van gozosas. Es cosa que alegra los ojos ver llegar a las puertas del colegio a los mancebos retozones, a la par que bajan gravemente de sus carruajes las jóvenes que vienen a la Universidad a aprender artes y ciencias. De la Universidad de Cambridge han salido maestras excelentes. Y en esta tierra misma, Harvard es universidad celebradísima, y tiene cátedra para mujeres, cuyos adelantos y aplicación encomia; y en la Universidad de Cornell, que goza también fama, no hay memoria de que haya hecho examen nulo ninguna de las numerosas estudiantes. Y ahora se quiere, que, como las de Harvard soberbio, y Cornell celebrado, se abran a las mujeres jóvenes las puertas del muy valioso colegio de Columbia. Cosas pueden ser estas, para quien viva en otras riberas, singulares: mas si es verdad que ese ir y venir por cátedras y calles, pudiera parecer en nuestros países como echar flores débiles al viento, no ha de verse el modo de enseñar ni a que sea de hombre el instituto en que se enseñe, sino que se ha de proveer, en forma que concierte con nuestras costumbres a la urgentísima necesidad de esa enseñanza. Porque no suelen volar los esposos de la jaula de oro primaveral en busca de nueva primavera, o de belleza nueva, sino porque es dama sin mente como vaso seco, y busca el hombre sediento donde posar los labios ardorosos. Son las almas como las rosas, y han menester de sol ardiente, y de que caiga en ellas, con cada alba, rocío nuevo.

De "Carta de Nueva York", en *La Opinión Nacional*, Caracas, 11 de abril de 1882.
O.C., t. 9, pp. 287-290.

Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos

Estamos en un colegio afamado de los Estados Unidos, en un día de grados. Treinta son los alumnos favorecidos y lucen en las manos sus diplomas, atados con cintas verdes, azules y encarnadas. Los aprietan con gozo, como si apretaran las llaves de la vida. De allí saldrán a verter luz, a mejorar ignorantes, a aquietar, elevar y dirigir: es grande la palabra francesa: "elevar" por educar. Los que han vivido, ven con tristeza a los que comienzan a vivir; y echar los colegiales a la vida parece como cortar las alas a los pájaros. Lleno se ve el suelo de alas blancas. Pero la vida, que consume fuerzas, exige, para reparar el nivel, que periódicamente le entren por sus venas cansadas fuerzas nuevas. El candor y el empuje de los colegiales reaniman, aun cuando no se les sienta, la esperanza, la honradez y la fe públicas, tal como las aguas generosas de las nuevas lluvias, bajan cargadas de las flores y yerbas fragantes de los montes vírgenes, a enriquecer con sus caudales la empobrecida corriente de los ríos.

Abre la sesión un pastor protestante: en los Estados Unidos, toda ceremonia privada o pública, de gozo o de tristeza, bien sea fiesta de colegio, bien sea congreso de delegados de un partido político, empieza con plegaria, el pastor, vestido de negro, alza los ojos al cielo e impreca sus plácemes; los oyentes, sentados en sus bancos, se cubren con las manos el rostro, que apoyan sobre el respaldo del banco vecino. Y aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra. Después, con las querellas de iglesia, la virtud de la plegaria desmerece. Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del Universo y la del alma buena e inmortal inspiran ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada! ¡y cómo contribuiría a mantener encendido el espíritu en estos tiempos ansiosos y enmonedados! ¡y cómo jun-

taría a todos los hombres enamorados de lo maravilloso y necesitados de tratarlo, pero que no conciben que pueda haber creado en el hombre facultades inarmónicas la naturaleza que es toda armonía, ni quieren pagar a precio de su razón y libertad el trato con lo maravilloso!

Estamos en el colegio afamado. Acabada la plegaria, sube a la tribuna uno de los alumnos graduandos. Y tras él otro, y otro tras él. Hablan de cosas hondas en lenguaje macizo. No repiten de memoria las pruebas de la redondez de la tierra; ni disertan en párrafos balmescos sobre la capacidad y calificación del conocer; ni dicen de coro los nombres antiguos de las ensenadas, remansos y recodos de la histórica Grecia, como en nuestros tiempos nos hacían decir, con gran satisfacción de padres y maestros que de muy poco en verdad se satisfacen; porque el plumaje gana colores con todos esos utilísimos conocimientos; pero el seso no queda aprovechado, ni la vida en que ha de bracear ensenada, ni la manera de timonear por ella y precaverse contra sus angustias. En los colegios no se abre apenas el libro que en ellos debiera estar siempre abierto: el de la vida.

No hablan de esas oquedades los alumnos del colegio en que estamos, sino que se entran en su discurso por las más severas cuestiones del momento y por otras de física y psicología, momentosas siempre. Sus discursos no vuelan como las hojas, ni como tantos discursos, sino que pesan como rama bien frutada. Y eso que no estamos entre doctores, sino entre meros bachilleres. Uno lee un estudio sobre la imaginación en las matemáticas, y dice que aquella tiene en las construcciones de estas tanta parte como en las concepciones dolorosas y lumíneas de la poesía, y que para escribir *El paraíso perdido*, no se necesitó más poder de imaginar que para establecer los principios fundamentales de las secciones cónicas. Examina otro las razones del dañoso influjo de la ignorante inmigración irlandesa en las ciudades, donde con su número sofocan el voto y se lo adueñan, sin que por su hábito de no reunirse más que con gente de su terruño y por no ser la idealidad elemento singular de su naturaleza, ascienda en ellos la cultura a la par con su influencia y autoridad de sufragantes en el pueblo que los recibe como a hijos. Crían por las lomas de los suburbios los irlandeses, gansos, patos y chivos e hijos descalzos, que de sus padres encervezados y de sus madres harapientas y del sórdido cura de la parroquia, no pueden sacar modelos para mejor vida, sino que en cuerpo y espíritu salen de sus chozas de mala madera, depauperados: y como la inmigración de Irlanda a New York es tan cuantiosa, suce-

de que de veras está gravísimamente amenazada de miseria mental y moral la gran ciudad. Los alemanes la remediarían, si no fueran tan dados al goce de sí propios y tan desentendidos del bien ajeno. Se ve que son mal cimiento de un pueblo formidable el abrutamiento y el egoísmo. Y hay escuelas por cierto; pero en los hijos de irlandeses lo que la escuela cría, el chivo se lo come. El hijo del alemán, como que el padre suele abrirse camino y no vive en comunidad tan ruin, aprovecha sus libros; sobre que el alemán es hombre de su casa y trabajador, lo que sin esfuerzo va dando buenos hábitos a los hijos. Y esto no lo decía el discurso del graduando, pero decía otras cosas excelentes.

Otro joven bachiller asalta la tribuna y lee... ¿pero qué lee que todos lo aplauden? Pues nada menos que un estudio en que se defiende el derecho y capacidad de los egipcios para gobernar su propia tierra, y se acusa de mera máscara de la ambición inglesa ese pretexto indecoroso con que, como el boa a la paloma, viene desde hace años enroscándose sobre el Egipto; el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes. Pero como la libertad vive de respeto, y la razón se nutre en la controversia, edúcase aquí a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan; y oír sin ira y sin mala sospecha lo que piensan otros: de modo que no bien cesan las palmas con que acogemos todos al mantenedor del decoro humano, ya está en la tribuna un bachiller defendiendo el buen derecho de Inglaterra a poner definitivamente manos sobre la gente abandonada del Egipto, y a cogérselo brazada a brazada, como han cogido los Estados Unidos el territorio de los indios.

Otro graduando ensalza el sistema de instrucción pública de Norteamérica y dice que en la homogeneidad de los nuevos ciudadanos se prueba que aquel modo de enseñar es digno de un pueblo

fuerte; pero el graduando vecino se levanta, depreca el sistema en uso, y dice que no hay mayor fracaso porque las escuelas enseñan a los niños para hijos de rico, que han de vivir de herencia y no de sus labores, y porque apenas hay pueblos en que los niños a los quince años, tengan al salir de la escuela instrucción más deficiente y rudimentaria: deletrear, escribir y contar saben; pero ni se les ha abierto el apetito de saber, ni se les ve poseídos de aquella noción y simpatía humanas sin las cuales se truecan los hombres en esa criatura vacía, dañina y horrenda: el egoísta.

Bachiller muy joven, y que se lleva todas las miradas, es ese que cuenta enseguida, no sin histórico estilo y buena crítica, la vida de las dos Isabeles: la odiosa de Inglaterra y la grande de España. Maestro en ciencia parece el que le sucede en el discurso, y con argumentos ingeniosos y frase pintoresca niega que vayan a la par las fuerzas vitales y las físicas, y que estas puedan alcanzar jamás la potencia original de la creación, que sólo reside en la voluntad colosal desconocida: –"la química, dice el bachiller, ha podido fabricar huevos; pero no empollarlos". Y el graduando que cierra estos animados ejercicios, perora, con ternura exquisita, apretado lenguaje y profunda visión, sobre la sana y triste filosofía de George Elliot, la noble y desventurada novelista inglesa, nueva estoica, para quien la vida se puso toda, como siempre para las almas excelsas, en una copa amarga, que bebió ella hasta las heces por que no quedara nada que beber a los demás; sin que los vapores de la propia amargura que a tantos nublan los ojos, se los enturbiasen, para ver cuánto elemento de sólida ventura hay en la conciencia bien educada y en la naturaleza. De todo lo vivo se desprende una justicia definitiva y universal, que asegura la próxima compensación de las desigualdades e injusticias de la tierra. La conciencia valerosa, empinada entre los hombres como un gigante invicto entre liliputienses, alienta y acaricia.

Y todavía no hemos dicho, y lo callábamos de intento, que esos bachilleres tan gallardos, que con tal maestría andan por las entrañas de un carácter y repintan imperios pasados, y enarbolan la bandera de los hombres libres, y balancean el cuerpo y alma de la naturaleza, eran mujeres. Niñas de dieciocho a veinte años, eran las graduandas de este año en el colegio de Vassar.

¡Oh! el día que la mujer no sea frívola ¡cuán venturoso será el hombre! ¡cómo, de mero plato de carnes fragantes, se trocará en urna de espíritu, a que tendrán los hombres puestos siempre los labios ansiosos! ¡oh! ¡qué día aquel en que la razón no tenga que

andar divorciada del amor natural a la hermosura! ¡aquel en que por el dolor de ver vacío el vaso que se imaginó lleno de espíritu, no haya de irse febril y desesperado, en busca de alma bella, de un vaso a otro! ¡Oh! ¡qué día aquel en que no se tenga que desdeñar lo que se ama! Marisabidillas secas no han de ser por eso las mujeres; como los hombres que saben no son por el hecho de saber, pepisabidillos. Hágase entre ellas tan común la instrucción que no se note la que la posea, ni ella misma lo note: y entonces se quedará en casa la fatiga de amor.

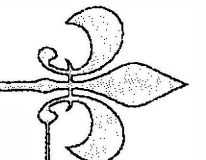
Que cuando el hombre haya menester de quien le entienda su dolor, le admire su virtud o le estimule el juicio, no tenga que ir a buscarlo como sucede ahora, fuera de su casa. Que no sean la compasión, el deber y el hábito lo que a su esposa lo tengan unido; sino una inefable compenetración de espíritu, que no quiere decir servil acatamiento de un cónyuge a las opiniones del otro: antes está ese sabroso apretamiento de las almas en que sean semejantes sus opiniones, capacidades y alimentos, aun cuando sus pareceres sean distintos.

Crece el esposo con los merecimientos de la esposa; y esta, con ellos, echa raíces en él. –Lo cual es bueno: el único placer que excusa la vida dolorosa, y la perfuma, levanta y fortifica, es el de sentir que, como un árbol en la tierra, se han echado raíces en un alma caliente y amante.

Los pueblos necesitan además como las aguas, de nivel. Cada nación requiere, si ha de salvarse, cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos: y así como no se da hijo sin padre y sin madre, así no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y femeniles del espíritu. –Los pueblos mueren de hipertrofia de fuerza, que los ensoberbece, ofusca y embriaga, y causa dolores y trastornos sin cuento con su propio exceso, lo mismo que de hipertrofia de sentimiento y arte, que los afloja y ahembrea. –Las condiciones espirituales tienen su higiene, lo mismo que las físicas; y de una condición se ha de reposar en otra, que la modere y modifique. –De la fuerza se ha de descansar en la ternura. –A más de esta necesidad de femineidad en la vida de la nación, existe en los pueblos dados a la fatiga, la labor nerviosa, y el ansia de la riqueza, urgencia grande de balancear con la educación de la mujer, que lleva a la vida de la nación sensibilidad y semilla de intelecto, la escasez en que naturalmente quedan estas condiciones por la consagración casi exclusiva de la mayoría nacional a las batallas, emociones y goces de la posesión de la fortuna. –Como estrellas via-

jeras, a derramar luz suave e iluminar lo sombrío, se vierten cada año por el país esos bachilleres de cabellos largos y armoniosas formas: de vergüenza de no parecerse a ellas, se mejoran los gañanes de la riqueza que las cortejan y desean: su contacto, ejemplo y enseñanza, dulcifican y espiritualizan la existencia en torno suyo. –Y así como se gusta mejor el vino bueno en copa bien labrada, o de cristal delgado y limpio, así se recibe con mayor mansedumbre, placer y provecho el influjo del espíritu de una mujer culta y hermosa.

La América, Nueva York, junio de 1884.
O.C., t. 8, pp. 440-445.



X
DOS MAESTROS EJEMPLARES

Bronson Alcott

Han muerto en estos días hombres famosos: William Corcoran, que ennobleció su ancianidad empleando en el bien público la fortuna en osadas empresas adquirida; el satírico David Locke, célebre bajo su seudónimo *Petroleum V. Nasby*, que contribuyó al triunfo de la guerra contra el Sur y a la benevolencia de los vencedores con las cartas críticas que eran el deleite de Lincoln, y en que el chiste descomunal fue hábil vehículo de las ideas justas, como el bufón, con sus cencerros y su gorro, era el vocero de la libertad opresa en las cortes antiguas; el botánico Asa Gray, que empezó la vida de curtidor y labriego y murió celebrado, dondequiera que hay ciencia, como el teniente mayor de Darwin y el que más ayudó a demostrar la doctrina envolvente de la vida en el reino de las plantas, donde, según él, en constante combate por existir, lo superior excluye a lo inferior, y lo predominante sobrevive.

Pero ninguno de ellos, con ser todos creadores de sí y dignos de veneración, vivió tan puramente como el viejecito soñador que se sentaba todas las mañanas tras los cristales de su sala célebre, aunque humilde, en el pueblo filosófico de Concord, a saludar con un gesto de la mano, semejante al de quien bendice, a cuantos pasaban por el camino. ¿Quién, ni el más duro mercader, no devolvía el saludo con ternura al idealista sin mancha, al amigo de los árboles, al que jamás puso carne en su mesa, al compañero de Thoreau el eremita y el augusto Emerson, a Amos Bronson Alcott?

Así como la poesía, de puro comprimida, estalla con más luz y música allí donde por no ser cualidad común se acendra con la soledad y la indignación en quien posee su estro terrible, así la vida ideal de este filósofo platónico, que salió a vender libros cuando mozo y volvió del viaje haciéndolos, llegó en su país áspero y atareado al reposo celestial y la albura de la nieve. Mientras más fuese lo brutal, más claro era su deber de no serlo. Para que lo blanco se pueda ver, ¡qué resplandezca! Si los hombres nutren con sus malas

prácticas lo que tienen de fieras, yo haré con las mías por nutrirle lo que tienen de palomas. Puesto que hay tanto hombre-boca, deb haber de vez en cuando un hombre-ala. El deber es feliz, aunque n lo parezca, y el cumplirlo puramente eleva el alma a un estad perenne de dulzura. El amor es el lazo de los hombres, el modo d enseñar y el centro del mundo. Lo que dijo Platón debe repetirs hasta que los hombres vivan conforme a su doctrina. Se debe ense ñar conversando, como Sócrates, de aldea en aldea, de campo e campo, de casa en casa. La inteligencia no es más que medio hom bre, y no lo mejor de él; ¿qué escuelas son estas donde sólo se educ la inteligencia? Siéntese el maestro mano a mano con el discípul y el hombre mano a mano con su semejante, y aprenda en los paseo por la campiña el alma de la botánica, que no difiere de la univer sal, y en sus plantas y animales caseros y en los fenómenos celes tes confirme la identidad de lo creado, y en este conocimiento, y e la dicha de la bondad, viva sin la brega pueril y los tormentos si sentido, pesados como el hierro y vanos como la espuma, a qu conduce aquel bestial estado del espíritu en que dominan la sensua lidad y la arrogancia. ¡No sabe de la delicia del mundo el que des conoce la realidad de la idea y la fruición espiritual que viene d constante ejercicio del amor!

Prefiere el alma del corazón a la de la mente, y a la de la región d los deseos; pero la hegemonía no ha de ser de un alma sola, sino d la relación saludable de estas tres. Del espíritu vienen dichas qu hacen innecesaria la muerte, porque contienen el desvanecimient de gozo y descanso lumíneo que a la muerte, más por esperanza qu por certidumbre, se supone; pero así como el juicio madura la sensi bilidad, y por el sentimiento conocido sube al deleite el ser human así ha de conocerse y observarse la ley del cuerpo, cuya armonía pr dispone a la espiritual, porque en lo corpóreo, como en lo del espír tu, la salud es indispensable a la belleza, y esta, en el hombre com en el mundo de que es suma, depende del equilibrio. Así predic Bronson Alcott, y así vivió. Su casa era un cenáculo; su familia u guirnalda; su existencia un lirio.

¿De dónde sino del trabajo y de la vida natural había de ven hombre tan puro? No nació en la ciudad, que extravía el juici sino en el campo, que lo ordena y acrisola. Su padre fue labrad El perro y el caballo fueron sus primeros amigos. Aró, sembr cosechó. Puso a los acordes y enseñanzas del mundo el oído q traía afinado de la Naturaleza; así que, cuando su padre, viénd lo inteligente, y locuaz, creyó –como los padres suelen– que deb

ejercitar en los engaños provechosos del comercio estas dotes benditas, él no comerció con su baúl de libros, que en un caballejo le pusieron para que les buscase comprador por las aldeas, sino que fue libro vivo a quien los campesinos oían con gozo y con asombro de que les hablase tan al corazón sobre la poesía de sus faenas y el modo de ser dichoso en el alma, aquel barbilampiño a quien de buena gana daban cama donde dormir, y pan y mantequilla.

El baúl de libros volvió poco menos que entero; y Bronson Alcott puso su primera escuela, y con ella el cimiento de su fama y de su renombre de innovador; porque si ahora castigan aquí corporalmente en las escuelas públicas, entonces era cosa de sacar la sangre de las posaderas y las manos, lo que indignó a Alcott tanto, que, por no imponer torturas a sus discípulos, ni la del libro les impuso, prefiriendo inculcarles, con un amor no exento de firmeza, la ciencia que él enseñaba conversando al niño en sus resultados y conjunto, que es como a la niñez agrada y aprovecha, no en el estudio largo y descosido de los meros modos de conocer, que ni acomodan a su impaciencia natural, ni le disciplinan con tanta suavidad y eficacia la mente, ni le revelan, con el ajuste y sentido de cuanto ve, la ley de su propia dicha y la del mundo.

Crecían a la vez su fama y sus censores. Da pena leer lo que sacerdotes, poetas y maestros escribieron –cuando Alcott fundó su célebre *Temple School* –en defensa del castigo corporal y la enseñanza rutinaria. Desenvuélvase, decía él hace treinta años, el hombre entero –el moral, el intelectual y el físico– por medios suaves que lo dispongan a la suavidad, que en vez de rebajarlo lo enaltezcan, que le revelen a la vez la ley universal y su destino, que o es un crimen de la Naturaleza, o es el amor. Edúquese en el hábito de la investigación, en el roce de los hombres y en el ejercicio constante de la palabra, a los ciudadanos de una república que vendrá a tierra cuando falten a sus hijos esas virtudes. Lo que estamos haciendo son abogados, y médicos, y clérigos, y comerciantes; pero ¿dónde están los hombres? ¡La misma cristiandad se va del mundo porque los ministros que viven de interpretarla transmiten su letra inerte y oscura, no el espíritu que revela la pequeñez de ellos, y la grandeza de la creación, cuyo conocimiento, con la fe que viene de él, es indispensable a la felicidad del hombre! "Tu sistema es justo", le dijo Emerson, que jamás temió abogar por la razón desamparada; "no te amedrenten los enemigos de la bondad; no abandones tu predicación un solo minuto."

La escuela tuvo que abandonarla; pero no su predicación, ni aquella finura de alma con que en el comercio diario de estas nobles ideas fue tomando su vida tal esplendor, tal fama su casa, magia tal su discurso, que de todas partes venían a oír al autor de los *Tablets*, que eran como los apotegmas de este nuevo platonismo; al que escribió ideas que parecen luces en aquel histórico *Dial*, donde la filosofía trascendental quedó más bella cuando él la dotó con sus "Versículos Orfeicos"; al filósofo ilustre entre los trascendentalistas, que quisieron conformar los accidentes del mundo a su esencia, el hombre al Universo y la vida a su fin. Iban a oírlo hablar, como sus discípulos a Sócrates, a quien se pareció en esto y en la lucidez con que explicaba la idea del mundo, pero no en la ironía, que en Alcott era más bien indignación, ni en Xantipa tampoco, porque le hicieron la vida gustosa en la pobreza una mujer que no le tuvo a mal su apostolado, sino que se lo entendió y estimuló, y un coro fiel de hijas. Hubo, al fin, que marcar días que eran por el verano casi siempre, para aquellas pláticas filosóficas, cuyo tema circulaba de antemano y desenvolvía Alcott más en monólogos que en diálogos, tan sublimes a veces, que un amigo le conoció a otro que venía de uno de ellos "por el resplandor del rostro". Se retiró a Concord como Plotino a su Campania, y como él, y no con mejor fortuna, quiso fundar en medio de los hombres un modelo de la vida ideal, en una casa de campo rodeada de poca tierra labrantía; pero ya para entonces no tenía enemigos, como tuvo el de Licópolis, ni deslució, como Plotino, con temas de escuela y verba sofística, le elevación y sencillez de aquella dichosa y como fúlgida doctrina. Con ella en los labios ha muerto. Fue mal hombre de negocios.

La Nación, Buenos Aires, 29 de abril de 1888.
O.C., t. 13, pp. 187-190.

Peter Cooper

Las banderas están a media asta, –y los corazones: Peter Cooper ha muerto. Este que deja es un pueblo de hijos. Yo no he nacido en esta tierra –ni él supo jamás de mí, –y yo lo amaba como a padre. Si lo hubiera hallado en mi camino, le hubiera besado la mano. Y cuando se abran en sus tallos frescos, al aire y a la luz de mayo, las flores aromosas de la primavera, – ¡no estas que crecen bajo cristales, –flores pálidas y enfermas de invierno! –cogeré en algún campo vecino un ramo de flores silvestres, y las dejaré a la puerta de la tumba donde, cual manto de ángel caído a tierra al emprender el vuelo el dueño alado, yace el cuerpo del anciano amoroso. –Y murió, y los que le conocían bien, con aplauso de toda la ciudad, le pusieron un lirio sobre el pecho: así fue a la tumba: ¡oh pecho maravilloso aquel en que, tras noventa y tres años de vida en la tierra, se abre un lirio! –La vida es ahora como la batalla de un mancebo vestido de túnica blanca, que con las manos febriles debátese en medio de la noche porque no manchen con sus mordidas su alba túnica ejércitos de fieras rastreras, y satánicas, que le asaltasen por todos los recodos del camino, arrastrando los vientres pesados; iluminando, con la llamarada siniestra de los ojos, sus rostros humanos; destilando los dientes azuzados –famélicos de túnicas– licor fangoso. Póstrase la tierra con justicia a ver morir a un hombre que ha sacado la túnica inmaculada de su paso por el ejército de fieras.

Amó, fundó, consoló. Practicó el Evangelio humano. Puso paz en los corazones rencorosos, pan en las manos tendidas, alimento en las inteligencias avarientas, dignidad en la vida, ventura en sí, y gloria en su pueblo. Deja un colegio donde aprenden dos mil artesanos, donde leen, –con lo que se apaciguan, –millares de hombres; ¡pues no hay altar en catedral alguna que levante a su santo más alto que a Peter Cooper levanta este colegio! Durante su vida cavó la tierra, desmontó bosques, zurció telas, inventó máquinas

de cortarlas, máquinas para hacer tranquilo el sueño de los niños, para vaciar las minas, para navegar los canales, para enfrenar el vapor, antes de él rebelde, como colérico de verse preso. La tierra, como próvida madre, le abría su seno. Hirvió metales, que es ejercicio que da singular fuerza: parece que en las hornallas bullen mundos nuevos: el resplandor de estos hornos da a los hombres aspecto de dioses.

Vivió serenamente, porque vivió sin pecado. Su esposa no fue para él, como otras esposas, amazona impía que lleva mal al caballo de la brida –sino ala. –Era tan tierno que parecía débil; pero tenía esa magnífica energía de los hombres tiernos. Lloraba de oír a un niño; pero echaba a andar por las selvas la primera locomotora que cruzó con éxito tierras de América; y de hacer, con su arte de sombrerero, un gorro a una anciana vecina, se levantaba para dibujar con mano firme una máquina de avasallar y utilizar el poder de las mareas.

Fue cincuenta y dos veces, y no más, a la escuela. Y cada año, de la escuela que él fundó, salen centenares de hombres y mujeres, preparados de arte y de ciencia, como de escudos, para la batalla de la vida. Sus padres fueron míseros. A los cinco años, Peter Cooper ayudaba a su padre a vender cerveza. A los 10, ya hacía sombreros; a los 15, cuando quería zapatos, se hacía con sus propias manos la horma, y el zapato luego; a poco hacía coches, y ahorros, que daba a su padre en penuria. Con la guerra inglesa, se ve la nación pobre de vestidos, y de máquinas de cortarlos, y él las fabrica –¡el pobre cervecerillo! Con lo que le dan las máquinas, y a pesar de cuanto él da, porque vivía de darse, –viene a Nueva York a vender especias, –frente a donde hoy, con su generoso Instituto, rescata almas; y edifica; compra fábricas; inventa sustancias de comercio; seca pantanos, vacía arenales, rompe montes, sustenta a miles de hombres, descubre cuanto ha menester, doma cuanto le sale al paso, levanta colosales fábricas de hierro, abandona cuanto inventa a que otros lo gocen, da a sus hijos sus bienes, y se crea otros, crece como los mares. –¡Y siempre tiene tendidas las manos patriarcales y serenas sobre las cabezas atormentadas de los hombres!

Para Peter Cooper, no era un mérito hacer el bien, sino un crimen dejar de hacerlo. Hubiera temblado de espanto, como si sobre él fuera a descargarse mano tremenda y monstruosa, el día en que no hubiese hecho una buena acción. Creía que la vida humana es un sacerdocio, y el bienestar egoísta una apostasía. No se encaró a Dios, airado de sentirlo y de no verlo, ni volvió el puño al cielo des-

deñoso; sino que vivió mansamente, como quien entrevé deleites sumos: y fue venturoso, porque conoció el objeto de la vida. Sólo una llave abre las puertas de la felicidad: Amor. No sufre quien ama, aun cuando sufre, porque del alma a quien devora el amor a los hombres, surgen como de una copa de incienso que se quema, aromas embriagadores. Él vio que el mayor goce viene de hacer bien, y la mayor tortura de no poder hacerlo, que el dolor puro nutre, pero que el impuro o mezquino, cual la mayor suma de los dolores humanos, azota el alma, como los manojos de alambres erizados, –los ijares de los caballos enloquecidos en las carreras bárbaras del carnaval de Roma.

Y él vio que quien se encierra en sí, vive con leones: y quien se saca de sí, y se da a los otros, vive entre palomas. Y si le hincan los malvados el diente colérico, él no siente dolor de ser mordido, sino de que haya aún un diente que muerda. Y apoyará la mano en la frente del mordedor, y le mirará en los ojos de tan tierna manera, que el mordedor vencido sacará al cabo los dientes de la herida.

En suma, Peter Cooper vivió seguro de una existencia posterior, cuyos albores le inundaban ya de luz. Jamás placer alguno de la tierra, ni música de orquesta alguna, le pareció comparable a aquella música y gozos de su espíritu. "¿Por qué me dais este título de Doctor en Leyes?" dijo una vez al canciller que le traía las letras latinas en el honroso pergamino con que la universidad premiaba a aquel que tan alto grado tuvo en la Universidad de la Naturaleza. "Si me lo dais porque he predicado el modo de ser venturoso, que es ser bueno; porque pruebo con mi larga vida que dar fuerzas a los demás robustece las propias; porque voy enseñando con mis canas limpias y mis mejillas aún rosadas, que quien se alimenta de ideas jóvenes, vive siempre joven; porque propago que la ciencia no es caperuza de dómine, ni misterio de iniciados, ni privilegio de los aristócratas de la mente, sino el medio único que tiene el hombre de explicarse las leyes de la vida; –dadme acá vuestro generoso pergamino, por más que no sea yo caballero de escuela, y todo ese latín esté para mí en griego." ¡Y ya tenía quien así hablaba noventa años!

Nunca fue fuerte de cuerpo, lo cual no precisa, siéndolo de alma. Jamás se detuvo en un intento, sino hasta hallarlo, y acudir a otro. A cada maravilla de fuerza en la Naturaleza, oponía otra maravilla de fuerza mental. Su mano, como el sol los huevos de los peces, calentaba invenciones. Aquello sobre que él ponía mano, salía mejorado. En sus años de pan duro y mesa de pino, como que su mujer

atendía al guiso, él había de mecer mientras tanto en la cuna al pequeñuelo; y se saca de la mente fértil una maquinilla que a la par mecía la cuna, espantaba las moscas, y ponía en son una caja de música. Le hacen comprar un gran trozo de costa, en que todos ven ruina; pero él lo fecunda. Llevaría bien un ferrocarril los minerales del terreno, pero están aquellas regiones selvosas muy llenas de vueltas –y las máquinas de entonces, cual cocodrilos de hierro, vuelven mal las curvas; él se entra por las paredes de la máquina, rehace sus entrañas, crea la caldera tubular, y echa a andar por América la primera locomotora. El pueblo paga muy caro, como que le vienen en ferrocarril, los frutos que podría comprar a menor precio si le vinieran por canales; más los caballos tiran muy lentamente desde las orillas las balsas que traen los frutos canal arriba: él imagina un sistema ciclópeo de cadenas, que corren por las orillas del canal, y hacen andar a las embarcaciones una milla en seis minutos. De una mina muy alta necesita llevar, por riscosa pendiente, el mineral a lejano depósito: ni se sabe cómo irán los baldes cargados del mineral, ni cómo volverán los vacíos; –mas él crea un aparato circular, que tira por sobre la pendiente, y mide tres millas: llena en la mina los baldes, que por su propio peso ruedan sobre el aparato monte abajo, a la par que, empujados por los que nuevamente despiden llenos de la cima, los ya vacíos ligeros vuelven de rechazo cuesta arriba. Oye que Turquía sofoca y tiñe de sangre a Grecia: ¿qué tiene el alarde de independencia de los pueblos que trueca en apóstoles a los mismos malvados, y en leones devastadores a las palomas? Peter Cooper se sienta a maquinar un aparato de destruir, un torpedo, que se guiará desde la orilla, por muy luengos alambres, como por las riendas un caballo, y de un choque hará trizas un barco mahometano. Piensa que fuera bueno –porque no extinga el fuego de las maderas el ara donde ha de estar encendido el del espíritu –fabricar a prueba de fuego el Instituto de Artes y Ciencias y gasta $75 000 en maquinaria preparatoria para producir vigas de hierro. Y las produce. Se mira a veces como un Satán del bien. Cuando vence a una fuerza maligna de la Naturaleza, se le esparce por los anchos labios sonrisa llena de malicia angélica. Gusta de encerrarse a solas entre retortas y sopletes. No busca el oro, pues que lo tiene en sí; sino el medio de arrebatar un secreto a la Naturaleza, después de lo cual ríe alegremente, como jugador satisfecho que ha ganado una difícil partida, o niño que halla al cabo el juego que le tenía escondido su madre. Busca el modo de producir a poco costo sustancias caras, para que el pobre goce

de ellas, que es su amigo. Está siempre sentado entre sus trabajadores, preguntándoles si quieren más salario, o si la labor les fatiga mucho, o qué quieren que él haga para que ellos sufran menos, mas en su torno nadie sufre. Cuanto su genio le produce, su mano lo vierte sobre la almohada de los infortunados. Cada centavo que ganaba le parecía un deber darlo. Se veía como el administrador de su riqueza, y no como su dueño. A cada buena ventura en los negocios, añadía a su instituto una buena sala. Millones le traía su industria, millones devolvía su caridad. Y calladamente, y sin que nunca permitiera premio fastuoso, ni formal reconocimiento, ni alabanza pública. Él está a la cabeza de toda grande empresa por él se mejora el telégrafo, por él, que al ver el cable una y otra vez roto no desmaya y anticipa cuantiosísima suma, se tiende al fin el cable. Él está en sus asuntos privados y en su escuela, que vela todos los días, y en los asuntos públicos. No le preguntéis si tiene hijos, que os dirá que lo son todos los trabajadores. Él lleva sus llagas en el pecho, él ruega a los acaudalados que sean piadosos, él pide a los descontentos que sean pacientes, y se les da en muestra y les enseña todos los tesoros, que como cintas mágicas de sombrero de prestidigitador, han surgido de aquel pobre gorrillo que cosió en sus mocedades para la anciana vecina. Él no cree en la eficacia de la ira, sino en la de la ciencia. Él predica que la ignorancia llega a veces a hacer aborrecible la justicia. Él les anuncia que no hay pujanza que resista a la inteligencia humana cultivada. De la armonía de todas las leyes conocidas, y de la imperfección y brutal rudeza de la actual vida humana, infiérese que el hombre no vislumbra todavía las reglas suaves y amplias de la vida, y que la tierra guarda con exceso bienes holgados con que aquietar los deseos de todos los que la habitan. Estudiar las fuerzas de la Naturaleza, y aprender a manejarlas, es la manera más derecha de resolver los problemas sociales. El comercio intelectual ennoblece. El hombre ignorante no ha empezado a ser hombre. El hombre lleva todas sus espadas y todas sus lanzas en la frente.

Pero a Peter Cooper no bastaba aliviar, sino redimir. La beneficencia es un narcótico: mas no efectiva medicina. Seca las lágrimas en el rostro; pero no seca la fuente de las lágrimas. Y Peter Cooper, que había comenzado con los pies descalzos la jornada lacrimosa, quiso fortalecer los pies de los hombres para la jornada. ¿De qué vale aprender en las escuelas palabras cuyo sentido no se entiende, números cuyas combinaciones caprichosas huelgan en la mente cual en caja de médico dislocados y fríos huesos, y estos o aquellos

límites geográficos, que una ala de la memoria trae al cerebro, y otra ala se lleva? ¡Pues sacad a los desventurados de esas urnas de vida –que tales debieran ser las escuelas, –y ved si con esas adargas y con esos escudos puede librar bien la batalla! Viven los hombres de mero azar, y de la bondad de otros, y de crearse por sí laboriosamente en la época mayor, lo que en la menor, de preparación, debieran haber aprendido sin labor alguna. Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para la vida. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.

Así Peter Cooper, que anheló aprender y no tuvo dónde –imaginó, cuando ya le iban contados los sesenta y cuatro años de su hermosa vida, –abrir casa de industrias, artes y ciencias, a los que han de vivir de la labor que las requiere. ¿No enseñaréis a cabalgar al que ha de ser jinete del desierto? ¡Pues enseñad la Tierra, la Tierra viva, múltiple y palpitante, al que ha de vivir en ella y de ella! Alzáronse los arcos solemnes; tendiéronse los pavimentos espaciosos; pobláronse de millares de libros los anaqueles; sentáronse eminentes maestros en las cátedras; abriéronse de par en par las puertas; y entráronse por ellas, como por aguas de río de redención, los trabajadores incultos: ¡allá van unos, a la cátedra de Química! ¡Allá van otros, a la de Grabado en madera, a la de Fotografía, a la de Dibujo práctico e industrial, a la de Mecánica! ¡Juntos vienen en la bulliciosa muchedumbre hombres y mujeres, que en la noble casa aprenden artes de vida, y toman de ellas grado a fin de año; y salen –puesta la mano en las riendas de la Fortuna, –a servir en el empleo que la casa misma a veces proporciona! Entrad: ¡qué silencio! Dos mil hombres leen. Seguid ¡qué hermosura! Trescientas jóvenes estudian. Y mirad por estos vastos corredores, y magníficas salas: hierven grupos que esperan a los maestros del Instituto que vendrán a explicarles cómo se manejan tales instrumentos, o dirigen tales aparatos, o se mueven las fuerzas sociales, o se almacena y radifica la electricidad, o como Peter Cooper quiere que se diga que la única religión digna de los hombres es aquella que no excluye a hombre alguno de su seno.

¡Y ya ha muerto! ¡ya ha muerto! Ya no vendrá, como tenía de uso, cada sábado, apoyado en el brazo de su hija, a visitar a su Instituto amado. Ya no verán sus ojos aquella juvenil muchedumbre agradecida, que le aguardaba al pie de las escaleras, y lo ataja-

ba por las calles, y llenaba los vientos de sus hurras, y ondeaba frenéticamente en su aplauso los sombreros. Ya no se apartarán para dejar pasar su coche, y saludarlo con respeto, las gentes recias y poco ceremoniosas que guían carruajes y carros de carga. Ya no le esperarán seguros de la dádiva, como lo esperaban cada día y se colgaban a la portezuela de su coche, racimos de pobres. ¡Ya no bajará en día pleno, de su carruaje viejo y agrietado, y ayudará a su cochero con sus manos de noventa y tres años, que han amasado millones, a coser con una aguja de palo y un cordel una correa rota, ni desde el estribo de su carruaje hablará ya más, como aquel día, a la multitud que se ha congregado conmovida para verlo, y que a altísimas y prolongadas voces aclama a su sencillo bienhechor!

La ciudad entera ha ido tras su féretro. Alrededor de la iglesia en que yacía, apiñábase, bajo la lluvia, muchedumbre tan grande que parecía como si quisiese llevarse sobre sus hombros a la iglesia. En seis horas, vieron al anciano muerto 15,000 neoyorquinos.

El templo era un cesto de flores, las calles una alfombra de cabezas descubiertas. Senado, Cámaras, Municipios, Cuerpos de Comercio, todos han anunciado su luto, lo han proclamado padre de la nación, y llevan cinta negra al brazo.

En las casas, al oír su nombre pónense de pie hombres y mujeres y niños, –y sirvientes. Y en las ventanas al ver pasar su féretro, –por delicado y nunca visto homenaje, –¡se quitaban sus sombreros de colores y de plumas las mujeres!

La Nación, Buenos Aires, 3 de junio de 1883.
O.C., t. 13, pp. 48-54.

XI
TEMAS VARIOS

Lenguas vivas y lenguas muertas

Famosa es la Nueva Inglaterra por sus colegios, y sus costumbres, y su gente sabia. Con cofia y espejuelos representan los satíricos a Massachusetts todavía, como para indicar que el estado histórico de Bunker Hill y de Concord vive aún apasionado de lo viejo. Pero es lo cierto que por esa natural y sencilla arrogancia que da la superioridad legítima de la inteligencia, y por el mejoramiento que viene al espíritu de su roce con ideas y gentes que gustan de ellas, –distínguese de los demás habitantes de la nación, sin gran dificultad, a un bostoniano. –De Massachusetts fue Motley, el historiador profundo y pintoresco, cuyas inolvidables obras debieran enriquecer toda buena librería; de Massachusetts, –Emerson, un Dante amoroso, que vivió sobre la tierra, más que en ella, –por lo que la vio con toda holgura y certidumbre, y escribió *Biblia* humana. De Massachusetts, –Longfellow, el poeta melodioso, y sereno, que forjó en nueva fragua el inglés duro –y lo sacó de ella redondeado y sonante, a que dijese en nítidas estrofas pensamientos sentidos, melancólicos y tersos. De Massachusetts, –Ripley el crítico; Dana el periodista; Lowell el poeta de la lengua yanqui, que ahora está de embajador en Inglaterra, donde lo han elegido por desusada muestra de cariño, Rector del Colegio de San Andrés. De Massachusetts son, como de raza acrisolada, en que la facultad de meditar ha venido acendrándose y aquilatándose, los mejores "divinos" como aquí llaman a los sacerdotes, casta atendible en esta tierra, por lo culta, generosa y útil; –los novelistas sagaces y delicados, como Howell, cuya fama empieza; los rimadores atildados, que no poetas, porque aunque Whittier, el cuáquero, y Holmes, rey del álbum, y Lowell, el embajador viven –no hay ahora en los Estados Unidos más poeta, desde que el pobre Sidney Lanier es muerto, que Walt Whitman, un rebelde admirable, que quiebra una rama de los bosques, y en ella halla poesía –más que en rugosos libros y doradas cadenas de academia. De una academia es miembro Walt Whitman: su presidente se sienta en el cielo.

Y como por Boston viven los maestros, y de siglos atrás vienen viviendo allí, allí están las más notables Universidades, que aquí llaman colegios; allí Harvard y Yale, que son el Oxford y el Cambridge de los Estados Unidos; allí, en tanto número como esas bandadas de pajarillos negros que picotean alegres y se bañan en la nieve, abundan, bajo sesudos directores, los colegios buenos, –hogares hasta ahora, por desdicha como los de todas partes de la tierra, de la mente clásica. Pues ¿enseñar a los hombres que han de vivir en estos tiempos, –lenguas, sentimientos, pasiones, deberes, preocupaciones, cultos de otros y nutrirlos de madrigales y epopeyas idas y de melindres cortesanos –son torpeza y delito menores que sacar a batallar con escudo de cuero retorcido, y casco ponderoso y parte sana, a soldados que han de combatir con otros precedidos de máquinas rugientes, armados del rifle-cartuchera, –con su depósito de tiros colgando del gatillo, que están sacando ahora a la venta, –o del sable afilado de Solingen?

Este mes se han reunido los directores de todos los colegios de Massachusetts, a ver si –como Charles Francis Adams quiere –se enseña menos griego y latín en los colegios; o si –como mantienen el director de la vieja escuela de Amherst, buena en lenguas, y el de la de Darmouth –ha de reconocerse que para vivir la existencia arrebatada, lujosa y directamente individual de estos tiempos, son lo más necesario el Griego y el Latín. Directamente individual decimos, y no vida de castas como antes: cuando había reyes favorecedores, con ser hongo de antesala y saludador del favorito, ya se hacía carrera; o como se andaba siempre en guerra, con irse a la milicia se entraba en vía de ganancia y de honores; o con hacerse fraile, porque del fraile cuidaba la Iglesia. –Pero hoy, desvanecidos en unas partes y mal puestos en otras, estos viejos poderes, el hombre no puede arrimarse a su sombra, y como la parásita del muro, vivir de ella. El hombre tiene que sacar de sí los medios de vida. La educación, pues, no es más que esto: la habilitación de los hombres para obtener con desahogo y honradez los medios de vida indispensables en el tiempo en que existen, sin rebajar por eso las aspiraciones delicadas, superiores y espirituales de la mejor parte del ser humano.

Esta cuestión del Griego y el Latín está siendo ahora muy tratada. Se gira en torno de ella, y en ella se concretan los diversos sistemas de enseñanza. Más: se concretan dos épocas, –la que muere y la que alborea. La educación ornamental y florida que bastaba en los siglos de definidas aristocracias a hombres a cuya existencia

proveía la organización injusta e imperfecta de las naciones; la educación literaria y metafísica, último mampuesto de los que creen en la necesidad de levantar, con una clase impenetrable y ultrailustrada, una valla a las nuevas corrientes impetuosas de la humanidad, que por todas partes acometen y triunfan; la educación antigua, de poemas griegos y libros latinos, e historias de Livio y Suetonio, –libra ahora sus últimos combates contra la educación que asoma y se impone, hija legítima de la impaciencia de los hombres, libres ya para aprender y obrar, que necesitan saber cómo está hecha, y se mueve y transforma, la tierra que han de mejorar y de la que han de extraer con sus propias manos los medios del bien universal y del mantenimiento propio.

Revista quisiéramos tener para tratar esto con la amplitud y variedad de modos que las revistas permiten, y el asunto requiere. Pero tenemos que pasar apuntando.

Unos mantienen que el griego y el latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el griego ni el latín han saboreado; ni aquellos capítulos de Homero que parecen primera selva de la tierra, de monstruosos troncos; ni las perfumosas y discretas epístolas del amigo de Mecenas; los que dicen esto. Pero este es saber de gala y regocijo de la mente dada a letras, y nacida para ellas; este es cierto saber aristocrático y de desocupados, que al que viene predispuesto a adquirirlo, le irá inevitablemente porque deseará tenerlo; y al que no tenga natural afición a él, no le quedará impreso, porque se lo quitarán de la memoria, donde está de mal grado, las tumultuosas aficiones modernas.

El problema es este: ¿Debe emplearse la mayor y más útil parte de la época de colegio en el aprendizaje de dos lenguas que sólo influyen, cuando más influyen, en fijar las raíces de la lengua?

¿El conocimiento del lenguaje es la principal necesidad del hombre moderno?

¿Debe educarse a los hombres en contra de sus necesidades, o para que puedan satisfacerlas?

Como gimnasia y disciplina de la mente, ¿el orden admirable y nunca contradictorio de la naturaleza no será más benéfico a la mente que el caprichoso del hipérbaton latino, o el contraste de los varios dialectos griegos?

Si la gota de esencia, si el jugo, si el remanente científico, si la utilidad definitiva del estudio de las lenguas latina y griega, viene a ser –descartado lo de la gimnasia mental por serle preferible en esto las más adecuadas ciencias físicas –el conocimiento verdadero e

innegablemente útil de las radicales de la lengua, y los cauces por donde esta anda, y los ejes sobre que gira ¿por qué no dar en breve, en compendio, en espiga, en fruto, estos conocimientos ya claros y adquiridos, y hacer perder a cada alumno preciosísimo tiempo en adquirir directamente fárragos y laberintos de inútiles reglas que no han de llevarle más que a averiguar lo que ya está sabido? ¡Vale tanto semejante sistema como tener a mano una cesta de albaricoques maduros, y dejarlos sin comer a un lado, esperando a que el árbol que se acaba de sembrar dé albaricoques!

Uvas hay en un racimo: no más que argumentos contra este predominio de un estudio de resultados mínimos en el sistema de enseñanza de una época que requiere resultados máximos y esencialmente diversos de los mínimos que da el estudio que ahora predomina.

La educación tiene un deber ineludible para con el hombre, –no cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo –sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana. Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época; para lo cual no le sirven el latín y el griego.

Por eso se han reunido en congreso, a ver cómo los van reduciendo en sus programas, los directores de los colegios más importantes de los Estados Unidos.

"Reforma esencial en el programa de las universidades americanas", en *La América*, Nueva York, enero de 1884.
O.C., t. 8, pp. 427-430.

La escuela de sordomudos

Las sombras tienen sus poemas, el espíritu sus conmociones, y la compasión sus lágrimas. Todo esto se siente, y muchas cosas se aman, ante esos seres abrasados por su propia luz, sin sentidos con que trasmitirla, ni aptitudes para recibir el calor vivificante de la ajena. Nacidos como cadáveres, el amor los transforma, porque la enseñanza a los sordomudos es una sublime profesión de amor. Se abusa de esta palabra sublime; pero toda ternura es sublimidad, y el sordomudo enseñado es la obra tenaz de lo tierno. La paciencia exquisita, el ingenio excitado, la palabra suprimida, elocuente el gesto, vencido el error de la naturaleza, y vencedor sobre la materia torpe el espíritu benévolo, por la obra de la calma y de la bondad.

El profesor se convierte en la madre: la lección ha de ser una caricia, todo niño lleva en sí un hombre dormido; pero los sordomudos están encerrados en una triple cárcel perpetua. Inevitablemente las lágrimas se agolpaban a los ojos en el examen de sordomudos de antier.

Hay en la escuela un niño, Labastida, de cabellos negros y brillantes, con los ojos vivaces de candor, la frente espaciosa, la boca sonriente, la expresión dócil y franca. Escribía con notable rapidez definiciones de ciencias; llenaba su pizarra velozmente; pedía más que hacer cuando los demás no habían concluido todavía.

Labastida tiene doce años, y como la luz de su alma está comprimida, lleva toda la luz en su rostro, y su cara infantil es hermosa, animada y brillante. Seduce ese niño: invita a abrazarlo.

A su lado trabajaba Ponciano Arriaga, hijo del hombre ilustre que incrustó principios de oro en la hermosa Constitución mexicana. Arriaga cumplirá pronto dieciocho años. Tiene todos los conocimientos de la instrucción primaria; expresa fácilmente los pensamientos que concibe; estudia botánica bajo la hábil dirección del Mr. Huet; resuelve problemas complicados de aritmética superior; dibu-

ja con pureza de contornos, y con delicadeza y morbidez de sombras. Tiene la frente espaciosa, y como que desciende en ademán pensativo sobre sus ojos pequeños y animados: su nariz aguileña y sus labios finos revelan una distinción natural. Dicen que Arriaga tiene una extraordinaria facilidad de comprensión; y en verdad, aquella frente parece hecha para soportar graves pensamientos.

Otro niño resuelve al lado de éstos, problemas de aritmética, con rapidez que aun en niños dotados de todos sus sentidos llamaría la atención. Es Luis Gutiérrez el alumno más aventajado en cálculo. Su frente voluminosa se levanta en curva desde sus ojos investigadores y severos hasta su cabello abundante y rizado. Es un niño grave, en que se presiente al hombre.

Sin quererlo, somos injustos. Habrá otros alumnos que merezcan especial mención: en el examen del domingo sólo alcanzamos a ver a estos.

En aquellos instantes, el segundo aspirante, Dámaso López, les hacía preguntas por medio del sistema dactilológico: uno de los tres que emplean en la escuela para la enseñanza. El sistema más rápido es el mímico; el más difícil, el gramatical; el más sólido, el dactilológico. Los alumnos escribían inmediatamente en sus pizarras la pregunta que se les hacía y su respuesta. No faltaba un acento, un signo ortográfico, una partícula. Entienden el valor de todas las palabras; tienen nociones elementales y claras de Geografía, de Historia, de Historia Natural, de Aritmética y Gramática.

Escribía el profesor un problema: todos los alumnos lo escribían al mismo tiempo. Labastida hacía números con una rapidez extraordinaria, y Ponciano Arriaga explicaba en tanto la clasificación y nominación de las flores.

Y en el fondo del salón, veíase a las niñas que se habían examinado el día anterior. Mayor es la desdicha de estos seres, dotados de una belleza inútil, y de tesoros de candor que el amor humano no tendrá el valor de aprovechar. Seres de desventuras son en todo las mujeres, pocas veces felices, y capaces siempre de hacer la felicidad de los demás. Estas niñas son luces perpetuamente encendidas en lámparas perpetuamente cerradas, que ninguna mano piadosa se acercará nunca a abrir. Tendrán la compasión, que se sufre; pero no tendrán el amor, que vigoriza, enciende y fecunda.

Los boletines de periódicos no quieren esta clase de reflexiones, que son, más que pensamientos, penas. Aquel espectáculo es triste, y sin embargo, se sale de él con un extraño regocijo: es que se acaba de asistir a una redención. La creación produce al hombre, pero el

hombre va siendo fuerte contra su madre la creación. Estos vivos nacen muertos, y la enseñanza los revela a la vida, y fructifica en ellos la obra de la paciencia y la bondad.

Nos decían allí que los sordomudos cultivan una huerta y un jardín: nueva fraternidad que hace pensar. Todo hombre está sujeto a la tierra con terribles raíces; somos arbustos que arrastramos nuestras raíces por la tierra: los sordomudos, más sujetos que nosotros, aman mucho a las flores, tan arraigadas y esclavas como ellos.

Hay un profesor en esta escuela, joven y lleno de abnegación. Todos allí son buenos y merecedores de respeto, pero el primer aspirante, Luis Jiménez, merece mención especial. Tiene el hábito de la benevolencia; ama a los que enseña; se complace hablando de ellos. Antes lo hemos dicho: más que la enseñanza, en esta escuela ha de profesarse el amor.

La escuela está bien atendida: Mr. Huet la dirige bien. Tienen su huerta, y su clase de dibujo; ejercitan su cuerpo en el gimnasio; los alumnos están robustos, y parecen contentos. La naturaleza sola no es nuestra madre: ¿quién quiere tener una madre injusta, criminal, torpe y loca? ¡Benditas sean las manos que rectifican estas equivocaciones, y endulzan estos errores sombríos de la ciega madre creación!

Revista Universal, México, noviembre 30 de 1875.
O.C., t. 6, pp. 256-353.

Clases orales



¿Quién ha de creer que todas estas extemporáneas reflexiones, tenían por objeto expresar la opinión humilde de que, más que lecturas reposadas y severas, convienen la vitalidad e interés de las clases orales, lecciones habladas, en las que las fluctuaciones del discurso permiten variedad mayor a la materia que se explica, y las interpelaciones, las adiciones momentáneas, los recuerdos de ocasión, el lenguaje natural y propio añadirían tanto agrado a las áridas cuestiones que en las clases del Colegio de Abogados se deben tratar?

No fuera quizás desacertado por parte del Colegio reflexionar un tanto sobre esta opinión humilde. La variedad debe ser una ley en la enseñanza de materias áridas. La atención se cansa de fijarse durante largo tiempo en una materia misma, y el oído gusta de que distintos tonos de voz lo sorprendan y lo cautiven en el curso de la peroración. La manera de decir realza el valor de lo que se dice: –tanto, que algunas veces suple a esto.

Una lectura no sujeta, antes distrae la atención: la naturaleza humana y sobre todo, las naturalezas americanas, necesitan de que lo que se presente a su razón tenga algún carácter imaginativo; gustan de una locución vivaz y accidentada; han menester que cierta forma brillante envuelva lo que es en su esencia árido y grave. No es que las inteligencias americanas rechacen la profundidad; es que necesitan ir por un camino brillante hacia ella.

Pudiera decirse que se pretende dar con las lecturas cierto carácter respetable a las clases orales. Las clases no lo necesitan. –Los conocimientos se fijan más, en tanto se les da una forma más amena.

No tienen ciertamente las personas encargadas de las lecciones del Colegio, nada que temer en cuanto al éxito que allí pudiera tener su palabra. Son todos ellos jurisconsultos distinguidos, apreciados en su valer, y en su mayor parte amados por la juventud que ha de

asistir a las clases. Con placer se nota en México que la juventud se da prisa y pone empeño en ensalzar y hacer visibles las prendas de los que juzgan sus maestros, y de quienes calurosa y entusiastamente hablan.

Viven las clases de la animación y el incidente. Necesita a veces la atención cansada un recurso accidental que la sacuda y la reanime. Grábanse mejor en la inteligencia los conceptos que se expresan en la forma diaria y natural, que los que se presentan envueltos en la forma diluida, siempre severa y naturalmente detallada, de las peroraciones escritas. El que escribe lo que ha de leer, sabe que escribe lo que, por el hecho de no ser improvisación, ha de someterse a juicio: quiere, por tanto, que el juicio no halle nada censurable en él.

No debe ser éste el carácter de una lección.

Frecuente es en las tierras americanas el don de la palabra, y antes es aquí difícil hallar quien la tenga penosa: la exuberancia de estos pueblos vírgenes, se manifiesta poderosamente en todas las formas. Es a más cosa cierta que no se habla mal de aquello que se conoce bien. Conocida es la aptitud de los que han sido elegidos para hacer práctica la bella idea del Colegio de Abogados: sábese de público, que honran todos el foro mexicano, y algunos de ellos a la par el foro y la elocuencia: la condición está, pues, cumplida; y la palabra sobre materia conocida debe ser, sin duda alguna, a la par que sólida e instructiva, galana y fácil.

Y así se abriría campo a la elocuencia y al estímulo: así se identificaría más el que explica con los que le oyen: así, en la enseñanza del derecho, tendría el catedrático aptitud para espaciar su memoria en toda clase de alusiones y recuerdos, que crean en las clases una doble atmósfera de ciencia y de respeto, para siempre ligados en la memoria con las del que avivó y acarició ambas fuerzas en nuestra inteligencia y en nuestro corazón. Es más la cátedra que una tribuna de peroraciones: es una fusión sencilla, un mutuo afecto dulce, una íntima comunicación muy provechosa, una identificación fructífera entre la inteligencia cultivada y las que se abren a la esperanza, a las vías anchas, a los preceptos luminosos, al crecimiento y al cultivo, –unión bella de afectos, nunca olvidada cuando se ha gozado, nunca bien sentida cuando se ha perdido ya.

Es la clase época plácida en la vida. –abre ahora el Colegio de Abogados utilísima senda, en que el provecho pudiera ser mayor si la forma de la enseñanza aprovechable fuera seductora y amena.

No es, pues, desacertado, creer que los discursos pronunciados darían brillantez, existencia agradable, atractivo nuevo a la lección

del Colegio; formas, en fin, y respuesta naturales a la vivaz y animada inteligencia mexicana. Tienen de esto deseo los que oyen: sobra de aptitud para ello los que lo habrían de hacer: garantía mayor de éxito el pensamiento de la laboriosa corporación. ¿Merecería la atención de los profesores del Colegio esta humilde opinión? Nada hay, de seguro, útil para su cometido que ellos no estudien ni piensen; la excitación será tal vez irrealizable o inoportuna, pero es, aun siendo esto, hija del simpático afecto que el propósito del Colegio de Abogados despierta y merece.

De *Revista Universal*, México, 18 de junio de 1875.
O.C., t. 6, pp. 234-236.

Educación física

En estos tiempos de ansiedad de espíritu, urge fortalecer el cuerpo que ha de mantenerlo. En las ciudades, sobre todo, donde el aire es pesado y miasmático; el trabajo, excesivo; el placer, violento; y las causas de fatiga grandes, –se necesita asegurar a los órganos del cuerpo, que todas esas causas empobrecen y lastiman, habitación holgada en un sistema muscular bien desenvuelto, nivelar el ejercicio de todas las facultades para que no ponga en riesgo la vida el ejercicio excesivo de una sola, y templar con un sistema saludable de circulación de la sangre, y con la distribución de la fuerza en el empleo de todos los órganos del cuerpo, el peligro de que toda ella se acumule, con el mucho pensar, en el cerebro, y con el mucho sentir en el corazón, –y den la muerte. A los niños, sobre todo, es preciso robustecer el cuerpo a medida que se les robustece el espíritu. Hoy las pasiones se despiertan temprano, los deseos nacen desde que se echan los ojos sobre la tierra, y saben todos tanto que es fuerza aprender pronto mucho, por arte de maravilla, para no quedar oscurecido en la pasmosa concurrencia, y revuelto en el polvo en el magnífico certamen. Estas consecuencias de la vida moderna hacen urgente ese esparcimiento de la fuerza, aglomerada en llama en el cerebro desde los primeros años de la vida, y la preparación oportuna y previa del edificio que ha de sustentar tal pesadumbre –del cuerpo que ha de ser teatro de tales batallas del espíritu.

En esta misma plana publicamos hoy grabados diversos de un gimnasio doméstico, que ha de ser mirado, más que como artículo de comercio, como una buena obra. Y en La Habana, en casa de los agentes de La Agencia Americana, señores Amat y Laguardia, puede verse.

No tiene término la enumeración de sus bondades. Es útil, y es artístico, que es otra manera de ser útil. Hay en el ser humano deseos vehementes de gracia y armonía, y así como se lastima y queda herido de no verlas realizadas, así se alegra y queda fuerte,

cada vez que las halla. El color del aparato es blanco y agradable a los ojos. El aparato es esbelto, y a la par que sirve, adorna. Con ser un gimnasio completo, cabe en un cuarto pequeño, entre los demás juguetes de los niños; o en una vara de pared, o en un recodo del jardín, o en un rincón del patio. Lo tiene todo: hasta trapecio para hacer locuras. El trapecio, aunque no sea el más útil de los ejercicios, es una sabiduría del gimnasio: porque el hombre no se interesa en lo que no le parece brillante, y le ofrece peligro. Pero aquí el trapecio no ofrece riesgo mayor, porque está a una vara de tierra. Lo tiene todo: barras paralelas que se quitan y se ponen, y sirven para anchar bien el pecho, y desenvolver los músculos de los brazos y los hombros: barras paralelas y perpendiculares, que fortalecen brazos, pecho y muslos; barra horizontal que ayuda a la elasticidad de la cintura y poder del brazo; todos los múltiples ejercicios de las poleas, que son tan varios y tan beneficiosos, porque desde los pies al cuello, no hay parte del cuerpo que no saque provecho de ellos, y que en este aparato benefician mejor que en otro alguno, porque las pesas de las poleas, que pueden usarse además como pesas separadas, no caen súbitamente, sacudiendo el brazo fatigado que se esfuerza por retenerlas, y arrastrando el cuerpo detrás de ellas, con lo cual el ejercicio cansa pronto, sino que descienden suavemente por un plano inclinado, dejando así en reposo el brazo en la segunda parte de cada movimiento y permitiendo por lo tanto que este se renueve con más descanso, utilidad y placer, mayor número de veces. Las correas de las poleas pueden, sin complicación alguna, alargarse o acortarse, y están dispuestas de manera, que con ayuda de ellas sentado en el piso del aparato en una cómoda banqueta que corre sobre ruedas bien seguras, y los pies puestos en pedales fijos, se hacen todos los hermosos y sanos ejercicios que pueden hacerse con los remos, los cuales, a más de dar gracia notable al cuerpo, y de invitar a ir por mares y ríos a gozar aire puro, tienen la ventaja de no dejar músculo alguno en inacción, y de desarrollarlos todos a la vez. Con las mismas poleas, sujeto por las manos de la barra horizontal, que remata por arriba el aparato, y sentado en otra barra paralela a esta, sostenida entre las dos perpendiculares, pueden hacerse todos los movimientos que requiere el velocípedo. Si se padece de curvatura de la espina, el gimnasio doméstico tiene una tabla flexible que se ajusta encorvándola hacia afuera, entre el tope y el piso del aparato y sobre ella se acuesta regaladamente el enfermo, que hace allí sin ningún esfuerzo su saludable ejercicio de poleas. Para poner la sangre en buena circula-

ción, el piso del gimnasio está hecho de tablillas movibles saltando ligeramente sobre las cuales, se siente a poco el provecho del ejercicio. Para desenvolver los hombros, dar poder de impulsión al brazo, y ponerse en actitud de defenderse de algún ataque brusco de puños ajenos, el aparato tiene un saco pequeño que se cuelga de la barra horizontal, y donde el puño cobra fuerzas dando golpe tras golpe. Como las muñecas necesitan desenvolverse, el aparato tiene un rodillo enlazado con las pesas, dedicado exclusivamente al desarrollo de las muñecas. En suma, no hay ejercicio corporal, ya de los suaves que llaman calisténicos, ya de los más recios que se enseñan como gala en los gimnasios que merced a este excelente y airoso aparato de Gifford, no pueda hacerse sin incomodidad alguna en la propia casa. Para nuestras mujeres pudorosas, a quienes simpáticas razones vedan la asistencia a los gimnasios públicos, y que necesitan, sin embargo, tan grandemente de estos ejercicios, el Gimnasio Doméstico es de inapreciable ventaja: sin exponerse a ojos extraños, y en su propia habitación, pueden ejercitarse diariamente en todos los movimientos saludables que aumentarán la fortaleza de sus músculos y la armonía y gracia de sus formas.

La tisis siega en flor nuestros jardines: –¡cuántas menos flores nos arrebataría la tisis, que viene muchas veces de que el pulmón que busca desarrollo no cabe en el pecho apretado y endeble, si se hicieran un hábito en nuestras niñas y entre nuestros jóvenes, los ejercicios gimnásticos! –Esta necesidad es especial en nuestras tierras, donde la preocupación por una parte, y la santidad de las mujeres por la otra, la retrae de las calles y paseos –que al cabo ayudan a fortalecer el cuerpo, y las confinan a la casa, donde el cuerpo más robusto se torna a poco pesado y enfermizo.

Para los niños, el aparato de Gifford es un deleite, porque no sólo pueden remar y andar como en velocípedo, sino jugar a lo que en Cuba llaman cachumbambé, y en otras partes "sube y baja", merced a una tabla en cuyos extremos se sientan los dos niños, la cual descansa sobre una barra baja sujeta por las perpendiculares. Y no es este el único juego del aparato: también tiene el Gimnasio Doméstico un columpio, que se cuelga de la barra alta, y lleva a los ángeles juguetones hasta donde ellos quieren ir siempre que juegan, aunque hagan temblar y llorar a los que los ven: ¡hasta el cielo!

¿Qué más? Hasta para caballete de cuadros sirve el aparato: se quitan de él poleas y rodillos, y queda como atril sencillo y garboso en que no descansaría mal un cuadro de Melero en La Habana,

de discípulo de don Felipe Gutiérrez, en Colombia; de Ocaranza, Rebull, Parra o Pina, en México.

Y todo eso que va dicho cabe en una cáscara de nuez. En un espacio de dos varas de largo y tres cuartos de vara de ancho, puede alzarse esa pequeña fábrica mágica, que es en verdad fábrica de vida, y reúne todos los aparatos y permite todos los ejercicios para cuya práctica han sido hasta ahora necesarios vastos patios o grandes salones. Este gimnasio ni es caro, porque su baratura pasma; ni engañoso, porque sus maderas son tan recias como finas; ni necesita maestros, porque enseña solo; ni es peligroso, porque está todo en él a flor de tierra.

No hay escuela que no desee tener un gimnasio; pero aun los colegios ricos vacilan ante los gastos que acarrea su establecimiento, y la dificultad de hallar maestro oportuno, y los costos de mantenerlo. Ahora, con quince pesos que cuesta el aparato sencillo para fijar a la pared; o con treinta y cinco pesos que cuesta el aparato completo, que cabe bien en medio de una habitación pequeña, no hay escuela que no pueda hacerse de un gimnasio. En los colegios mayores, de diez a veinte aparatos bastarían, con más bello aspecto de la sala, mucha mayor ventaja y riesgos y precios mucho menores, a reemplazar al más complicado y costoso de los gimnasios.

Por eso dijimos que el Gimnasio Doméstico es una buena acción. Es preciso dar casa de buenos cimientos y recias paredes al alma atormentada, o en peligro constante de tormenta. Bien se sabe lo que dijo el latino: "Ha de tenerse alma robusta en cuerpo robusto." *(Mens sana in corpore sano).*

He aquí lo que acaba de escribir en *The North American Review* el profesor Hall, que es pensador norteamericano prominente:

"Tengo a la higiene por necesidad capital en la educación de los niños. Y lo que primero les enseñaría acaso, y con más ardor, sería el desarrollo de sus músculos. Pocos conocen la relación estrechísima que existe entre la debilidad física y la maldad moral, cuán imposible es la saludable energía de la voluntad sin que la sostengan los fuertes músculos que son sus naturales órganos, y cuánto dependen de un buen desarrollo muscular cualidades tan preciosas como la abnegación, el dominio de sí propio, y la serenidad en las desgracias."

"El gimnasio en la casa", en *La América*, Nueva York, marzo de 1883.
O.C., t. 8, pp. 389-392.

XII
FRAGMENTOS

Fragmentos



1

Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten: el hombre es noble, y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad: ¿a qué ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?: al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergartens y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército, y maestros para los pobres: debe ser obligatorio el servicio de maestros, como el de soldados: el que no haya enseñado un año, que no tenga el derecho de votar: preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo.

De "Política internacional y religión", *O.C.*, t. 12, pp. 414-415.

2

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo lo es uno; y de tan tremendo modo que todo el tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia. La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza a la larga y sin gran demora, a poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales e injustos. La educación

suaviza más que la prosperidad; no esa educación meramente formal de escasas letras, números dígitos y contornos de tierra que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a estos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y naturaleza tradicional de los dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciencia inteligente.

Por educación se ha venido entendiendo la mera instrucción, por propagación de la cultura la imperfecta y morosa enseñanza de modos de leer y de escribir. Un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millones de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que, ¡guárdenos Dios!, se viene encima, a son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra.

De "Prólogo al libro *Cuentos de hoy y de mañana* de Rafael de Castro Palomino", *O.C.*, t. 5, pp. 101-102.

3

En los pueblos que han de vivir de la agricultura, los gobiernos tienen el deber de enseñar preferentemente el cultivo de los campos. Se está cometiendo en el sistema de educación en la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, y no se les prepara para la vida campesina. Y como la vida urbana sólo existe a expensas y por virtud de la campestre, y de traficar en sus productos, resulta que con el actual sistema de educación se está creando un gran ejército de desocupados y desesperados; se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga. Y cada día, con la educación puramente literaria que se viene dando a nuestros países se añade a la cabeza, y se quita al cuerpo.

De "La próxima exposición de New Orleans", en *La América*, Nueva York, mayo de 1884.
O.C., t. 8, p. 369.

4

A los niños debiera enseñárseles a leer en esta frase:

La agricultura es la única fuente constante, cierta y enteramente pura de riqueza.

De "La América grande", en *La América*, Nueva York, agosto de 1883.
O.C., t. 8, p. 298.

5

Aquello que dijo Rabelais, siglos ha, sobre los malos maestros que le pusieron a Gargantúa, a quien hubiera valido no tener maestros tales, porque su saber no era más que torpeza; y hojaldres su maestría, que bastardeaba los nobles ingenios y corrompía toda flor de juventud, fue lo mismo que dijo James al recomendar la eficacia de los ejercicios industriales en la escuela, y confirmó Anthony con brío, sosteniendo la importancia nacional y verdadera urgencia de enseñar las ciencias físicas en las escuelas públicas. ¿A dónde va con su leer, escribir y contar, su gramática que ni entiende ni aplica, su geografía que aprendió de memoria, el americano que deja la escuela a los quince años? Desdeña el trabajo real, o no sabe –por falta de rudimentos– cómo acercarse a él. Es un caballero vergonzante, sin valer para sí ni para los demás, que acaba en escribiente pobre, abogado ruin o estéril clérigo. Lo que pierde el niño, dice James, en aprender letras inútiles y para su país perjudiciales, gánelo aprendiendo, al par que lo útil de las letras, aquellos fundamentos generales de las artes todas, que en sí mismos son ciencia acumulada, y aquella destreza de la mano que le dará fe en sí, disposición para el oficio que después escoja, carácter y orden para aquello a que se dedique, aunque no sea oficio, y afición en vez de desdén a las industrias, que hoy los mismos hijos de los obreros tienen por empleo inferior y villano. Anthony decía lo mismo: "–¡Enciende la sangre ver mascullando verbos, que en la calle conjugará enseguida de manera bárbara, a un niño hermoso que pudiera haber aprendido, en voz del pluscuamperfecto, qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre! Hasta que no enseñemos ciencias en las escuelas no tendremos a salvo la República."

De "Sobre la ciencia", en *El Partido Liberal*, México, 1887.
O.C., t. 11, p. 276.

6

La educación del temor y la obediencia estorbará en los hijos la educación del cariño y el deber. De los sistemas opresores, no nacen más que hipócritas o déspotas [...] Violentando las fuerzas nobles en el ánimo de los niños, no se forman hijos fuertes para las conmociones y grandeza de la patria. Deben cultivarse en la infancia preferentemente los sentimientos de independencia y dignidad.

De "Monumento a Hidalgo", en *Revista Universal*, México, 13 de mayo de 1875.
O.C., t. 6, pp. 201 y 202, respectivamente.

7

Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse.

De "Las ruinas indias" en *La Edad de Oro*, Nueva York, n. 2, agosto de 1889, p. 53.
O.C., t. 18, p. 383.

8

Los estudiantes que son el baluarte de la libertad, y su ejército más firme.

Las Universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles.

De *Amistad funesta*, en *El Latino Americano*, Nueva York, 1885.
O.C., t. 18, p. 245.

9

Los del oficio literario, apréndanlo todo, porque no hay goce como el de leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos

a la mañana del mundo, ni lectura que beneficie más que la de Cátulo elegante, por lo ordenado y preciso, o la de Horacio, el maestro del reposo. Pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas, donde se contiene hoy lo nuevo y lo viejo, y no en las muertas, donde sólo lo viejo está, que es menos de lo que se debe aprender, y lo que menos importa, puesto que fuera de las curiosidades de aquellos tiempos de Lesbias y Falernos, y la certeza de que siempre fue igual a sí propio el hombre y no valernos hoy menos, ni mucho más que los romanos, ¿qué se aprende de veras con aprenderse todo Plinio, y todo Ennio? A comparar con imparcialidad, a observar por sí, y a decir con orden, vigor y música, es lo que se ha de aprender; y eso no viene de una literatura sola, o de ella y sus ramajes y renacimientos, sino de ponerse fuera de ellas, y estudiarlas con mente judicial a todas. Precisión, ¿dónde se aprende mejor que en el inglés? En gracia y limpieza, lo francés ¿no es lo mejor? Y si se dice lo que se piensa con verdad, y sin churrigueras ni florianes, sin cascabeles ni pasamanerías, ¿qué lengua enseña más ni disciplina mejor que la propia?

De "En los Estados Unidos", *La Nación*, Buenos Aires, 12 de marzo de 1880. *O.C.*, t. 13, pp. 457-458.

10

El Estado sólo tiene derecho a castigar los delitos de sus súbditos cuando ha colocado a estos en un estado de educación bastante a conocerlos.

De *Cuadernos de apuntes, O.C.*, t. 21, p. 42.

11

I. Instrucción no es lo mismo que educación: aquélla se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos. Sin embargo, no hay buena educación sin instrucción. Las cualidades morales suben de precio cuando están realzadas por las cualidades inteligentes.

II. Educación popular no quiere decir exclusivamente educación de la clase pobre; sino que todas las clases de la nación, que es lo

mismo que el pueblo, sean bien educadas. Así como no hay ninguna razón para que el rico se eduque, y el pobre no, ¿qué razón hay para que se eduque el pobre, y no el rico? Todos son iguales.

III. El que sabe más, vale más. Saber es tener. La moneda se funde, y el saber no. Los bonos, o papel moneda, valen más, o menos, o nada: el saber siempre vale lo mismo, y siempre mucho. Un rico necesita de sus monedas para vivir, y pueden perdérsele, y ya no tiene modos de vida. Un hombre instruido vive de su ciencia, y como la lleva en sí, no se le pierde, y su existencia es fácil y segura.

IV. El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento, y en la dirección de los sentimientos. Un pueblo instruido ama el trabajo y sabe sacar provecho de él. Un pueblo virtuoso vivirá más feliz y más rico que otro lleno de vicios, y se defenderá mejor de todo ataque.

V. Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.

VI. A un pueblo ignorante puede engañársele con la superstición, y hacérsele servil. Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre. Un hombre ignorante está en camino de ser bestia, y un hombre instruido en la ciencia y en la conciencia, ya está en camino de ser Dios. No hay que dudar entre un pueblo de dioses y un pueblo de bestias. El mejor modo de defender nuestros derechos, es conocerlos bien; así se tiene fe y fuerza: toda nación será infeliz en tanto que no eduque a todos sus hijos. Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres. –La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud. Tan repugnante es un pueblo que es esclavo de hombres de otro pueblo, como esclavo de hombres de sí mismo.

De "Educación popular", *O.C.*, t. 19, p. 375.

ÍNDICE


Gobierno Bolivariano
de Venezuela
Ministerio del Poder Popular
para la Educación


9 789591 328915